

**Cathy Williams**  
*Orgullo y pasión*



# **Orgullo y pasión**

**Cathy Williams**

## **Resumen**

Oliver Kemp se dejaba llevar siempre por su instinto hasta el día en que contrató a la hija de un compañero de negocios como un favor personal.

Francesca Wade no había trabajado en su vida, y estaba dispuesta a demostrar su valía a su nuevo jefe. Pero jamás pensó que iba a verse obligada a casarse con un hombre demasiado orgulloso como para amarla y demasiado responsable como para dejarla.

# Capítulo 1

FRANCESCA Wade no era una persona propensa a los nervios. Poseía la auto confianza que suele acompañar a los guapos o a los ricos. Ella era ambas cosas.

No obstante, en aquel momento, con los ojos fijos en la revista que tenía sobre las rodillas, se sentía tensa. Había tomado impulsivamente la decisión de ir allí y empezaba a descubrir que era el último lugar en el que deseaba estar; la tentación de salir corriendo era muy fuerte.

Siguió leyendo, mirando de soslayo su reloj de pulsera de vez en cuando, preguntándose dónde estaría aquel hombre. Hacía ya cuarenta minutos que la habían hecho pasar a su sala de espera y, aunque le informaron de que el señor Kemp la recibiría enseguida, seguía esperándolo desde entonces.

Cuando se abrió la puerta, levantó la vista esperanzada y trató de borrar cualquier señal de resentimiento de su rostro.

—El señor Kemp la recibirá ahora.

Era la misma mujer que la había acompañado allí. Iba peinada con moño y ataviada con un traje gris. Se hizo a un lado y le dirigió una sonrisa. Francesca se esforzó por devolverle la sonrisa antes de acercarse a la puerta de nogal.

De repente sus nervios se convirtieron en una especie de pánico y la joven sintió la boca seca.

El elegante traje de diseño que había sacado del armario con la intención de tener aspecto de mujer de negocios le parecía en ese momento rígido e incómodo. No estaba acostumbrada a vestirse con tanto esmero. Prefería la ropa deportiva. Se alisó la falda con nerviosismo y miró la figura que estaba sentada de espaldas a ella.

La puerta se cerró a sus espaldas y la figura de la silla se dio la vuelta.

¿Qué era lo que había esperado encontrar? Comprendió que no tenía una idea clara, sólo una vaga impresión. Llevaba semanas oyendo las insinuaciones de su padre de que ya era hora de que buscara un empleo y que no podía pasarse la vida sin hacer nada. Después le informó de que conocía a un hombre interesante, hijo de un amigo suyo.

Su padre había trabajado a conciencia, venciendo poco a poco sus objeciones, hasta tal punto que en ese momento no podía recordar ninguna conversación reciente con él en la que no le hablara del famoso señor Oliver Kemp.

—Es un hombre hecho a sí mismo —decía su padre con entusiasmo—. Un hombre que empezó casi de cero y ahora vale millones.

Eso le había dado una imagen de un hombre joven y severo que había empezado a engordar a medida que hacía todas esas cosas que tanto admiraba su padre.

Pero el hombre que la observaba no era gordo ni de rostro severo. Era terriblemente atractivo, con una suerte de atractivo que no había encontrado nunca entre sus amigos ricos. Sus rasgos eran fuertes y agresivos y sus ojos azules resultaban embrujadores, casi hipnóticos.

La miró abiertamente, sin parpadear, hasta que ella bajó los ojos.

—Siéntese —ordenó con frialdad.

No se disculpó por haberla hecho esperar, pero, por otra parte, no parecía el tipo de hombre que se disculpara a menudo. La joven pensó que probablemente ni siquiera sabía cómo hacerlo.

Se sentó enfrente de él, al otro lado de la brillante mesa de juntas, en uno de cuyos extremos había un ordenador y varias hojas de papel.

—¿Cómo se enteró de este trabajo? —preguntó con brusquedad—. No lo hemos anunciado.

—Por mi padre —confesó Francesa de mala gana, a la defensiva ya aunque no sabía bien por qué.

—Ah, sí —la miró de hito en hito.

—Me dijo que era usted amigo suyo y que estaba buscando una secretaria. Pensó que podía interesarme.

—Hace semanas que comí con su padre —le informó Oliver con frialdad—. Si tanto le interesa encontrar trabajo ¿cómo es que no ha venido antes a la entrevista? ¿Entrevista? ¿Qué entrevista? Aquello parecía más un interrogatorio. Se preguntó por qué la estaría juzgando.

—A menos, claro, que haya estado ocupada con otras entrevistas...

Dejó la pregunta en el aire y siguió mirándola con indiferencia.

—No es el caso —admitió Francesca, a la que él le gustaba cada vez menos.

—¿No es el caso?

—Esta es mi primera entrevista —murmuró ella, tratando de consolarse con la idea de que, de todos modos, no le interesaba aquel trabajo.

¿Y cuánto tiempo hace que terminó los estudios?

—Varios meses.

—Y si no ha estado trabajando ni buscando trabajo, ¿qué ha hecho durante esos meses? ¿Descansar?

—Escuche, señor Kemp —dijo ella entre dientes—. He venido para una entrevista. Todas esas preguntas no tienen mucho que ver con si soy capaz o no de hacer este trabajo, ¿verdad?

—Señorita Wade —se inclinó hacia adelante—, no es usted la que decide si tienen algo que ver o no. Soy yo. Si no le gusta, la puerta está detrás de usted.

La miró y, por un segundo, Francesca sintió tentaciones de marcharse, pero, por alguna razón, no deseaba dejarse apabullar por aquel hombre.

—Bueno —musitó él con falsa suavidad—, ¿continuamos? La joven asintió. Había algo amenazador en aquel hombre.

—¿Quiere que le diga por qué no se ha molestado en buscar trabajo antes, señorita Wade? Su padre es un hombre rico y las chicas ricas no necesitan trabajar. Sin duda el trabajo interfiere con la vida nocturna, las fiestas, los hombres...

Francesca levantó la cabeza en el acto.

—¡Eso es un insulto, señor Kemp! —exclamó—. No tiene usted derecho a hacer comentarios sobre mi vida.

El hombre se encogió de hombros y se puso en pie. Ella lo siguió con la mirada mientras se acercaba a la ventana con una mano en el bolsillo de los pantalones.

Había una cierta gracia en sus movimientos. Su cuerpo era musculoso y fuerte. En conjunto, no le gustaba, y estaba segura de que el sentimiento era mutuo. No tenía intención de darle el empleo, desde luego. Sin duda, la única razón de que hubiera aceptado verla era porque conocía a su padre. No debería haberse dejado arrastrar a aquello.

—Tienes que asentarte —le había dicho su padre día anterior—. Eres una chica inteligente, demasiado inteligente para estar continuamente de fiesta o de compras.

Por primera vez, Francesca había percibido desesperación irritada en su padre. Su voz carecía de la alegre burla de otras veces.

Por supuesto, tenía razón. Había salido de una la privada muy cara a los dieciocho años y había tomado luego un curso de secretaria muy caro, curso se apuntó por la única razón de que no podía afrontar la idea de ir a la universidad y del que todavía no había sacado ningún provecho.

Frunció el ceño al pensar en sí misma: una rica y guapa que se conformaba con salir con un montón de amigos que dejaban pasar la vida sin hacer nada en particular o que se apuntaban de vez en cuando a un curso de fotografía o cualquier otra cosa que le ocupara algo de tiempo pero sin alterar mucho su vida.

Francesca sabía que ella no era así. Pero entonces ¿por qué se dejaba arrastrar por la corriente en lugar de tomar decisiones sobre su vida?

Oliver Kemp se había vuelto hacia ella. En ese momento daba la espalda a la ventana y el duro sol invernal arrojaba sombras angulares sobre su rostro.

—La verdad es, señorita Wade, que no conozco sus motivos para venir aquí, pero si lo ha hecho solo para que su padre la deje en paz, se ha equivocado de sitio.

La joven se dio cuenta de que no había sonreído ni una vez desde que ella entrara en el despacho.

—Por supuesto que ésa no es la razón de que este aquí... —comenzó a decir, ruborizándose porque mucho de cierto en sus palabras.

—¿En serio? —la interrumpió él.

Sus ojos azules la observaron con atención y estaba claro que no le gustaba lo que veía.

—Le pido disculpas por hacerle perder el tiempo, señor Kemp —dijo la joven, poniéndose en pie—. Pero me temo que he cometido un error al venir aquí. Creo que no puedo aceptar ningún empleo que usted pueda ofrecerme.

—Vuelva a sentarse, señorita Wade, y tenga la amabilidad de no

marcharse hasta que haya terminado con usted.

—No tengo intención de volver a sentarme, señor Kemp —replicó ella con la misma frialdad—. Y tenga la amabilidad de no mostrarse tan paternalista conmigo. No tiene por qué tratarme como a una niña.

—No lo haría si usted empezara a actuar como una mujer adulta. Su padre me dijo que necesitaba asentarse, que no sabía ya qué hacer con usted. Sólo Dios sabe a qué se habrá dedicado hasta ahora, pero puedo imaginármelo. La verdad es que me importa un bledo lo que haga usted con su vida, pero mi empresa no es una clínica de rehabilitación y no suelo dedicarme a devolver a jovencitas descarriadas al buen camino.

Francesca lo miró con rabia.

—Yo no soy un caso de caridad, señor Kemp. No estaba obligada a venir aquí y, desde luego, usted no está obligado a darme el empleo.

—No —asintió él.

—Y para su información, no soy una niña descarriada.

—¿En serio?

El hombre señaló el ordenador situado sobre la mesa.

—Terminemos con estas tonterías —dijo con frialdad—. Y veamos si está cualificada para hacer el trabajo. Quiero que mecanografíe el documento que hay al lado del ordenador y luego le dictaré algunas cartas. Su padre dijo que sus habilidades como secretaria eran excelentes —la miró con incredulidad—, pero no sé si era orgullo paterno.

Francesca sonrió con dulzura y se acercó al ordenador.

—Desde luego. Y aparte del orgullo paterno, lo que aprendí en la escuela puedo haberlo olvidado en seis meses de fiestas y hombres, ¿no?

Sonrió de nuevo con dulzura. El hombre no le vio la sonrisa, pero algo cambió en su expresión que le hizo parecer casi encantador.

La joven apartó la vista y comenzó a mecanografiar. Sabía que él la miraba como si esperara que fallara ignominiosamente.

Francesca miró con rabia la pantalla. Ciertamente había ido allí por propia voluntad, pero su padre había dejado de presionarla y había conseguido pillarla en un momento de debilidad.

Frunció el ceño y se preguntó si estaría allí sentada de no haber salido con Rupert unos días antes. Querido Rupert, alto, rubio, sin preocupaciones y con más dinero que sentido común. A su padre no le gustaba y, cuando descubrió dónde había estado su hija, se subió por las paredes. No importaba el hecho de que Rupert Thompson le pareciera tan atractivo como una patata asada.

Miró de soslayo hacia Oliver. Si su padre tenía que interferir con su vida, lo menos que podía hacer era recomendarle a una persona amable. Oliver Kemp tan amable como un ciclón.

Imprimió las cinco páginas del documento y se las tendió con rostro inexpresivo.

Sus ojos azules las leyeron con atención, en busca de errores. Quizá hubiera debido introducir los suficientes como para ser rechazada, pero sólo había pensado en demostrarle que no era la estúpida frívola que él creía. Una lástima que las mejores ideas se le ocurrieran siempre demasiado tarde.

—No está mal.

Dejó las hojas de papel en la mesa y se acercó a la puerta. La joven lo siguió y salió al vestíbulo en el que había esperado antes.

El despacho personal de él se comunicaba con esa sala. Era una sala enorme con dos escritorios, uno de los cuales era el de él y el otro contenía un ordenador y una impresora. A un lado de la estancia había una estantería de madera que llegaba hasta el techo y estaba llena de libros sobre electrónica.

Kemp Internacional trabajaba en equipos electrónicos sofisticados y siempre se las arreglaba para ir un paso por delante de la competencia.

Francesca miró los libros y se preguntó si eso sería todo lo que leyera Oliver Kemp. ¿Era uno de esos hombres que sólo leían cosas relacionadas con su trabajo?

—Espero que se familiarice con el contenido de la mayoría de esos libros —dijo él, siguiendo su mirada—. Trabajar para mí no consiste sólo en ser buena mecanógrafa.

—¿Así que ha decidido que soy lo bastante buena para el trabajo, señor Kemp? —preguntó ella, sorprendida—. ¿Significa eso que no cree ya que los elogios de mi padre estuvieran dictados por el orgullo?

El hombre se sentó en su mesa y cruzó las manos.



—El sarcasmo no es una cualidad que admire en una secretaria —dijo.

Francesca sintió deseos de replicar, pero se contuvo. A su padre le alegraría saber que había seguido su sugerencia y conseguido el empleo y ella quería mucho a su padre.

—Le pido disculpas —murmuró.

El hombre frunció el ceño.

—Ha demostrado que sabe mecanografiar —dijo.

—Y también sé leer. Consumiré con avidez el contenido de esos libros.

Kemp enarcó las cejas.

—Me alegro. Porque cuando los clientes llamen para preguntar algo, tendrá que ser capaz de responder con conocimiento de causa.

—¿Qué fue de su última secretaria? —preguntó ella.

—Se fue a Australia a vivir con su hija hace tres años. Desde entonces, he lidiado con una serie de mujeres que iban desde la estupidez más completa a la incompetencia más peligrosa.

—Comprendo —musitó la joven.

—Al menos usted sabe escribir sin faltas de ortografía—la miró con frialdad—. Lo cual me lleva a la pregunta evidente. ¿Por qué ha venido aquí?

—Creí que ya lo sabía —repuso ella, sorprendida por la pregunta—. Soy una mimada que...

—¿Por qué ha venido en realidad? —la interrumpió él con impaciencia—. ¿Qué hace aquí si podría haber conseguido trabajo en cualquier otra compañía? ¿Por qué no fue a la universidad?

Francesca lo miró con resentimiento. No le gustaba el modo que tenía él de ponerla a la defensiva.

—Su padre quería que asistiera a la universidad.

—Así es.

—Tengo entendido que quería que estudiara Económicas.

—Cuando comen juntos, ¿hablan de otra cosa que no sea yo? —preguntó ella, irritada—. Supongo que sabrá también cuál es mi talla de ropa y mi color favorito.

No esperaba una respuesta, pero el hombre la observó con atención; sus ojos recorrieron el cuerpo de ella de un modo alarmante. No era la primera vez que la miraban así; de hecho, estaba acostumbrada a que los hombres lo hicieran, pero nunca

había sentido ese cosquilleo en la columna vertebral.

—Talla ocho y, teniendo en cuenta su cabello, probablemente el verde, el verde oscuro. Francesca se ruborizó.

—No fui a la universidad porque quería tomarme un respiro en los estudios —se apresuró a decir.

—¿Un respiro para qué?

—Para disfrutar de la vida.

—Ah, ahora llegamos al centro del problema, ¿verdad?

—¿Lo cree así? —preguntó ella.

—Puede que esté cualificada para este trabajo, pero no crea que pienso tolerar que su vida personal interfiera con él. Trabajar para mí no será un juego para seguirle la corriente a su padre. No quiero que llegue aquí tarde ni agotada de la noche anterior. ¿Está claro?

—Como el agua —dijo ella con frialdad.

—Ni quiero que se apresure con su trabajo para poder hablar por teléfono con sus numerosos admiradores.

—No tengo numerosos admiradores, señor Kemp —comentó ella—. Y no puedo creer que mi padre le haya dicho que los tengo.

Kemp se encogió de hombros.

—Mencionó a un playboy que estaba siempre rondándola y los playboys suelen viajar en grupo. No se sienten completos a menos que se diviertan en compañía de individuos que piensan como ellos.

—Usted no aprueba mi modo de vida, ¿verdad, señor Kemp?

—No. Yo nací pobre, señorita Wade, y lo hice todo por mí mismo. No me gustan los playboys que sólo piensan en pasarlo bien ni las mujeres como usted que fueron educadas en el lujo y pasan por la vida idea de que el trabajo duro es algo que hay que evitar. Es evidente que tiene usted inteligencia suficiente para hacer algo por sí misma, pero la idea no la atrae ¿Verdad? El trabajo no suele atraer a aquellos que no tienen necesidad de él.

Aquello le dolió, pero no dijo nada. No podía que había sido mimada durante toda su vida. Cuando nació, su padre había ganado ya su primer millón y estaba en camino de ganar varios más.

¿Habría sido distinto de vivir su madre? Probablemente. Pero en ausencia de una madre, su padre había mimado, comprándole todo lo que deseaba querido compensarla por la falta de una madre las muchas horas que trabajaba y, sobre todo, también demostrarle lo mucho que la quería.

Pero Oliver Kemp tenía razón. Quizá su bienestar material había anulado en ella el deseo de triunfar en la vida. Pensó en sus amigos, hijos todos de ricos; jóvenes encantadores que no sabían lo que era el trabajo duro y que medían el sufrimiento por las vacaciones de esquí que se perdían.

—Pero eso son mis sentimientos personales —dijo el con frialdad—. Y los sentimientos personales no tienen cabida en el trabajo. Siempre que usted cumpla con él, nos llevaremos bien. Pero si abusa de su posición no tardará en descubrir los límites de mi tolerancia.

Se miraron con fijeza y Francesca sintió una oleada de pánico. Aquello no podía salir bien. Aquel hombre la despreciaba y despreciaba todo lo que encarnaba.

—Gracias por hacerme sentir bienvenida a su empresa, señor Kemp —dijo.

El hombre se puso en pie para enseñarle su despacho.

—Ya veo que tendré que acostumbrarme a esa lengua mordaz suya —musitó—. Sin embargo, me atreveré a decirle que no hay necesidad de vestir con ropa de diseño.

Se sentó en el borde de la mesa de ella, esperó a que la joven se acomodara en la silla y se inclinó hacia ella.

—Le digo esto en su propio interés. Las personas con las que trabajará no proceden de su mundo —tendió una mano y tocó la solapa de su camisa—. Si viste así, puede que la traten con desdén.

Francesca no se apartó, aunque deseaba hacerlo. Lo observó con rigidez volver a su despacho y sólo empezó a relajarse al clasificar los papeles colocados a un lado del ordenador.

A las doce en punto, él salió de su despacho y le informó que estaría fuera el resto del día. La joven lo observó ponerse la chaqueta y ajustarse la corbata y respiró aliviada cuando la puerta se cerró a sus espaldas.

Aquel hombre la ponía nerviosa y no era sólo por los insultos que le dirigía. Había algo extraño en él. Parecía un tiburón que nadara en el agua a su lado, contentándose con observar pero sin dejarle olvidar que podía atacarla en cualquier momento.

Le había dejado trabajo suficiente para ocupar su tiempo hasta las cinco, pero se quedó hasta casi las seis y media familiarizándose con el sistema de archivo y también con alguno de los libros de su

estantería.

Cuando volvió a casa, su padre no estaba allí, pero Rupert sí. Bridie lo había dejado entrar y Francesca lo encontró en la sala de estar tomando un gintonic.

—Se rumorea que has encontrado un empleo —dijo en cuanto la vio entrar.

La joven sonrió. Apreciaba mucho a Rupert Thompson. Hacía dos años que lo conocía, pero habían profundizado su amistad en los últimos siete meses, para disgusto de su padre, que no tenía paciencia con hombres como Rupert. Pensaba que debería encontrar un trabajo o entrar en el ejército y lo único que lo contenía era el hecho de que su hija le aseguraba que no había nada entre ellos. Rupert era divertido. No la deseaba como amante y el sentimiento era mutuo.

Se quitó la chaqueta, la dejó sobre una silla y se acercó al bar a servirse un vaso de agua mineral.

—Los rumores son ciertos —dijo; se sentó en el sofá y se quitó los zapatos—. Tú podrías seguir mi ejemplo

—añadió.

—¿Y perder mi reputación? Jamás.

En realidad, sí tenía un empleo, pero había decidido tiempo atrás que delegar era una virtud. Sus padres

habían muerto diez años atrás, dejándole una fortuna y propiedades que él había colocado felizmente en manos de personas eficientes que cuidaban de ellas.

Firmaba lo que tenía que firmar, pasaba bastante tiempo en su casa de campo para asegurarse de que todo se dirigía de un modo provechoso y ahí terminaba su trabajo. Se aseguraba de que trataran bien a sus empleados y éstos le pagaban con una lealtad sin límites. Por lo demás, se contentaba con divertirse con los enormes beneficios que recibía.

—Cuéntamelo todo —ordenó.

La joven obedeció, aunque dejó de lado los aspectos desagradables de la entrevista. No estaba acostumbrada a confiar sus sentimientos personales a otras personas.

—Kemp —murmuró el otro pensativo—. Kemp. Ese nombre me suena.

—Sus equipos electrónicos están por todo el país no dejan de

expandirse —comentó ella con sequedad—. Se han introducido en Europa y pronto lo harán en Extremo Oriente.

—No, no, no. Lo que quiero decir es que he oído hablar de él personalmente.

—¿De verdad?

—Oliver Kemp. Creo que lo he visto en alguna parte.

—No me extraña —indicó ella—. Tú te dejas ver por todas partes.

Su amigo se echó a reír.

—Para lucirme —musitó.

Terminó su bebida y miró el vaso vacío. Francesca ignoró su mirada. Por lo que a ella respectaba, él bebía demasiado y no tenía intención de ayudarle en ello.

—Puedes tomar agua mineral —dijo al fin.

El hombre suspiró resignado.

—¿No has oído que es malo beber mucha agua?

—No. Y tú tampoco.

—Según los expertos, un vaso de vino hace maravillas por el organismo.

—Estaría de acuerdo si tú te limitaras a un vaso de vino al día.

—Oliver Kemp —musitó él, cambiando de tema— salió no hace mucho en las revistas de cotilleos. Por eso me suena su nombre. ¿Nunca lees los cotilleos?

—Demasiado triviales —replicó ella. Rupert se echó a reír.

—¿Desde que anunciaron que estábamos a punto de prometernos?

—Son unos estúpidos.

Apretó los labios al recordar todo aquel lío. Una fotografía de ellos en un club de Londres había bastado para que los emparejaran y aquello fue el origen del estúpido drama que condujo a su padre a pensar que su hija estaba a punto de hacer algo ridículo.

—Pues con Oliver Kemp no se equivocaron. Está prometido a una tal Imogen. Hace poco vi una foto de ellos tomada en su fiesta de compromiso.

—¿Oliver Kemp está prometido? —preguntó la joven en voz alta e incrédula.

—Sattler —musitó él—. Imogen Sattler. Es una de las principales mujeres de negocios de la ciudad. Creo que nació en algún lugar del

norte —frunció el ceño, la memoria no era uno de sus puntos fuertes—. Ya conoces la especie; padres pobres, hija muy inteligente, universidad de Oxford y termina sentándose en los principales consejos de administración del país.

Aquello tenía sentido. Oliver la consideraba un frívola que pasaba el tiempo disfrutando del dinero de su padre. Un elemento decorativo que había sido catapultado de repente a su esfera.

Rupert se puso en pie, dispuesto a marcha dijo que sólo había pasado para invitarla a cenar.

—Y ahora que trabajas, espero que pagues tu parte —añadió.

—Rupert, yo siempre pago mi parte, por no comentar esas veces misteriosas en que tu billetero desaparece de repente.

Se echaron a reír y acordaron reunirse al día si a las siete para que ella tuviera tiempo de volver del trabajo y cambiarse.

Sabía que no necesitaba justificarse ante Kemp, pero una parte de ella deseaba demostrarle que no era la estúpida por la que la había tomado.

Había esperado que fallara la prueba de mecanografía y probablemente confiaba todavía en que no durara en el trabajo. Pensaría que se aburriría pronto o que no podría soportarlo.

Subió arriba a darse un baño y, cuando salió, su irritación con su jefe se había transformado en furia.

También se había sorprendido pensando demasiado en su prometida.

No tenía ni idea del aspecto que tendría Imogen Sattler, pero se la imaginó alta, morena, con ojos tan fríos como los de él, la clase de mujer que sólo estaba contenta cuando se hablaba de acciones, la clase de mujer acostumbrada a hablar delante de muchas personas. La clase de mujer, en fin, que podía empajar bien con un hombre como Oliver Kemp. Y, por supuesto, ambos poseerían la misma dureza de las personas nacidas sin nada y destinadas a conseguirlo todo por sí mismos.

Su padre llegó cuando ella terminaba de cenar y se disponía a tomar café. Cuando vio iluminarse la expresión de su rostro, se dijo que valía la pena trabajar para Oliver Kemp.

Y sin duda conocía bien el carácter de su nuevo jefe, ya que sonrió aliviado cuando ella le dijo que el empleo estaba bien y el señor Kemp era agradable y que estaba segura de que todo iría bien.

—Es un hombre muy respetado —dijo su padre.

Francesca asintió con la cabeza, aunque no estaba muy segura de quién podía respetarlo tanto.

Más tarde, ya en la cama, pensó que no podía ser completamente frío o no tendría una prometida.

Trató de imaginárselo como un hombre apasionado, y le resultó tan fácil que, cuando al fin se quedó dormida, ya no sólo se sentía rabiosa con él sino también vagamente alterada.

## Capítulo 2

VEO QUE ha llegado puntual. Esas fueron las primeras palabras que oyó Francesca al entrar en su despacho a las nueve y cinco. Lo miró y vio que él no la miraba en absoluto.

—Veo que consiguió terminar todo el trabajo que había en su mesa. ¿A qué hora se marchó ayer?

La joven se sentó en su silla. Aquel día lleva vestido azul marino recto más discreto que el tra día anterior.

—Alrededor de las seis —comentó. Kemp la miró con ironía.

—Tampoco es necesario que se pase —tomó dos de la estantería y se los dejó sobre la mesa—. No quiero provocarle una depresión nerviosa.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó ella, mi los libros.

—Quiero decir que no deseo que trabaje demasiadas horas y se queje de agotamiento antes de que la semana.

—No soy una mujer quejica, señor Kemp —respondió ella.

Su jefe se encogió de hombros, poco interesado al parecer por lo que ella fuera o dejara de ser.

Era una situación nueva. Francesca estaba acostumbrada a provocar reacciones en los hombres. El atractivo extraordinario de una rubia de ojos oscuros.

Lo miró de soslayo y se dio cuenta de que a aquel hombre le parecía tan atractiva como el paragüero colocado en un rincón de la oficina.

—Quiero que empiece con estos dos libros —dijo—. Le darán información de fondo sobre las actividades de la compañía. Pero antes, será mejor que venga a mi despacho y repasemos mi agenda de trabajo de los próximos seis meses.

La joven lo siguió obediente y comparó su agenda con la de él, apuntando las reuniones y conferencias que habían surgido desde la partida de su última secretaria.

Cuando terminaron, el hombre se echó hacia atrás en su silla y la miró a los ojos.

Francesca examinó a su vez aquellos ojos azules: parecían bastante fríos y calculadores, pero en algún lugar de sus profundidades se adivinaba un toque terriblemente sensual.



—No le pregunté si deseaba saber algo sobre la compañía o su papel en ella. ¿Es así?

—¿Qué hacía su última secretaria? —preguntó la joven—. Me refiero a la que se marchó hace tres años. ¿Cuáles eran sus deberes?

Kemp la miró con cierta ironía.

—¿Pretende usted reemplazarla? Nadie más lo ha conseguido.

—Estoy dispuesta a intentarlo —repuso ella—. Ya sé que no tiene muy buena opinión de mí...

—Oh, pero creo que sus habilidades como secretaria son tan buenas como afirmaba su padre. Lo cual me sorprende.

Lo dijo con voz fría y a la joven le costó trabajo contenerse. Nadie se había mostrado nunca tan brusco con ella. Sólo llevaba un día en el trabajo, pero comenzaba a darse cuenta de lo protegida que había hasta entonces. Al entrar en el edificio se había rodeada de personas que caminaban con rapidez girándose sin duda a sus respectivos empleos, que necesitaban para vivir.

—Irene —dijo él— era mi mano derecha. Ni mecanografiaba, conocía además esta compañía tan bien como yo. Cuando le pedía información sobre un cliente, podía dármela casi sin tener que mirar archivo.

—Parece un modelo de perfección —repuso la con sequedad.

—Creo que se llama devoción. Las secretarias que he tenido desde entonces sólo estaban aquí por el dinero.

—Lo cual es algo de lo que no puede acusar mi —señaló ella.

—No. Pero el hecho de que no necesite ganarse la vida puede que la impulse a no entregarse demasiado al trabajo.

—No está dispuesto a darme ninguna oportunidad ¿verdad?

Kemp se encogió de hombros, sin afirmar ni nada.

—¿Cómo empezó todo esto? —preguntó ella para variar de tema.

—Con un crédito del banco —replicó él.

—¿Y después qué?

—Un pequeño taller en las Midlands. Pero los productos eran buenos y entramos en el merca un momento muy oportuno. ¿Alguna otra pregunta?

Francesca apretó los dientes. No resultaba difícil ver que le parecía aburrida. Se puso en pie, negó con la cabeza y salió del despacho.

Cerró la puerta en silencio a sus espaldas y sintió que era curioso no ser el centro de atención. Sabía, no obstante, que su reacción era pueril y que debía dejar de portarse como una niña mimada que se enfadaba cuando no le hacían caso. No se había considerado nunca una niña mimada y era una tontería reaccionar así sólo porque a Olíver Kemp, un hombre que no le gustaba nada, le pareciera carente de interés.

A las diez y media, se abrió la puerta exterior y entró uno de los ejecutivos, un hombre rubio de unos treinta y tantos años que enarcó las cejas en cuanto la vio.

—Bien —comentó; echó un vistazo a la otra puerta y debió decidir que no había moros en la costa—. ¿Dónde has estado escondida, encanto?

Francesca dejó lo que estaba haciendo y repuso con calma:

—Usted debe de ser el señor Robinson. El señor Kemp le está esperando. Le diré que ha llegado.

—Llámame Brad. Y no es necesario que lo avises aún. Llego con cinco minutos de adelanto.

Miró de nuevo la puerta y se ajustó su corbata de colores.

Francesca lo observó sentarse en el borde de su mesa e inclinarse hacia ella. Conocía aquel tipo de hombres.

—¿Cuándo has empezado a trabajar? —preguntó.

La joven pensó que probablemente estaba casado, pero que seguía considerándose con derecho a hacer lo que quisiera.

—Estoy aquí desde ayer —repuso con frialdad.

—Tienes un cabello precioso —tendió la mano para tocárselo y la joven vio a Olíver Kemp observándolos con ojos muy abiertos.

—Señor Kemp —dijo, poniéndose en pie—. Ahora mismo iba a anunciar al señor Robinson.

El aludido se había ruborizado y saltado de la mesa.

Oliver no dijo una palabra: Se volvió de espalda y el otro lo siguió.

Cuando se cerró la puerta, Francesca respiró. Se sentía como si la hubieran sorprendido haciendo algo terrible.

Una hora y media más tarde, Brad Robinson del despacho sin mirarla y la joven se ruborizó a que Oliver Kemp se acercaba a su mesa.

—Le pido disculpas —musitó.

Su jefe la miró con las cejas enarcadas.

—Muy bien. ¿Por qué?

Estaba tan segura de que iba a decirle que no coquetear con los ejecutivos, que su pregunta la tomo por sorpresa.

—Yo no invité al señor Robinson a sentarse mesa... —comenzó a decir.

—Siempre está flirteando, señorita Wad —interrumpió él—. Lo he sorprendido sentado e mesas de las que puedo recordar, pero es un vendedor increíble.

—Desde luego —murmuró ella aliviada.

—Lo cual no significa que me guste que pierda el tiempo durante las horas de oficina.

—No —hizo una pausa—. Aunque yo sé cómo tratar a los hombres como Brad Robinson.

—Estoy seguro de ello. Supongo que estará acostumbrada a encontrarse con hombres que flirtean con usted en cuanto le ponen los ojos encima.

No lo dijo como un cumplido y, antes de te de hablar, estaba ya mirando su reloj de pulsera.

—Tengo algunos documentos aquí —musitó.

Dio la vuelta a la mesa y se colocó a su lado, Francesca miró sus antebrazos desnudos y sintió una pizca de nerviosismo.

—Sí, señor —repuso, desconcertada por su reacción. Los ojos azules de él la miraron un instante.

—Puede llamarme Oliver. No creo en los sistemas jerárquicos. Son malos para la moral.

—¿Ha estudiado psicología? —preguntó ella—. Perdone —añadió al verlo enarcar las cejas.

—¿No puedes dejar de mostrarte sarcástica? —se sentó en el borde de la mesa—. Supongo que se debe a que nunca has tenido que morderte la lengua, ¿verdad?

—¿A qué te refieres? —preguntó ella, asumiendo el tuteo.

—Me refiero a que tu entorno privilegiado te ha abierto muchas puertas. La gente suele mostrarse servicial con los ricos y sospecho que tú has llegado a asumir que el servilismo forma parte de la vida de todos los días.

—Eso no es cierto —repuso ella débilmente.

Pero había bastante de verdad en aquellas palabras. No es que

fuera por la vida exigiendo un tratamiento especial, pero sí solía encontrárselo a menudo.

—Este es tu primer empleo —prosiguió él—. Y probablemente la primera vez que tendrás que darte cuenta de que aquí todo el mundo te tratará como a cualquier otro empleado.

—No quiero que me traten de modo distinto —dijo ella, a la defensiva.

Apartó la vista del rostro sensual de él y miró el montón de documentos sobre el que descansaba su mano.

—Me alegro de oírlo —saltó de la mesa y volvió su atención a los documentos—. Aquí hay cartas que es necesario escribir y he señalado algunas cosas que quiero que aclares. Tendrás que llamar a los directores regionales y fijar citas para que vengan a verme. En cuanto a Smith Holdings, asegúrate de que Jeffrey Lake a verme antes de mañana al mediodía. ¿Algún pregunta?

—Creo que no.

—Estás muy segura de ti misma, ¿eh?

—No me digas que hay algo de malo en eso.

—Nada en absoluto.

Francesca levantó la vista y sus ojos se encontraron.

—Pero tan malo es tener demasiada autoconfianza como demasiado poca —prosiguió él—. Estoy seguro que no te gustaría meter la pata sólo por ser demasiado orgullosa para hacer preguntas.

—No intento meter la pata —repuso ella con carácter. Y no soy tan estúpida como para no compren valor de hacer preguntas cuando sea necesario.

—Estupendo —se acercó a la puerta—. Estaré fuera el resto del día. Si me necesitas, puedes llamar teléfono móvil hasta las siete y luego cualquier cosa que surja tendrá que esperar hasta mañana.

En cuanto se hubo marchado, ella se volvió el ordenador y comenzó a revisar metódicamente papeles y llamar a los directores regionales para las citas.

Trabajó también la hora de la comida y sólo cuando oyó abrirse la puerta, se dio cuenta con sorpresa que eran más de las cuatro.

—Hola.

Una palabra, una sola palabra, y Francesca instantáneamente supo que no le gustaría la chica que la miraba con atención.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—¿Puedes darle esto a tu jefe para que lo lea. Creo que ha salido.

—Sí. ¿Quién le digo que lo ha traído?

—Helen. Trabajo en el departamento de contabilidad.

Francesca pensó que tenía más aspecto de trabajar en la sección de cosméticos de un gran centro comercial. Su cabello, teñido de negro, llevaba un corte moderno y caía recto hasta los hombros, y su rostro iba impecablemente maquillado con una variedad de sombras que le daban aspecto de muñeca. Resultaba atractiva de un modo algo vulgar y parecía no tener prisa.

—En realidad —dijo, tomando una silla—, sentíamos curiosidad por ti. Oliver echó a la secretaria temporal y, cuando todos pensábamos que Cathy se encargaría del puesto, apareces tú. ¿Cómo conseguiste este trabajo?

—Del modo habitual —mintió Francesca con vaguedad.

—Estamos todas muertas de envidia —dijo Helen—. Yo haría cualquier cosa por trabajar para Oliver, pero mi mecanografía no es muy buena.

Tomó un pisapapeles del escritorio y le dio la vuelta mientras Francesca se preguntaba adonde conduciría aquella extraña conversación.

—Estoy segura de que tu trabajo debe de ser muy interesante —dijo con cortesía. Helen soltó una carcajada dura.

—Increíble, querida —dejó el pisapapeles en su sitio y se puso en pie—. Ya me marchó; sólo he venido a observar a la competencia.

—¿La competencia?

—Sí. Creí que podías ser una de esas mujeres serias e intelectuales que tanto le gustan a Oliver, pero no es así. Sin embargo, entre nosotras, no creo que sea tan inmune a un rostro bonito, ¿verdad?

—Y si no lo es, ¿quieres estar segura de estar en primera línea?

—Lo has entendido —sonrió sin humor—. Da brazo derecho por meterme en la cama con él.

—¿En serio?

—¿Tú no?

—No —repuso Francesca con frialdad—. Y si no te importa,

tengo mucho trabajo.

—Desde luego. ¿Vendrá mañana? ¿Sí? Dile que pasaré a recoger eso por la mañana.

Y sin más se marchó, dejando un gusto extraño en la boca de Francesca.

Pensó con acritud que acababa de tener su primera muestra de lo que era la vida en una oficina.

A las cinco y media estaba lista para marcharse. Le resultó un alivio ver a las siete a Rupert, preparado para su cita.

—Pareces cansada —le dijo éste, mientras caminaba hacia su Jaguar—. Cansada, pero increíblemente elegante teniendo en cuenta que lo único que vamos a es salir a cenar. ¿Seguro que no cambiarás de me acompañarás al club? Podríamos bailar hasta el amanecer y beber hasta la medianoche por lo menos.

Francesca se echó a reír. Rupert era incorregible. Fueron a un restaurante francés situado en el barrio de los teatros, y él entretuvo el viaje con comentarios triviales y divertidos.

El restaurante estaba casi en penumbra, de acuerdo con la noción que parecían tener algunos dueños que la luz tenue producía una atmósfera romántica.

El propietario los conocía bien y los acompañó a una mesita situada en un rincón que solía ser muy citada ya que ofrecía una visión excelente de los comensales. A Rupert le gustaba. Desde allí veía las idas y venidas de las personas que entraban o salían del teatro y que eran lo bastante ricos como para permitirse los precios exorbitantes que se cobraban allí.

Francesca pensó un instante en los privilegios que podía comprar el dinero.

Nunca había sabido lo que era tener que elegir una hamburguesería por falta de dinero. Por supuesto, había comido hamburguesas y le gustaban, pero sólo por elección. Frunció el ceño y se preguntó por qué perdía tanto tiempo pensando en esas cosas cuando nunca antes le habían preocupado.

Durante la cena no habló mucho, limitándose a oír la conversación de Rupert. Era un ejemplo típico de todos sus amigos, personas que querían pasarlo bien, pero a las que, en su opinión, les faltaba algo. Era como si no fueran reales del todo.

Luego pensó en Oliver Kemp y eso la irritó. No era precisamente

lo que ella consideraría un modelo de hombre considerado pero, aun así, parecía tener más personalidad que ninguna otra persona a la que hubiera conocido nunca.

Rupert estaba diciendo algo y ella asintió con la cabeza al tiempo que pasaba la vista por el atestado restaurante. Lo vio al mismo tiempo que él la veía a ella. Sus ojos se cruzaron y Francesca observó horrorizada que su acompañante y él se acercaban hacia su mesa.

Al principio apenas si se fijó en la mujer que lo acompañaba. Lo único que podía ver era la figura masculina con su traje oscuro y su corbata de seda.

—¡Oh, Dios, Rupert! —susurró con nerviosismo—. Aquí llega mi jefe.

Observaron a Oliver acercarse a la mesa y Rupert sonrió ampliamente.

—Así que tú eres el negrero del que tanto he oído hablar —se puso en pie—. ¿Por qué no acercáis un par de sillas y os unís a nosotros?

—Estoy segura de que el señor Kemp tendrá una mesa reservada —dijo Francesca, mortificada.

—Nos encantaría unirnos a ustedes —repuso la mujer que lo acompañaba.

Francesca la miró por primera vez. Era una bajita, de pelo corto y rubio y un rostro serio e inteligente.

—Supongo que acabaréis de salir del teatro —dijo Rupert mientras los otros se sentaban.

Oliver asintió y miró a Francesca divertido. Sí pensara que el playboy de su vida era justamente como se lo había imaginado.

—Soy Rupert Thompson —dijo éste—. Un vagabundo con un corazón de oro. La mujer se echó a reír.

—Una presentación muy original. Yo soy Imogen Sattler —miró a Francesca—. Y me alegro mucho de conocerla. Espero que dure como secretaria de Oliver. No ha tenido mucha suerte últimamente.

Lo miró con cariño y Francesca sintió una punzada confusa de emoción que no pudo explicarse.

—Eso tengo entendido —repuso con cortesía.

—La señorita Wade está en la fase entusiasta —comentó Oliver con frialdad—. Trata de probarse misma.

Aquello divirtió a Rupert. Sonrió, tomó un generoso de jerez y dijo:

—Eso debe de ser nuevo para ella. Nunca has tenido que probarte ante nadie, ¿verdad, Frankie?

Si se hubiera propuesto confirmar todas las sospechas de Oliver, no lo habría hecho mejor. Kemp le dio una mirada seca.

—Desde luego que no trato de probarme a mí —musitó ella a la defensiva—. Sólo pienso que, si me emplean para hacer un trabajo, es mi deber hacerlo bien.

—Así se habla —sonrió Imogen—. Pero no deje que se aproveche de usted. Tiene fama de abusar de sus secretarias. ¿Por qué cree que todas se marchan tan pronto?

—Vamos, vamos —murmuró Oliver, mirando a su prometida—. Haces que parezca un ogro. El camarero se acercó a tomarles el pedido.

—Sólo la cuenta —dijo Rupert, hablando en nombre de todos—. Nuestros amigos han decidido acompañarnos a un club, ¿no es así? —miró a Imogen—. Sería una pena desperdiciar un vestido tan bonito en un restaurante con tan poca luz, ¿no le parece?

La mujer pareció encantada por aquella propuesta inesperada, pero Oliver apretó los labios.

—No lo creo —dijo.

—Quiero irme a casa, Rupert —musitó Francesca, alarmada.

Pero éste ignoró sus propuestas como si pensara que era impensable que pudieran rechazar su invitación.

—Tonterías, Frankie. El hecho de que tengas un empleo no significa que debas renunciar a todos los pequeños placeres de la vida.

Imogen se volvió hacia Oliver.

—Sería divertido —dijo.

Su prometido la miró con cierta indulgencia. Francesca pensó que entre ellos había un sentimiento real que resultaba evidente en el modo en que se miraban. ¿Eso era amor? Terminó con brusquedad su vaso de jerez y se sintió algo mareada.

Rupert se puso en pie y tendió su brazo a Imogen.

—No te importa que escolte a tu encantadora prometida hasta la puerta, ¿verdad?

Oliver empezaba a parecer irritado.



—¿No puedes controlar a tu amante? —preguntó cuando Francesca se agarró de su brazo.

—¡Rupert no es mi amante! —protestó ella.

—Lo que sea. Tu compañero de juegos.

—Hablas como si fuéramos dos críos.

Avanzaban ya hacia la puerta. Imogen reía delante de ellos, encantada con lo que decía su acompañante. Rupert podía ser un buen conversador cuando lo quería: agudo, directo, y con un encanto infantil capaz de parar la embestida de un rinoceronte. Francesca lo visto en acción más de una vez.

—Y no es culpa mía que Rupert se haya apoderado de tu prometida —añadió de mal humor.

—Oh, Imogen ya es mayorcita. Y lo bastante inteligente como para no dejarse embaucar por el en superficial de tu compañerito.

Salieron a la calle y Rupert paró de inmediato un taxi mientras Imogen sonreía a Oliver por encima de su hombro.

—Nunca vamos a nightclubs —dijo con ojos brillantes—. Puede ser divertido.

Francesca pensó que sería mucho más divertid a la cama, pero no dijo nada en el viaje hasta el nightclub.

Rupert era conocido allí, pero habría sido igual que no lo fuera. La presencia de Oliver causó tal impacto que los recibieron con solemnidad y Francesca a su alrededor con desmayo.

¿De verdad le habían gustado alguna vez aquellos sitios con su música alta y multitud de persona hablaban frenéticamente y miraban a su alrededor ver si veían a algún conocido?

—Siento mucho todo esto —le murmuró a ib una vez dentro.

La otra mujer la miró con una sonrisa.

—¿Por qué? Para mí es un cambio. Normalmente tengo la cabeza tan llena de asuntos de negocios que me resulta difícil relajarme.

Oliver se había acercado a la barra a pedir de beber e Imogen la agarró del brazo con confianza.

—Tú vienes aquí a menudo, ¿verdad?

—Todos los días —repuso Francesca con ironía—. Mi cabeza está tan vacía de asuntos de negocios que me resulta muy fácil relajarme.

—No era mi intención resultar ofensiva —dijo la otra con

sinceridad.

La joven se ruborizó.

—No, claro que no; es sólo que...

—¿Que Oliver te ha estado atacando por tu procedencia? Me dijo que tu padre es muy rico.

—¿Y qué más te ha dicho?

—Es un hombre duro —dijo Imogen—, pero espero que te acostumbres con el tiempo. Si aguantas, claro. Aunque debe de ser un terrible cambio —añadió pensativa—, si estás acostumbrada a un hombre como Rupert.

—Rupert es... —comenzó a decir Francesca a la defensiva.

—Un tipo de persona que no he conocido nunca —se rió Imogen.

Francesca comenzó a sentir verdadera simpatía por ella. Observó a Rupert sacarla a bailar y se sentó de mala gana en un rincón junto a Oliver.

Por el rabillo del ojo podía ver la atención que le dedicaban otras mujeres: miradas de soslayo que él ignoraba o simplemente no veía.

—Ahora comprendo por qué le preocupaba a tu padre tu estilo de vida —dijo, inclinándose hacia ella.

Había algo íntimo en su voz ronca y la joven le miró y sintió una punzada extraña en su interior.

—Nunca tuve intención de vivir así permanente! —repuso.

—¿Te limitaste a pasar los últimos meses de que te persuadieran de hacerlo?

—Eso no es justo. Tú no me conoces.

—Te conozco lo suficiente. Miró a su alrededor y el brillo condescendiente en sus ojos hizo que la joven se ruborizara.

—A tu prometida parece gustarle —comentó.

—El elemento de novedad tiene tentaciones pero un periodo limitado de tiempo.

—Hablas como si tú no hubieras tenido un motivo de diversión en toda tu vida.

—¿Eso es lo que crees?

—¿No es así?

—No me he pasado toda la vida delante de los ordenadores trabajando —replicó él.

—¿Pero en algún momento decidiste que la diversión era algo sin lo cual podías vivir muy bien?

Apretó el vaso entre sus manos, poco dispuesto seguir bebiendo, ya que se sentía mareada.

—No, sólo decidí que este tipo de cosas era muestra de estupidez.

—¿Lo cual supongo que es otro modo de critica. —Kemp se encogió de hombros.

—Puedes suponer todo lo que quieras.

—A ti te da lo mismo.

—Así es.

Oliver se recostó en su silla y miró su reloj de pulsera.

—Me aseguraré de llegar mañana puntual al trabajo —dijo ella, abandonando sus principios para tomar un sorbo de su vaso.

—Desde luego que lo harás. Aunque sólo sea para demostrar que puedes hacer lo que te propones.

—Yo no tengo que probarte nada a ti —musitó ella

—Pero puede que a ti sí —repuso él sin molestarse en mirarla.

## Capítulo 3

ME VOY de casa. El padre de Francesca la miró consternado y la joven comprendió que no era tanto lo que acababa de decir como por su modo de decirlo. Sabía que tenía los labios apretados y una expresión dura en el rostro, pero estaba tan enfadada que no evitarlo.

¿Cómo había podido hacerlo?

—He encontrado un apartamento —prosiguió— pequeño pero servirá y me mudaré el fin de semana. Tú estarás dos semanas fuera, así que no te molestaré.

—¿Qué te ocurre?

—¿Qué me ocurre? —se puso en pie y lo miro con los brazos en jarras—. ¿Cómo has podido, papá?

Llevaba dos meses trabajando para Oliver Kemp de pronto se había encontrado con eso. Ni siquiera cómo había ocurrido todo. Había llegado al trabajo al día anterior y en cuanto vio a su jefe, comprendí estaba de muy mal humor.

No supo si fue eso o la reacción a dos meses de estudiada indiferencia para con ella, pero Francés pudo evitar saltar.

Lo único que recordaba coherentemente era que Oliver la había mirado con una expresión odiosa y le dicho que el documento que acababa de mecanografiar y que le había costado horas hacer tendría que ser sustituido porque los datos no eran exactos. Añadió que ella debería haberse dado cuenta, como si tuviera alguna conexión divina que le contara aquellas cosas.

Los datos los había sacado de David Bass. ¿Cómo iba a saber que eran erróneos? Se lo dijo así a Oliver.

—Oh, ya he hablado con él —musitó su jefe con severidad.

La joven estalló entonces.

—¿Cómo he podido hacer qué? —preguntó su padre. Francesca lo miró de hito en hito. Las palabras de Oliver seguían muy claras en su cabeza.

—¿Cómo pudiste chantajear a Oliver Kemp para que me contratara? —preguntó con rabia.

Llevaba dos meses trabajando mucho, probándose a sí misma, con la estúpida creencia de que había conseguido aquel empleo por

sus propios méritos. Sabía que habría continuado con aquella falsa ilusión si Oliver no le hubiera dicho la verdad en un momento de rabia.

Su padre la miraba incómodo. Carraspeó y trató de aplacarla, pero la joven no estaba de humor para perdonarlo.

—Yo sólo lo hice por tu bien, hija.

—Tú conociste bien a su padre, ¿verdad? —dijo ella con amargura—. No era un conocido cualquiera. Te criaste con su padre. Fuisteis los dos a la misma escuela, pero cuando tú te trasladaste a un colegio privado para terminar tu educación, él tuvo que dejar los estudios para mantener a una familia de nueve miembros.

—Era un hombre muy inteligente —murmuró su padre.

—No me importa si era el mismo Einstein —gritó Francesca, al borde de las lágrimas—. Oliver me dijo que, cuando murió su padre, tú les mandaste dinero para que él pudiera estudiar. Y luego me enviaste a él sabiendo muy bien que no tenía otra opción que darme el empleo.

—Tú fuiste por propia voluntad —le recordó su padre. La joven lo ignoró.

—Tú lo colocaste en una posición de obligación para contigo. Yo era una deuda pendiente.

—Sabía que podías hacer ese trabajo.

—En ese caso, deberías haberme dejado que lo demandara yo sola —replicó ella.

—Querida —La joven lo interrumpió con un movimiento de mano.

—No. Ya está hecho, pero no te lo perdonaré ni a Oliver.

—Estás haciendo una montaña de un grano de arena. Si Oliver te hubiera considerado incompetente, te habría despedido con deuda o sin ella.

—El hecho es que tú no deberías haberlo chantaje —se acercó a la puerta—. Por favor, dile a Bridie que vendré el fin de semana a recoger mis cosas.

No quería mirar a su padre a los ojos. Estaba tan rabiosa que su enfado la consumía, ignorando todo lo demás.

—No puedo seguir trabajando para ti —le había dicho a Oliver el día anterior, humillada por su revelación.

—No seas tonta —replicó él con dureza—. No acepto que te marches.

—¿Por qué? —preguntó la joven, con amargura —¿Porque has prometido mantenerme aquí?

—Y deja de portarte como una cría.

Francesca se sentía en ese momento como una pero no podía evitarlo. Su autoestima había desaparecido, dejándola desnuda y vulnerable, y no estaba puesta a que su padre la convenciera de ser razonable.

No quería ser razonable. Quería romper cosas y se marchó antes de ceder a la tentación.

Cuando fue a trabajar a la mañana siguiente, seguía furiosa y, en cuanto Oliver entró y vio su rostro, dijo con impaciencia:

—¡Por Dios, Francesca! Déjalo ya.

—¿El qué?

—Vamos a dejar algo en claro —se acercó a su mesa—. Si no hubiera creído que podías hacer este trabajo, no te habría contratado.

—Desde luego —murmuró la joven.

Oliver le agarró la barbilla y la obligó a mirarlo.

—No soporto a las personas que se autocompadecen —comentó.

—Puesto que de todas formas no me soportas, no creo que eso influya mucho en tu opinión de mí.

El hombre movió la cabeza y pareció deseoso de abofetearla, pero se limitó a entrar en su despacho y cerrar la puerta de un portazo.

Cuando llegó el viernes, Francesca tenía los nervios de punta por la atmósfera agresiva que se había instalado entre ellos.

Su trabajo era tan competente como siempre, pero su cuerpo se ponía rígido cada vez que él se acercaba a ella. Todavía no le había dicho que se cambiaba de casa y no lo hizo hasta que estaba a punto de marcharse el viernes por la tarde.

—No sé si te lo he mencionado —comentó con frialdad—, pero he decidido irme de casa.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros y avanzó hacia la puerta pero él llegó antes y se colocó delante.

—He decidido que ya es bastante malo aceptar caridad pero

aceptar también la de mi padre es el colmo de la situación.

—¿Y cuál es la situación? ¿Que te ofendió algo que no debería haberte dicho y no eres lo bastante adulta como para creermelo cuando te digo que no importa.

—Sí, eso es. No soy lo bastante adulta. — Kemp apretó los labios.

—Tú padre me hizo un favor en una ocasión se lo devolví. Déjalo así.

Francesca permaneció en silencio y él movió la cabeza con impaciencia.

—Estás a punto de decirme que me estoy poniendo como una cría — dijo ella.

—Veo que también sabes leer el pensamiento.

—Sólo el tuyo —replicó ella.

—No culpes a tu padre —musitó él—. Sólo lo por ti —hizo una pausa—. Necesito tu dirección para el departamento de Personal. Tendrán que actualizar tus datos. —Ahora voy a ver a Sally, así que se la diré.

La joven le dijo la dirección, sabedora de que no era necesario escribirla ya que él poseía una memoria prodigiosa.

—Tómate un par de días libres —le dijo al apartarse de la puerta.

—No, gracias.

—No, ya lo suponía—murmuró él.

Volvió a su despacho y cerró la puerta. Ella dejó de pensar en él y se concentró en la cuestión de la mudanza.

Esta no le llevó mucho tiempo. A las siete y media del día siguiente había trasladado ya todas sus cosas al apartamento.

Cuando terminó, se sentó por primera vez en el pequeño sofá colocado debajo de la ventana y miró a su alrededor. Le costaría algo de tiempo acostumbrarse a aquello. Si la casa de su padre era una mansión, aquella, en comparación, parecía una casa de muñecas.

Tenía una cocina minúscula, con un frigorífico pequeño, un dormitorio con baño adyacente y una sala de estar con un sofá, dos sillones y una alfombra persa que había trasladado de su dormitorio y que parecía demasiado elegante delante de la chimenea.

Pero los techos eran altos, ya que se trataba de una casa

victoriana y, aunque había sido transformada para dar cabida a seis apartamentos, sus líneas mantenían aún una gracia especial. Se recostó y sonrió con placer. Era la primera vez que probaba la libertad y, aunque hubiera llegado allí por una serie de circunstancias desagradables, no le disgustaba.

Su padre le había dicho años atrás que el dinero era una trampa. Nunca había pensado mucho en aquella observación, pero en aquel momento comprendió que era cierto.

Si tú querías, el dinero podía dártelo todo, pero también podía formar los barrotes de una jaula dorada que te aprisionara para siempre.

Oyó una llamada en la puerta y se acercó a ella sorprendida. No podía ser Rupert. Le había dicho que pensaba salir fuera de la ciudad el sábado por la noche y todavía no había comunicado su dirección a sus demás amigos. La mayoría de ellos pensarían que se había vuelto loca y, de todos modos, había perdido el contacto con algunos de ellos desde que empezara a trabajar.

Aun así, Oliver Kemp era la última persona a la que esperaba ver. Abrió la puerta y el corazón comenzó a latirle con fuerza.

El hombre se apoyó contra la jamba.

—¿Piensas invitarme a pasar o prefieres que nos quedemos aquí mirándonos el uno al otro? Francesca se apartó y él pasó a su lado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella después de la puerta.

—Se me ha ocurrido traerte un regalo para tu mudanza —repuso él; colocó dos botellas francesas de champán en la mesa delante del sofá.

—Muy considerado por tu parte.

No se movió y, al fin, él se volvió hacia ella.

—¿Te importa que me siente?

Lo hizo sin esperar respuesta. Lanzó su chaqueta en uno de los sillones y se arremango camisa.

—Cuando me dijiste que te habías mudado, he que admitir que no esperaba un sitio así.

—¿De verdad? —la joven recogió las botellas de pan y lo miró—. ¿Y qué esperabas? ¿Un lugar más grande y lujoso?

—Creo que sí —admitió él.

—Puede que naciera rodeada de lujo —dijo —pero eso no significa que sea adicta a él.



—Touché.

Se puso en pie y se acercó a la cocina, de salió poco después con un par de copas de champaña.

—No tienes por qué quedarte... —empezó a decir.

—¿Quieres que me vaya?

—No, claro que no —musitó la joven.

—¿Esperas a alguien?

—No.

—Quería asegurarme de que te encontraba —musitó él, acariciando el borde de su copa. Francesca tomó un sorbo de champán.

—¿Y por qué no iba a estarlo?

—Porque eres muy nerviosa; exageras mucho algunas cosas e imaginas obstáculos que no existen.

—Muchas gracias por tu voto de confianza.

Oliver se echó a reír. La joven tomó otro sorbo de su copa. Nunca le había gustado demasiado el champán. En su opinión, era una bebida muy sobrevalorada, pero tenía que admitir que sus burbujas se subían a la cabeza con mucha rapidez.

—¿Qué haces aquí? —preguntó confusa—. ¿Dónde está Imogen?

—Ha salido. A decir verdad, se ha ido con tu amiguito.

—¿Rupert? —preguntó Francesca, sorprendida.

—¿Tienes más de un amiguito?

—¿Qué está haciendo con Rupert?

—Han ido a un nightclub.

—¿Han ido a un nightclub?

—Pareces sorprendida. ¿Qué clase de relación tienes con ese hombre si no sabes lo que hace cuando no está contigo?

La joven seguía demasiado atónita como para encontrar una réplica apropiada.

—Así que por eso has venido —asintió con la cabeza—. No te importa mi bienestar mental. Has venido a vengarte en mí porque tu prometida está saliendo con Rupert a tus espaldas.

Después de un par de copas de champán con el estómago vacío, comenzaba a perder también interés por su bienestar mental.

Oliver se echó a reír.

—¿Vengarme en ti? No seas pueril. Imogen ha intentado convencerme para que fuera con ellos, pero he decidido que podía

pasarme sin el dudoso placer de la música alta y el inevitable dolor de cabeza.

—¿Pero no te importa? —preguntó ella.

Tendió la copa para que le echara más chapam.

—¿Si me importa el qué?

—Que tu prometida salga a divertirse con otro hombre.

—No soy un hombre celoso. Además, confío en Imogen. Es una mujer libre. No creo en encadenar a la gente.

—¡Qué liberal!

Apenas había tomado alcohol en las semanas anteriores y las tres copas de champán se le habían subido a la cabeza con una velocidad alarmante.

Colocó los pies debajo de ella en el sofá.

—¿Creías que tenías que consolarme porque él hubiera salido con otra mujer? —soltó una carcajada y echó la cabeza hacia atrás—. Nada de eso. El y yo no somos amantes.

Oliver entrecerró los ojos.

—¿Cómo reaccionó tu padre ante tu marcha? —preguntó.

—No intentó detenerme —repuso ella.

—¿Lo habría conseguido de haberlo intentado?

—No.

—Entonces es un hombre listo.

—Cuando te dije que quería renunciar al trabajo hablaba en serio —murmuró ella, con una lógica que sólo tenía sentido para ella.

—No es cierto. Te gusta trabajar para mí.

—¿Y te gusta que trabaje para ti? —pregunto antes de rellenar su copa con lo que quedaba botella—. No apruebas mi estilo de vida; podrías haberte librado de mi una vez que consideraste que había saldado tu deuda.

—Puede que no apruebe tu estilo de vida —cedió él—, pero tendrías que disgustarme personalmente para hacer una cosa así.

Francesca se preguntó por qué aquello no le hacía sentirse mejor. Quizá porque no deseaba saber que no le disgustaba; lo que quería era saber que le gustaba, que la deseaba.

Sintió que le ardía la piel ante la irracionalidad de aquella idea.

—¿Abro la otra botella de champán? —preguntó.

No esperó respuesta. Fue a la cocina, abrió la botella, cerró los

ojos al sacar el corcho y luego sirvió dos copas más.

Sentía las piernas vacilantes y sabía que él tenía el ceño fruncido, pero no le importaba. La última semana había sido traumática y necesitaba relajarse.

También estaba algo confusa. Después de dos meses de decirse que lo único que le importaba era que él la aceptara profesionalmente, empezaba a desear otra cosa.

En lugar de volver a su sillón, se sentó a su lado en el sofá. ¿Fue su imaginación o el dio un respingo?

Lo miró de soslayo, pero su expresión no indicaba nada.

—No creo que sea buena idea que bebas más alcohol —murmuró Oliver—. ¿Qué has comido hoy?

—Veamos... —frunció el ceño. Se dio cuenta de que su rodilla casi rozaba el muslo de él—. He comido algo de fruta a mediodía y un plato de sopa hace un rato.

—¿Y eso es todo?

—Eso es todo —asintió sonriente.

La luz de la estancia era tenue, y miró el rostro de él con placer: sus rasgos fuertes, el ángulo de su mandíbula, su cabello moreno. No se dio cuenta de que él la miraba a su vez hasta que no le oyó decir:

—¿Has terminado?

No respondió. Tendió la mano para tomar más y él la sujetó por la muñeca.

—No lo hagas.

—¿Por qué me has traído champán si no querías que lo bebiera? —preguntó ella, irritada—. Deberías traído zumo de naranja.

—Si lo hubiera pensado bien, lo habría hecho —dijo él sin soltarle la muñeca.

Francesca se encogió de hombros y bajó los ojos. Oliver le soltó la mano.

—Creo que es hora de que me marche, ¿no te parece?

—¿Por qué?

La observó con atención.

—Creo que conoces la respuesta. Ven conmigo. Se puso en pie y ella lo miró confusa.

—¿Adonde?

—Al dormitorio, preciosa. Creo que tienes que dormir la mona.

Antes de que ella tuviera tiempo de objetar la tomó en brazos y la llevó al dormitorio como si pesara nada. Por supuesto, él tenía razón. Sabía que se estaba portando de un modo raro. Apoyó la mano contra su pecho con un suspiro y medio cerró los ojos.

No recordaba haber sido nunca tan consciente del cuerpo de un hombre. Aunque por otra parte, no decirse que tuviera mucha experiencia sexual. De todo aquello la pillaba por sorpresa.

Oliver la depositó en la cama y encendió la lámpara. Francesca se apoyó sobre la almohada y miró los muebles de madera oscura que parecían mucho más oscuros con aquella luz tenue que a la luz del día.

Luego lo miró a él.

—¿Me traes un vaso de agua? —preguntó, incorporándose.

El hombre salió del cuarto y volvió casi enseguida.

—Siéntate —dijo ella. Oliver obedeció.

—¿Cómo encontraste esta casa? —preguntó.

—Con mucha suerte. Estaba furiosa con papá y contigo —hizo una pausa—. ¿Dónde vives tú?

—En Hampstead. No está muy lejos de aquí. Hizo ademán de levantarse.

—No te marches todavía —musitó ella.

El hombre volvió a sentarse, pero con expresión de estar haciéndolo contra su voluntad.

Francesca pensó que muchos hombres habrían agradecido la oportunidad de estar con ella. Había tenido invitaciones de sobra como para saberlo.

—¿Asustada? —preguntó él—. ¿Es la primera vez que vives sola?

—Sí —repuso ella con desaffío.

—Bueno, es algo que tenías que hacer. Ahora creo que es hora de que cierres los ojos y te duermas. ¿La puerta se cierra tirando de ella o tienes que darme la llave? No me gustaría dejarte aquí con la casa abierta.

—¿Por qué no? ¿Crees que alguien podría entrar en mitad de la noche y aprovecharse de mí?

—O robarte la televisión y el vídeo —musitó él—. Es mejor prevenir que curar.

—No es necesario que me sermonees. He vivido toda mi vida en

Londres. Sé cuidar de mí misma.

—Puede que hayas vivido en Londres —repuso él con paciencia —, pero lo has hecho entre algodones. ¿Qué harías si un hombre entrara en esta casa porque has sido lo bastante tonta como para olvidar cerrar la puerta o porque has dejado la ventana abierta en una calurosa noche?

—¿Qué haría cualquiera?

—Tenía que haber adivinado que responderías con otra pregunta —se rió él. La joven lo miró irritada.

—¿Crees que yo estaría en peor situación que si entrara un ladrón en el apartamento de tu novia? —pregunto.

—Imogen puede parecer pequeña e inocente, pero ha vivido mucho más que tú.

—¿Porque procede de un ambiente distinto?

—Esta conversación no conduce a ninguna parte —dijo él con frialdad.

—Lo menos que puedes hacer es responde pregunta.

—Muy bien, pues. Sí. Crecer sin una cuchara en la boca implica que tienes que desarrollar un dureza y eso es una protección muy buena. No hay nadie contigo para cerciorarse de que está cerrada la puerta, te das cuenta de que tienes que cerrarla tu misma.

—Nunca me perdonarás que sea hija de un rico, ¿verdad?

—No sabía que tuviera que perdonarte nada. Pórtate bien y eso es lo que importa.

—Me sorprende que te importe que me pase —murmuró ella, irritada consigo misma por ser tan perversa.

—No me gustaría dejar a ninguna mujer con la puerta abierta, en especial en el estado en que estás tú

—Es más probable que un ladrón no me mirara si me encontrara dormida.

—¿Eso crees?

—¿A qué te refieres?

—¿No lo sabes? —preguntó él, divertido—. No me digas que soy el primer hombre que te dice que eres una chica muy atractiva.

Miró su reloj de pulsera.

—Pero no para ti —repuso ella. Hubo un silencio.

—¿Unas copas de champán siempre te producen el mismo efecto? —preguntó él.

Francesca se encogió de hombros. Se sentía como si estuviera al borde de algo, como si estuviera a punto de ocurrir algo que llevaba mucho tiempo esperando. Y sólo sabía que el pulso le latía con fuerza y le ardía la piel.

Levantó una mano y, aunque se sentía como flotando entre nubes, una parte de ella sabía que iba a cometer una locura.

Comenzó a desabotonarse la camisa con los ojos fijos en los de él. Nunca se había dado cuenta de que aquella prenda tuviera tantos botones. Le pareció que tardaba una eternidad, pero al fin consiguió terminar y se abrió la camisa, dejando al descubierto sus pechos con los pezones erectos. Respiraba pesadamente. —¿Qué diablos estás haciendo? —preguntó él. Francesca le tomó una mano y la guió hacia su pecho dolorido. Una especie de instinto primitivo parecía haberse apoderado de ella. Cuando sintió la mano de él sobre su piel, gimió y se movió ligeramente.

Oliver se inclinó hacia adelante con ojos brillantes y la respiración jadeante. Cuando su boca se unió a la de ella, Francesca arqueó su cuerpo contra él y separó los labios para dejar paso a su lengua. Una mano de él acariciaba su cabello y la otra cubría uno de sus senos. Le acarició el pezón con el pulgar y un millar de pequeñas corrientes eléctricas parecieron invadir su cuerpo. A través de ojos medio cerrados lo vio la cabeza y rodear su pecho con los labios, pero los ojos cuando la boca de él tomó su pezón hinchado y comenzó a succionar con fuerza.

Seguía con los ojos cerrados cuando él levanta la cabeza para mirarla y tardó un momento en darse cuenta de que se había enderezado y estaba sentado en la cama.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—Tú —repuso él con brusquedad—. Abróchate la camisa, por el amor de Dios.

La joven se sentó en la cama y se apresuró a < sus pechos.

Oliver se había puesto en pie y la miraba fría, desde el pie de la cama.

—¿Ha sido el champán o tienes la costumbre dejarte caer en brazos del primer hombre que pasa por tu lado. La joven levantó la vista hacia él.

—Yo no soy promiscua.

—¿En serio? No es ésa la impresión que acabas de dar.

—Nunca en mi vida me he acostado con un hombre.

Era la primera vez que admitía aquello ante alguien. Sabía que todas sus amigas habían tenido relaciones físicas y le parecía raro seguir siendo virgen. Pero se había visto suficientemente tentada.

Hasta aquel momento, claro, porque sabía que si él hubiera continuado con aquello, ella no lo habría detenido. Lo deseaba con una intensidad que la asustaba, peor aún, lo había deseado durante mucho tiempo aunque el champán podía haberla ayudado a abrirse, la motivación estaba ya allí de antes.

Oliver movió la cabeza y se pasó una mano por el pelo.

—Si quieres ampliar tu experiencia, te equivocas de hombre —dijo.

Francesca no respondió. No podía mirarlo a los ojos, así que apartó la vista sintiéndose desgraciada y confusa. ¿Qué era lo que había querido? No, no un hombre con el que ampliar su experiencia. Lo había deseado a él.

—Eres una chica muy guapa —prosiguió él—, y admito que me he sentido tentado, pero te has equivocado de persona. Es mejor que lo sepas de una vez. Tú no eres mi tipo y sospecho que yo no soy el tuyo.

—¿Y cuál crees tú que es mi tipo? —preguntó ella con ligereza.

—Eres una cría, Francesca. Yo no tengo tiempo para crías.

Se miraron en silencio y luego él dio media vuelta y salió del cuarto. La joven oyó cerrarse la puerta exterior y se dejó caer sobre la cama tapándose la cara con la almohada.

Un torbellino de pensamientos recorrían su mente. ¿Qué había esperado lograr con aquello? Recordó la sensación de las manos de él sobre sus pechos y se estremeció avergonzada.

El enterarse del modo en que había conseguido el empleo con Oliver Kemp la había herido en su orgullo, pero en el fondo sabía que, a pesar de todo, había conseguido demostrar que podía hacerlo.

Pero aquel rechazo había dañado su orgullo de un modo irreparable. Nunca la habían rechazado antes y sentía una mezcla de sorpresa, rabia y dolor.

—Te odio —dijo en voz alta.

Aquellas palabras resonaron una y otra vez en su cabeza, hasta que la venció el sueño cubriendo sus emociones con un manto

oscuro.



## Capítulo 4

EL LUNES por la mañana, Francesca estaba asustada y nerviosa al entrar en el despacho. El sábado se había quedado dormida con una sensación de desesperación que no la había abandonado desde entonces.

Pero había tomado una decisión. Se había ofrecido una vez a Oliver Kemp y no volvería a cometer el mismo error. Siempre que revivía aquella escena en su mente deseaba cerrar los ojos y esconderse en un rincón o hasta que desapareciera su vergüenza.

Y no le importaba la interpretación que diera é que había ocurrido. Podía pensar que había sucumbido a la influencia del champán o que había querido perder la virginidad con él simplemente porque era una cría malcriada y deseaba al único hombre al que no podía tener.

Todo menos que sospechara ni siquiera por un poquito que se sentía fuertemente atraída por él desde tiempo. Sabía que eso lo divertiría mucho, tanto que puede que incluso lo comentara con Imogen.

Se lo encontró en el ascensor y, cuando se quedaron solos, se volvió hacia ella y le preguntó:

—¿Te encuentras mejor?

—Sí, gracias —replicó ella con una sonrisa tensa. Ayer tenía la cabeza como si alguien me golpear dentro con un martillo, pero tomé dos aspirinas y no tardé en sentirme mejor.

Oliver asintió.

—Quiero disculparme por lo del sábado por la noche —musitó ella cuando el ascensor llegó a su planta. Oliver abrió la puerta del despacho.

—No es necesario hablar de eso... —comenzó a decir con voz fría.

—Yo creo que sí —lo interrumpió ella—. Estoy de acuerdo en que no tiene sentido darle vueltas, pero me gustaría aclarar las cosas.

—Adelante, pues.

—Sé que probablemente tienes una impresión muy mala de mí, pero eso no volverá a ocurrir. Lo único que puedo pensar es que el

champán se me subió a la cabeza más de lo que creía y supongo que estaba algo deprimida por la separación con mi padre.

Le parecía la excusa más racional y estaba segura de que había hablado con voz serena.

—Todos nos equivocamos —Oliver se encogió de hombros y se volvió para hojear el correo que había en la mesa de ella.

—Si quieres que me marche, lo comprenderé —prosiguió ella.

—¿Por qué? —levantó la vista hacia ella—. Creo que lo mejor es que los dos olvidemos ese incidente, ¿no te parece? —avanzó hacia su despacho—. ¿Terminaste el trabajo en el documento de Peterborough?

Francesca asintió y se lo tendió.

—Ese condenado hombre ha vuelto a llamar para preguntar cuándo podemos tener listo su pedido. Creo que no comprende que llamar cada hora no va a acelerar en nada el proceso.

La joven sonrió, pero sabía que algo había cambiado en su relación.

Antes del fin de semana, los dos se mostraban relajados en presencia del otro. Oliver había empezado a confiar en su competencia y, aunque no hablaban de su vida privada, al menos tenían una buena relación laboral.

Pero todo eso había cambiado. Francesca era consciente de su presencia y sabía que, aunque él había vuelto a adoptar sus modales corteses y distantes, habían ocurrido cosas que habían alterado la calma superficial.

A las once salió de su despacho y le dijo que es fuera el resto del día y, a las doce, sonó el teléfono.

Era Imogen.

—¿Puedes comer conmigo? —preguntó.

Francesca palideció. ¿Le habría dicho algo su metido? Apenas si había pensado en la otra mujer el sábado. Era como si algo se hubiera apoderado de ella, algo que no la dejaba pensar en nadie más y, luego, tampoco en el hecho de que estaba prometido con otra mujer. Se ruborizó avergonzada.

—Desde luego —repuso.

A la una menos cinco, Francesca esperaba a la en un restaurante cercano al despacho. Si Oliver le había contado lo ocurrido a su prometida, no tendría alternativa que dejar el empleo.

Sabía que había sido una estúpida y, cuando Imogen diez minutos más tarde, estaba tentada de confesárselo todo y esperar el castigo que se merecía.

Pero Imogen, vestida elegantemente con un traje marino, no parecía una mujer que quisiera venganza de nada.

Francesca miró su figura y sintió unos celos de amante empeorados al saber que ella no podría alcanzar las cualidades que Oliver veía en su prometida.

Comprendió que su vida había sido muy fácil de no conocer a aquel hombre. Una vida superficial y que había peligros ocultos.

Tras unos minutos de conversar y sonreír, Imogen se tomó interés en la conversación y dijo que necesitaba su consejo, ¿Mi consejo? —preguntó Francesca, sorprendida.

—Quiero cambiar un poco mi guardarropa dado que tú eras la persona más indicada para aconsejarme. Vistes siempre de maravilla.

—¿Por qué quieres cambiar de guardarropa? —preguntó la otra, sorprendida—. En tu posición...

—Oh, ya lo sé. Trajes de trabajo. El problema es que ya no me gustan —se echó a reír—. Necesito colores brillantes, alguna variedad.

—¿Por qué? ¿A Oliver no le gustas como eres? —preguntó Francesca con un esfuerzo.

—Oh, un cambio nunca viene mal, ¿no te parece? —repuso la otra con ambigüedad.

—Tal vez él no piense lo mismo.

—O puede que se sorprenda agradablemente —murmuró Imogen.

Bajó los ojos y Francesca le comentó dónde hacía sus compras y le dio nombres de personas que estarían encantados de ayudarla con todo lo que quisiera.

Se imaginó a la otra mujer vestida de un modo seductor y a Oliver agradablemente sorprendido. Los imaginó haciendo el amor y fue un alivio poder separarse de Imogen al terminar la comida.

En los dos días siguientes, Francesca mantuvo la cabeza baja, mirando apenas a Oliver y tratando desesperadamente de razonar consigo misma.

Se dijo que lo que sentía por él no conducía a ninguna parte y,

una vez admitido eso, no tenía más sentido que olvidarlo; pero siempre que él se acercaba a ella, su cuerpo reaccionaba con voluntad propia. Cuando se inclinaba para mostrarle algo, tenía que mantener las manos apretadas a los costados para que él no viera lo mucho que temblaban. Cuando le hablaba, tenía que asegurarse de no mirarlo a los ojos porque no quería que él leyera el mensaje que transmitían los suyos.

—¿Qué te pasa? —le preguntó él el miércoles cuando estaba a punto de marcharse.

—No me siento bien —repuso ella con rapidez—. Creo que me estoy pillando algo. Hay mucha gripe.

—Trabajas demasiado —musitó él—. ¿Alguna vez a comer?

—De vez en cuando. El otro día comí con tu prometida. Fuimos al restaurante de la esquina.

—Sí. Me lo dijo.

—Quería algunos consejos sobre ropa, así que me llamo a mí. ¿A quién mejor? Cualquiera puede ver que mi fuerte es la moda.

No pudo evitar que su voz sonara amarga y Oliver frunció el ceño.

—Si esa es la opinión que tienes de ti misma, entiendo que no es difícil que el resto del mundo piense lo mismo ¿no crees?

—Supongo que no —soltó una risita y se puso de pie—. Si no te importa, creo que me iré ya. A no que quieras que escriba urgentemente esas cartas.

—Pueden esperar.

Al salir de su despacho, se sentía tan desgraciada que casi se alegró de ver a Brad Robinson al lado de su mesa.

Lo había visto ya muchas veces y sé había acostumbrado a su modo de flirtear. Seguía ignorándolo, ya no le parecía tan desagradable como la primera vez. Suponía que se debía en parte al hecho de saber que no estaba casado. Se consideraba un hombre irresistible, pero al menos no había una mujer que sufriera por su actitud.

—Tienes un aspecto horrible —le dijo.

—Me siento mal —repuso ella—. Me duele la cabeza y los ojos.

—¿Crees que un masaje corporal te ayudaría? —flexionó los dedos y la miró.

—Bueno —repuso ella, sonriente—, esta vez has superado tus

propios tópicos.

—¿Verdad que sí? Quizá debería incorporarlo a mi repertorio.

Antes de que ella pudiera comentar nada, se puso a su lado y le colocó las manos sobre los hombros, presionándole los músculos.

—¿Te gusta? —le preguntó al oído. La joven tuvo que admitir que así era.

—Siempre que esas manos tuyas no se propasen —echó la cabeza hacia atrás y entrecerró los ojos.

—Trataré de impedírselo —musitó él, sonriente—, pero a veces no puedo contenerlas.

—Oh, no me extraña —murmuró ella, flexionando los hombros.

Ninguno de los dos oyó abrirse la puerta. Cuando habló Oliver, su voz fue como un latigazo y los dos se separaron.

—¿Has venido por algo en particular? —le preguntó a Brad con labios apretados—. Porque si es así, dilo, y si no, puedes volver a tu despacho y hacer lo que te pago por hacer.

—Ya nos íbamos —dijo Francesca, ruborizándose.

—No, te equivocas. El señor Robinson se va. Tu entra en mi despacho.

Dio media vuelta y la joven lo siguió rabiosa.

—Eso no era necesario —dijo, alarmada por lo que expresaba el rostro de él.

—No me digas lo que es necesario y lo que es en mi compañía, ¿entendido?

—Sólo ha venido a charlar un rato antes de irnos —musitó ella.

Oliver se acercó a ella y la agarró por los hombros.

—Esto no es un parque de juegos y yo no pago a mis empleados para que se dediquen a flirtear d las horas de trabajo. ¿Está claro?

—Brad siempre flirtea —dijo ella—. Tú mismo lo cuando empecé a trabajar aquí.

—Eso no es excusa para abusar de mi confianza —contestó él—. No quiero encontrarte fornicando en el despacho de la oficina sólo porque te apetezca.

Francesca levantó la cabeza.

—No creo que lo que hacíamos se pueda llamar así —gritó a su vez—. Y me haces daño.

La soltó con brusquedad, pero no se movió, permaneció donde estaba, con las manos en los brazos —¿Y tú esperas que te tomen en

serio? —preguntó él con sarcasmo—. Si insistes en portarte como una adolescente, dímelo y te devolveré a tu padre para que buscarte una escuela.

Sus ojos se encontraron y, extrañamente, él fue el primero en apartar la vista. Se acercó a la ventana luego se volvió a mirarla.

—No volverá a ocurrir —musitó ella, temblorosa.

—Me alegro. Porque si ocurre, quedarás des y él también.

—¡Tú no harías eso! —lo miró, asustada por su amenaza—. Es un buen vendedor. Tú mismo lo dijiste.

—Ya me has oído —se volvió a mirar por la ventana y la joven salió en silencio.

Nunca lo había visto tan furioso. ¿Qué le había pasado? ¿Buscaba una excusa para librarse de ella y por eso había explotado por un incidente tan tonto?

Seguía pensando en ello cuando entró en su bloque de apartamentos y no vio el paraguas que había en el suelo del portal. Tropezó y cayó al suelo. Se puso en pie y luego volvió a sentarse y comenzó a masajearse el tobillo.

Le dolía mucho y miró con odio el paraguas abandonado. Al fin trató de ponerse en pie y consiguió arrastrarse lentamente hasta su apartamento.

Lo único bueno de aquello era que el dolor del tobillo había conseguido casi apartar a Oliver de su mente. Se preparó una cena ligera, pero el esfuerzo la dejó agotada. A las ocho llamó a su médico, un amigo de la familia, quien le hizo una serie de preguntas por teléfono y le dijo que se había torcido el tobillo, que remitiría el dolor, pero que podía tomarse una aspirina si la necesitaba.

—Muchas gracias, doctor Wilkins —dijo ella con ironía—. Ya me siento mucho mejor.

El hombre se echó a reír, le dijo que la llamaría por la mañana y le deseó felices sueños.

Por la mañana no se sentía mucho mejor y con un suspiro de resignación llamó al despacho y habló con Oliver por la línea directa.

—Me temo que no puedo ir —dijo.

—¿Por qué no?

—Me he torcido un tobillo. Apenas si puedo andar.

—¡Qué fastidio! —repuso él—. Precisamente hoy teníamos que repasar juntos esos documentos pendientes.

—Lo siento mucho, señor Kemp. La próxima vez trataré de planificar mis accidentes para momentos mas oportunos.

—Eso sería muy útil —asintió él; la joven apretó los dientes—. Sin embargo, no está todo perdido. Esta tarde me pasaré por allí después del trabajo, alrededor las seis y media.

—¿Te pasarás por aquí? —preguntó ella, horrorizada.

Pero él ya había colgado y la joven se quedó m el teléfono con enojo.

Pasó el resto del día en un estado de anticipación. La aparición de Rupert a la hora de comer casi le irritante. Hacía tiempo que no lo veía y comen podía parecerle trivial. Era divertido, pero ella a veces no tenia ganas que la divirtieran y él nunca comprendía que para ella la vida no era un juego divertido e interminable, eso empezaba a cansar después de un tiempo.

Se descubrió mirando su reloj más de una vez cuando Rupert se levantó para marcharse, dijo:

—Siento haberte molestado con mi presencia, Frankie. Cuando llamé a tu despacho y me dijeron habías torcido un tobillo, creía que quizá te agradaría mi compañía.

—Perdona, Rupert, pero tengo muchas cosas cabeza.

—Yo también.

La joven lo miró sorprendida y vio que vacilaba .Comprendió que estaba pensando si podía contar ella. Era la primera vez que lo veía así y le avergonzó no haber prestado más atención a lo que le decía.

—¿Hay algo de lo que quieras hablar? —pregunto. Rupert se encogió de hombros con aire vacilante.

—Nada en especial —dijo al fin—. Los problema habituales con las mujeres.

—¿Habituales? Rupert, tú nunca has tenido problemas con las mujeres.

El hombre se echó a reír y ella se dio cuenta de que parecía preocupado.

—Lo sé —asintió él—. Una lástima que tenga que empezar a tenerlos ahora a mi edad.

Pero no dijo nada más y Francesca no tardó en olvidar toda la

conversación.

Por supuesto, como era de esperar, Oliver no llegó hasta después de las siete y, para entonces, su tensión se había convertido en rabia. Aquel hombre decidía que podía invadir su apartamento sólo porque necesitaba terminar un trabajo y luego pensaba que podía llegar a la hora que le apeteciera.

Cuando lo oyó llamar a la puerta, se acercó cojeando y la abrió con los labios apretados.

Su jefe la miró lentamente, de los pies a la cabeza; observó su pie hinchado y la tomó en brazos, ignorando las protestas de ella.

—Ya está —dijo, después de colocarla en el sofá. Se quitó el abrigo—. He traído comida china. Espero que te guste.

Algo en sus modales la alarmó, aunque no supo especificar de qué se trataba. Se preguntó si no sería todo su imaginación.

—Has sido muy amable —dijo.

—Suponía que no podrías cocinar en tu estado —indicó él.

Entró en la cocina y salió un par de minutos después con dos platos y algunos cubiertos.

La joven observó nerviosa cómo servía la comida.

—No parece muy apetitosa, ¿verdad? —pregunto tendiéndole el plato.

—Pero huele bien —sonrió ella.

Lo miró, disfrutando con la sensualidad que emitía aquel hombre. Era un placer prohibido al que podía resistirse.

Después de haber reconocido su atracción por él, todo en él producía un impacto en sus sentidos, los rasgos de su rostro, la fuerza de su cuerpo, el en que su cabello negro se rizaba contra su cuello, observó todo; lo miraba cuando creía que él no sabía de su deseo, pero se sentía como un ladrón en la que robara algo que no le pertenecía.

—¿Qué tal tu nueva casa? —preguntó él—. ¿Te has arrepentido del traslado?

Mientras comían, ella charló con él, respondió preguntas y se dijo que la única amenaza a su paz era ella misma. Resultaba fácil hablar con él; tenía el raro don de escuchar atentamente y, después de pronto se encontró hablando con más libertad de lo que hubiera creído posible.

¿Por qué se mostraba tan amable y encantador?



—Pero tú ya lo sabes todo de mí —dijo al fin, dejando su plato en la mesa—. Conoces a mi familia y un montón de cosas más gracias a mi padre.

—Eso es cierto —asintió él.

—¿Por qué no empezamos a trabajar? Si dejas platos en el fregadero, ya los limpiaré más tarde.

Oliver asintió y, durante la siguiente hora repasaron documentos. Francesca descifró la taquigrafía y tomó nota de las cosas que tenía que hacer en cuanto volviera al despacho.

—Por si te preguntas por qué he venido —dijo cuando terminaron—, la razón es que estaré en el extranjero las próximas tres semanas. Negocios urgentes.

Aquello tenía sentido. Necesitaba revisar el trabajo con ella porque iba a estar fuera y ella no sabía si la noticia de su marcha la aliviaba o la entristecía.

—Por supuesto, llamaré todos los días, pero tendrás que seguir adelante sin mí. ¿Podrás arreglártelas? —¿Qué crees tú? —La miró pensativo.

—No tengo dudas de que puedes —murmuró con una sonrisa—. ¿Te gusta saber que me equivoqué contigo? No suelo equivocarme al juzgar a las personas, pero tengo que admitir que tu trabajo es espléndido.

—¿Te estás disculpando? —preguntó ella. Oliver se echó a reír.

—En cierto modo, sí.

Se puso en pie y la joven creyó que iba a marcharse, pero no fue así. Entró en la cocina, preparó café y le tendió una taza.

—Gracias —dijo la joven, sorprendida—. No sabía que fueras tan casero. Primero la comida y ahora esto.

—Hacer una taza de café no es una tarea difícil —repuso él con sequedad—. Incluso puedo preparar una comida decente si es necesario.

—Supongo que tuviste que hacerlo cuando estabas en la universidad —comentó ella sin mirarlo.

—Y antes. Mi madre estuvo muy enferma antes de morir. Yo tenía que encargarme de las tareas de casa además de estudiar como un loco. Aprendí a manejar una aspiradora al tiempo que revisaba estadísticas.

Francesca se echó a reír y se preguntó cómo era posible que un

hombre pudiera mostrarse tan duro y agresivo y ser al mismo tiempo tan ingenioso cuando quería.

—Debió de ser difícil estar solo —comentó.

—Aprendí muy pronto a cuidar de mí mismo —se encogió de hombros—. No es una mala lección.

—Supongo que no hay mucha gente que no es acuerdo con eso —comentó ella con ligereza—. En especial teniendo en cuenta lo mucho que te ha ayudado a triunfar.

—El triunfo es un arma de doble filo —murmuro. La miró a los ojos—. Tristemente, el triunfo te vuelve suspicaz. Cuanto más dinero ganas, más estrecho es el círculo de personas en las que puedes confiar, ya lo habrás descubierto.

—No, creo que no —repuso ella.

—Porque tú vivías en un mundo muy alejado realidad.

—Pero yo no lo elegí —señaló ella, que no deseaba estropear la atmósfera agradable que se había instalado entre ellos.

Se puso en pie para llevar las tazas a la cocina estirar los músculos; cuando se inclinó para tomar taza de él, éste tendió una mano y le sujetó la mano.

—No deberías moverte —dijo con suavidad.

A Francesca empezó a latirle con fuerza el corazón. Trató de mirarlo con calma, sin permitir que su corazón dictara sus respuestas.

—Mi tobillo ya está mucho mejor —comentó. Oliver la sentó con gentileza a su lado.

—Déjame echarle un vistazo —dijo. Francesca lo miró asustada.

—No hay nada que ver —protestó—. Sólo tiene un moretón.

—¿Cómo te lo torciste?

Colocó con gentileza la pierna de ella sobre las suyas y le subió la falda larga para dejar el tobillo descubierto. Era ridículo, pero la joven se sentía vulnerable como una dama victoriana a la que esto desnudando. También estaba confusa. ¿Por qué hacía él todo eso? Recordó sus palabras de desprecio cuando se insinuó a él y tiró de la pierna, pero él la sujetó con firmeza en su sitio.

—¿Y bien? —preguntó.

—Oh. Tropecé con un paraguas.

—Despistada —inclinó la cabeza para examinarle el tobillo y lo acarició con su mano.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Qué te ha dicho el médico? —preguntó él a su vez.

—Que estará bien mañana o pasado mañana.

—Me alegro de oírlo.

Sonrió con lentitud y la joven comprendió al fin lo que su subconsciente había sabido todo el rato: que Oliver Kemp estaba flirteando con ella.

Era algo tan inesperado que la sobresaltó. Bajó la vista y sintió más cuando vio los ojos de él sobre ella.

Le resultaba raro ser observada por un hombre que apenas si la había mirado antes, pero no sabía qué sentir. Se había ofrecido a él con un optimismo ingenuo causado por la falta de experiencia, y en aquel momento, esa misma falta de experiencia la hizo dar marcha atrás. Se sentía extraña y a la defensiva.

Tiró de nuevo de su pie y él preguntó de modo casual:

—¿Quieres que me marche?

Hubo un silencio tan profundo que todos los ruidos de la habitación se vieron ampliados un millón de veces. El rumor gentil de la lluvia contra el cristal se convirtió en un tambor; el tic tac del reloj de la chimenea parecía una bomba a punto de explotar.

—¿Qué hora es? —preguntó ella, por decir algo.

—Hora de irme o de quedarme —repuso él con ironía—. Tú decides.

—No comprendo lo que ocurre —musitó ella—, la última vez que estuviste aquí...

—Tú habías bebido demasiado —dijo él.

La joven apartó su pierna y la dejó en el suelo, la miró con aparente fascinación.

Tenerlo a su lado la afectaba de tal modo que apenas podía respirar. Su cabello rubio cubría su rostro ce una cortina, ocultando su expresión, de lo cual se alegraba porque no deseaba que él viera los pensamientos que cruzaban por su rostro.

—¿Por qué no me miras? —preguntó él, apartándole el pelo.

No movió su mano. La dejó sobre el cuello de que se volvió hacia él de mala gana.

—¿Es una estupidez preguntarte si has bebido? —murmuro.

—Sí.

Lo miró a los ojos.

—Me temo que me estoy perdiendo algo —susurro. — Nada de esto tiene sentido.

—Algunas cosas no lo tienen —musitó él. La joven tuvo la sensación de que sus palabras tenían un significado oculto que ella no llegaba a comprender.

—¿Tienes miedo? —preguntó él. Francesca no respondió.

—¿Lo tienes? ¿Quieres que te haga el amor, Francesca?

## Capítulo 5

FRANCESCA no era tan ingenua que no comprendiera las señales que emanaban de Oliver, pero al oírlo en palabras y ver que la miraba con intensidad, se sintió incapaz de pensar.

—¿Qué? —preguntó.

Oliver no repitió lo que había dicho, sino que siguió mirándola y la sangre se le subió a la cabeza con tal fuerza que creyó que iba a desmayarse.

—¿Qué me dices de Imogen? —preguntó débilmente. El hombre sonrió sin humor.

—Imogen y yo hemos decidido que tenemos que darnos tiempo para pensar en lo nuestro.

—¿Quieres decir que has decidido romper con ella? ¿Por qué?

—¿Por qué rompe la gente? —preguntó él con cierta impaciencia.

—Pero ella y tú hacíais muy buena pareja —musitó ella.

—No sabía que me conocieras tan bien —replicó él con sarcasmo.

La joven lo miró y pensó que no lo conocía en absoluto.

—Todavía no has respondido a mi pregunta —dijo él con suavidad. Levantó una mano—. No, no contestes aún.

Se inclinó hacia ella y la joven cerró los ojos antes de que sus bocas se juntaran. Sintió el calor de los labios de él, que la besó con suavidad primero y pasión desenfrenada. Francesca gimió y trató de apartarse.

—¿Qué te ocurre? —preguntó él.

—Yo no te parezco atractiva —repuso ella, nerviosa.

—Quizá me parezcas demasiado atractiva —murmuro él con ojos velados.

Le acarició lentamente la espalda y la joven sintió que comenzaba a derretirse.

Aquella vez, cuando se inclinó hacia ella, dio en su beso la respuesta a su pregunta. Le agarró la cara entre las manos y la echó un poco hacia atrás.

—Quiero que me digas que esto es lo que quieres —le susurró al oído.

—Es lo que quiero —musitó ella con voz apenas audible.

Podía haber añadido que llevaba mucho tiempo riéndolo, pero no lo dijo.

Oliver la tomó en brazos y la llevó al dormitorio y aquella vez, cuando la tumbó sobre la cama, sus ojos brillaban de deseo.

No se molestó en encender la lámpara, pero había dejado la puerta abierta y por ella entraba luz.

—Eres tan joven... —musitó. La joven temió que aquel comentario marcara el fin de un retroceso.

—No lo soy —negó—. No soy joven y sé lo que hago.

—Oh, no me refiero a tu edad —dijo él.

Estaba sentado a su lado y colocó ambas manos a cada lado de su cuerpo, aprisionándola. La joven le tocó los brazos.

—¿A qué entonces? —preguntó.

—Eres muy ingenua. No eres como yo te imaginaba cuando te describía tu padre. Bueno, posees la seguridad de una mujer nacida rica, pero en el fondo eres como una niña.

—Y tú tienes mucha experiencia —murmuró ella con voz ronca—. Hablas como un hombre viejo, pero no lo eres, ¿verdad?

—A veces me siento como si lo fuera.

—¿Viejo y con un gran número de amantes a tus espaldas?

Se obligó a reír, pero por dentro no reía. Por dentro su corazón estaba lleno de celos por aquellas amantes imaginarias que habían pasado por su vida.

—No tantas —murmuró él.

Le acarició la mejilla, las cejas y el contorno de los labios. Su contacto era ligero como una pluma y Francesca notó que su respiración se aceleraba.

—Nunca he tenido por costumbre tener muchas amantes.

—¿No? —preguntó ella con los ojos bajos.

—No.

—Pero estoy segura de que has debido de tener incontables ofertas.

—Incontables. ¿Alguna otra pregunta?

Se rió con suavidad y se inclinó para besarla en el cuello. La joven lo abrazó y lo atrajo hacia ella.

Si tenía más preguntas, no se le ocurrían en ese momento. En realidad, no podía pensar en nada. Pensar estaba más allá de sus

fuerzas.

Oliver le levantó la camisa, se la sacó por la cabeza y se levantó. La joven lo observó quitarse la ropa. Aunque no hubiera tenido muchas amantes, no había duda de que tenía delante a un hombre que conocía bien el arte de hacer el amor.

Su desnudez la hizo dar un respingo. Físicamente era perfecto, tan musculoso y fuerte como un atleta aunque sabía que no hacía gimnasia porque no te tiempo.

Se metió en la cama a su lado, pero antes de que ella pudiera quitarse la falda, le preguntó:

—¿Estás protegida?

—¿Protegida? ¿Protegida contra qué? —No podía imaginar a qué se refería. ¿De qué de protegerse?

—¿Qué crees tú? —murmuró él—. De embarazos, por supuesto.

—Desde luego —se ruborizó—. Sí, lo estoy —comentó con rapidez.

—Me alegro.

Le desabrochó la cremallera de la falda y el se la quitó, pero cuando se disponía a quitarse la ropa interior de raso, él la detuvo.

—Todavía no —murmuró.

¿Todavía no? Le resultaba terrible llevar ropa puesta aunque fuera una prenda tan mínima. Lo deseaba furiosamente.

Oliver bajó la cabeza sobre su seno y jugó con pechos antes de mover su mano hacia abajo, en dirección a su estómago. La joven abrió las piernas con un gemido de placer.

Cuando le cubrió las braguitas con la mano, sintió que su cuerpo se estremecía y se movió espontáneamente contra él. La mano de él encontró la parte húmeda de su intimidad y ella lanzó un gemido.

Pero él no quería que ella alcanzara el orgasmo. Bajó lentamente el ritmo de sus caricias y le quito ropa interior; luego guió la mano de ella hacia su pecho.

Francesca se volvió de lado para mirarlo, pero la empujó con gentileza boca arriba y se inclinó sobre ella para poder seguir con su boca el camino que habían recorrido antes sus dedos. La joven cerró los ojos y sintió un placer que nunca habría creído posible.

Cuando al fin la penetró, su dolor momentáneo se vio ahogado por el deseo, y el ritmo cada vez más rápido de sus movimientos la lanzó a un mundo desconocido.

No pudo pensar nada hasta un rato después, cuando se quedaron tumbados el uno junto al otro. Deseó entonces preguntarle si había sentido lo mismo que ella, pero no lo hizo. En lugar de eso, se limitó a preguntar:

—¿A qué hora te marchas mañana?

—Temprano —Oliver le acarició el cabello—. ¿Por qué?

—Por nada.

Se preguntó si la echaría de menos. Pensó que no. Tal vez no le gustara el sexo esporádico, pero eso no significaba que la considerara la mujer de su vida. No significaba que la amara.

Se sobresaltó de repente. ¿Qué papel jugaba el amor en aquello? ¿No era nada? ¿O lo era todo?

—¿Qué pasará cuando vuelvas? —preguntó. El hombre frunció el ceño.

—¿Qué pasará con qué?

—Con nosotros.

Oliver entrecerró los ojos, pero siguió acariciándola.

—Yo dirigiré mi negocio, tú trabajarás para mí. Haremos el amor.

—Hablas como si fuera muy fácil.

—¿Y no lo es?

—En la vida no hay nada fácil —dijo. El hombre la miró divertido.

—Ahora hablas como una adulta —murmuró.

—Soy una adulta —replicó ella.

—En ese caso, deberías saber lo que hay entre nosotros sin que tenga que explicártelo. No estoy buscando un compromiso —dijo con cierta dureza.

—Sólo divertirme.

—Es una filosofía con la que deberías estar familiarizada.

La joven no podía poner en palabras lo poco familiarizada que estaba con ese tipo de filosofías, pasado algunos meses divirtiéndose y eludiendo responsabilidades, pero eso no había tenido nada que ver con el sexo.

—Supongo que sí —repuso con ligereza—. ¿Con Imogen también era sólo por diversión?

—Imogen era... es... una persona muy especial —comentó él pensativo—. En teoría éramos la pareja lo cual demuestra que en la



vida no hay nada seguro. Nuestras experiencias habían sido similares, estábamos hechos del mismo molde, pero al final, eso no funcionó.

—¿Sientes amargura? —preguntó ella.

—¿Por qué iba a sentirla? —de nuevo percibió dureza en su voz—. Ocurrió y, como con todas las experiencias, también he aprendido una lección de esta

—¿Qué lección?

—Que el matrimonio es para los demás —se a reír, pero fue una risa sin humor—. ¿No hay más interesante que podamos hacer en lugar de hablar?

Le acarició el pecho y la joven suspiró y asintió con languidez; aquella vez la risa de él sí contenía diversión.

—Eres una criatura apasionada, ¿verdad? Le acarició los pezones y ella no necesitó que pidiera que tomara su sexo entre sus manos. Cuando vio los ojos de él impregnados de deseo, se sintió poderosa al ser capaz de hacerle eso.

Su segunda unión fue lenta y deliberada. Se excitaron mutuamente con caricias que parecía que no iban a terminar nunca.

Francesca se preguntó de dónde había salido aquella pasión desconocida, pero se dijo que ya conocía la respuesta. En un instante supo con certeza repentina por qué había hecho el amor con él.

Bajo aquella atracción física había algo más fuerte, más poderoso, un amor ardiente, un fuego oscuro que no podía apagar. Podría haber combatido el simple deseo físico, ¿pero qué armas podía usar contra lo que sentía en ese momento? ¿Y deseaba usar alguna?

Se tumbó sobre él, dejando que sus pechos rozaran la boca del hombre; sonrió cuando él tomó uno de ellos y comenzó a succionarlo. Después de sentirlo en su interior, buscó un ritmo propio y arqueó el cuerpo a medida que el ritmo se apoderaba de ella conduciéndola hasta el orgasmo.

Hasta más tarde, cuando él anunció que tenía que marcharse, no se le ocurrió mirar el reloj. Descubrió que era más de medianoche.

—Tengo que preparar el equipaje —dijo Oliver. La miró—. Tomaré una ducha rápida. Te invitaría a compartirla conmigo, pero, si lo hiciera, no estoy seguro de que fuera capaz de marcharme.

La joven sonrió adormilada y se tumbó de espaldas. Oyó el sonido distante de la ducha y dejó que sus pensamientos siguieran su curso y la llevaran adonde quisieran.

Oliver no quería un compromiso. Eso debería haber hecho que se arrepintiera de lo ocurrido, pero no era así. ¿Cómo podía arrepentirse de lo que había pasado entre ellos? El sólo buscaba diversión pero, por mas que ella deseara algo más, una parte de ella había decidido ya que tomaría lo que le ofrecían, porque la optativa era alejarse de él y no sabía si sería capaz de hacerlo.

Al final terminaría sufriendo. Eso era tan inevitable como que el día siguiera a la noche, pero al final su dolor se produciría después de algo que llevaba toda su vida esperando.

De no haberse acostado con él, quizá hubiese sido capaz de alejarse, pero ya era demasiado tarde.

Lo observó salir del cuarto de baño con el cuerpo húmedo, y deseó que no fuera a estar ausente durante tres semanas. Tres semanas era mucho tiempo, pero no podía evitarse.

Le había dicho que iba a abrir una sucursal y era el tiempo de dejarlo todo dispuesto. No tenía más que encargarse personalmente de los preliminar que cuando trabajaba, lo hacía hasta un nivel de perfección que no confiaba que alcanzara ningún otro. Francesca sabía que ésa era la razón de que hubiese triunfado tanto en la vida. Nunca se conformaba otra cosa que no fuera lo mejor. ¿Era eso lo al final había hecho que fracasara su relación con Imogen? ¿Quizá había esperado que su relación alcanzara un modo de perfección imposible?

Oliver terminó de vestirse, se acercó a la cama y la besó en la frente; un beso casto y dulce que la hizo sonreír.

—Te llamaré todos los días —dijo. La joven asintió.

—¿Qué hago si surge un problema que no resolver?

—Envíame un fax. Si es muy urgente, podría volver, pero preferiría acabar con esto sin interrupciones.

Deseaba desesperadamente preguntarle si la echaría de menos, pero sabía ya qué preguntas estaban permitidas y cuáles no; y ésa era, sin duda, una de las prohibidas.

Oliver se marchó en silencio y ella se quedó mucho tiempo despierta y vacía, hasta que al fin consiguió sumirse en el sueño.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, eran casi las diez y,

después de pensárselo mucho, decidió tomarse otro día libre para que su tobillo se curara por completo antes de volver al trabajo.

Cuando volvió a la oficina a la semana siguiente, le resultó muy raro estar sola en aquel despacho. Se había acostumbrado a su presencia, a saber que estaba cerca.

Después de tres días, comprendió que lo único que la hacía seguir adelante eran las llamadas de teléfono de él. Al oír su voz, era como si estuviera allí con ella.

—¿Me echas de menos? —le preguntó con ligereza uno de esos días.

—Desde luego —se rió ella—. Ha habido algunas cosas con las que hubiera preferido que lidiaras tú.

No pensaba mostrarle lo profundos que eran sus sentimientos por él y una parte de ella confiaba en que, con el tiempo, la diversión diera paso a otra cosa. No le gustaba imaginar que podía no ser así, que podía cansarse de ella como se cansa un niño de un juguete usado.

No hacía falta ser un genio para saber que cualquier relación que se basara únicamente en el sexo terminaba por enfriarse y, por lo que ella sabía, el sexo era lo único que le atraía de ella. Desde luego, no era la mujer ideal que había sido Imogen y, si Imogen había fracasado, ¿qué probabilidades tenía ella?

Pero evitaba pensar en esas cosas. En lugar de eso, ella se decía que en la vida no había nada inalcanzable si uno lo intentaba lo suficiente.

Dos semanas después de la marcha de él, se disponía a irse a casa cuando Helen entró en el despacho.

Hacía tiempo que Francesca no la veía, aunque se encontraban de vez en cuando en el lavabo. Cuando eso ocurría, conversaba cortésmente un instante, porque no era bueno tener una mala atmósfera en el trabajo y se alejaba tan pronto como podía.

Al verla entrar, la miró con nerviosismo. Helen la miró a su vez con dureza.

—¿Cómo te va con el jefe? —preguntó.

—Muy bien.

—En el edificio hay muchos rumores sobre él.

—¿En serio? —preguntó Francesca, tensa.

—En serio.

El rostro de Helen aparecía tan maquillado como de costumbre, y aquel día iba ataviada con una falda larga negra y un blusón de manga larga.

—Se rumorea que ha roto con su novia.

—¿En serio?

—Desde luego. También se rumorea que la ruptura se debió a que ella encontró a otra persona.

—La gente no debería creer todo lo que oye —repuso Francesca, que no quería hablar de eso con ella.

—Algunos la han visto en un nightclub con un hombre rubio.

—¿Un hombre rubio? ¿Quién te ha dicho eso? No me imagino a la poderosa y estirada señorita Imogen viviendo alegremente la vida. ¿Tú sí?

Francesca pensó que ella sí, pero no lo dijo.

—Esa amiga conocía a alguien que conocía vagamente al hombre que la acompañaba. Un tal Rupert. Creo que es un antiguo pretendiente tuyo.

Francesca asintió sin decir nada. Ni siquiera se le había ocurrido pensar que hacía semanas que no veía a Rupert. No se le había ocurrido porque había estado ocupada con otras cosas.

Recordó la última vez que lo había visto, cuando le mencionó de pasada que tenía problemas de mujeres. No era de extrañar que le hubiera costado tanto dar detalles.

—Me pregunto cómo se lo tomaría Oliver —musitó Helen como para sí misma.

—No parecía demasiado alterado —dijo Francesca sin pensar.

En cuanto lo hubo dicho, se ruborizó.

—¿Se ha confiado contigo?

—Tengo que irme ya, Helen. ¿Querías alguna cosa más?

—Por lo que he visto de él, no creo que sea el tipo de hombre que se confía a nadie. ¿Cómo es que sabes tanto de su vida personal?

Siguió a Francesca hasta la percha como un sabueso que oliera un rastro y la joven mantuvo la cabeza apartada mientras se ponía el abrigo. Al final, sin embargo, no tuvo más remedio que darse la vuelta.

—¿Te has acostado con él? —preguntó Helen con brusquedad.

En lugar de protestar, que es lo que debería haber hecho,

Francesca vaciló, y esa leve vacilación fue suficiente para la otra. Helen la miró y asintió.

—¿Decidiste aprovechar el momento, eh? ¡Eres perra!

—No seas ridícula —dijo Francesca débilmente, sorda de que era ya demasiado tarde.

—¿Te aprovechaste de que estaba solo? ¿O decidió él que eras lo bastante buena como para ayudar a superar una mala noche?

—Me marchó.

Francesca comenzó a andar hacia la puerta, con esperanza de que la otra no la siguiera, ya que no se escaparía de ella en el ascensor.

—Debería haber adivinado que esa carita de mosca muerta era una máscara —dijo con veneno—. Me aseguraré de que todo el mundo en un radio de mil millas se entere de lo que ocurre.

Francesca se detuvo en el acto. Ella no había provocado aquella discusión, pero sintió una rabia repentina.

—Si lo haces, yo me cercioraré de que Oliver sepa exactamente quién empezó los rumores y no tardes en encontrarte sin empleo.

Nunca antes había amenazado a nadie y tembló como una hoja. Se miraron unos segundos en silencio y pudo ver que Helen trataba de digerir sus palabras.

—Y yo me cercioraré de que me las pagues de algún otro modo —dijo al fin.

Llegó el ascensor y Francesca se metió en él, apretó el botón de la planta baja y suspiró aliviada al darse cuenta de que la otra no pensaba seguirla.

Pero le costó trabajo olvidar aquella conversación debería haberlo negado todo; haberse marchado antes de que las cosas llegaran a ese punto; tenía que haberse reído de la sugerencia de Helen. Pero no lo había hecho. Helen Scott era una persona desagradable. Francesca lo había sabido desde el primer momento en que le puso los ojos encima. Se estremeció al pensar que pudiera lanzar rumores sobre su relación con Oliver.

Cuando llegó a su apartamento, sonaba el teléfono. Era Oliver.

—Me retrasaré algo más de una semana —dijo sin preliminares—. Esto va más despacio de lo que imaginaba.

—No te preocupes —repuso ella—. Todo va bien en el trabajo. He hablado con Ben Johnson sobre ese contrato y mañana por la mañana le enviaré por fax la información que desea.

Pensó en Helen y se preguntó qué diría él si le contaba su conversación con ella.

—Muy bien. ¿Cómo estás tú?

—Eres muy amable al preguntarlo —repuso ella—. Estoy bien.

—Así que tú estás bien y el trabajo va bien.

Había cierta dureza en su voz y Francesca especuló sobre eso. ¿La echaría de menos? ¿Quería oír que no estaba bien y lo echaba mucho de menos? La conexión no era muy buena y la larga distancia distorsionaba las voces, pero si su imaginación le estaba gastando bromas, al menos también le estaba levantando el ánimo.

Pero no podía decirle cómo se sentía en realidad. Sabía que él deseaba una relación casual y ella no quería decepcionarlo. Si sospechaba que ella iba muy en serio, le volvería la espalda sin pensarlo dos veces.

—¿Quieres que retrase todas las reuniones que tenías a tu regreso? —preguntó con voz animosa.

—Desde luego. No puedo estar en dos sitios a la vez, ¿verdad?

Charlaron un rato más sobre el trabajo y, cuando colgó el teléfono, Francesca se sentía mucho más feliz que una hora antes.

Decidió llamar a Rupert y, después de oír sus disculpas por no haberla llamado recientemente, lo convenció de que se pasara por su casa.

—Puedes compartir mi cena —le dijo—. Sandwiche de ternera.

—Irresistible —se rió él—. Voy para allá.

La verdad era que la joven deseaba preguntarle por Imogen, pero Rupert ya se lo esperaba. Lo leyó en su expresión en cuanto entró por la puerta. La miró con una mezcla de culpabilidad y nerviosismo y dejó sobre la mesa la botella de vino que llevaba.

—Tengo que informarte de que estoy saliendo con alguien que conoces. Imogen Sattler —dijo.

—¿En serio?

Francesca enarcó las cejas y él se sirvió un vas de vino y se sentó.

—Te lo habría dicho antes, pero ya sabes cómo se estas cosas...

—Eres muy malo, Rupert. Imogen Sattler esta prometida.

—El compromiso se ha roto.

Francesca lo miró pensativa. Al hablar antes por teléfono con Oliver, no había querido pensar en lo que había ocurrido entre

Imogen y él. En aquel momento no pudo evitar recordar las palabras de Helen. ¿Había sido sólo un consuelo para él?

—Ninguno de los dos lo planeamos, Frankie —se incorporó hacia adelante—. Me pareció divertida, muy distinta las mujeres que he conocido en el pasado —frunció el ceño—. Cuando la conocí, no me pareció muy atractiva. Me pareció bonita, sí, pero...

—Pero no del estilo de Linda Baker —terminó Francesca.

Rupert la miró con sequedad. Linda Baker había sido una de sus novias, una chica hermosa con una familia adinerada y no demasiado cerebro.

—No del estilo de Linda —asintió él—. Cuando me dijo que había disfrutado mucho en el nightclub, creí que me tomaba el pelo. Ya sabes, aquella noche que fuimos los cuatro.

Francesca asintió.

—¿Y qué pasó luego?

—Ella me telefoneó. Hablamos. La telefoneé yo. Un día nos cruzamos cerca de su oficina y fuimos a tomar algo. No lo habíamos planeado, de verdad.

—A mí no tienes que convencerme de nada, Rupert. No estoy aquí para juzgarte.

—Pero me sentí muy mal por Oliver Kemp —murmuró él.

Francesca sabía que no mentía. No era propio de él robar las novias de otros hombres, pero en ese caso, el robo había sido cosa de dos, ¿no?

—Teníamos muchas cosas de las que hablar —prosiguió—. Ella era distinta. Tenía más inteligencia que todas las chicas con las que he salido juntas. No podía entender lo que veía en un inútil como yo. Creo que no lo entenderé nunca.

Su voz expresaba una sorpresa tan genuina, que Francesca no pudo por menos que sonreír. A Rupert no se le había ocurrido pensar que era único: un hombre considerado, con una disposición alegre y desenfadada. Su atractivo era muy distinto al de Oliver, pero existía sin ninguna duda.

—Empecé a pensar en ella a todas horas —prosiguió—. Dejé de salir. Tenía la sensación de que debía estar en casa por si me llamaba. No nos acostábamos juntos —se sintió obligado a añadir—, pero los dos sabíamos que ocurriría y los dos sabíamos que ella tenía que romper su compromiso.

—Me dijo que Oliver y ella habían sido amigos durante años, pero que ese compromiso había sido un error. La amistad no había llegado a convertirse en amor. Al menos, no para ella. En el momento había decidido que sería suficiente con lo que tenían, pero luego me conoció y...

No pudo reprimir una sonrisa de satisfacción.

—Así que ya lo tienes. Al final, fue Oliver quien el rompió el compromiso. Le dijo que ella merecía explorar lo que sentía —tomó un sorbo de vino y se cruzó brazos—. ¿Alguna pregunta?

Parecía un profesor dirigiéndose a sus alumnos. Francesca negó con la cabeza. Ninguna pregunta, ninguna, al menos relacionada con él.

Pasó dos horas oyéndole hablar de Imogen y cuanto se quedó sola, comenzó a ordenar el cuento. Oliver había roto el compromiso, sí, pero parecía un acto de generosidad impulsado por las circunstancias. Su amante deseaba la libertad y él había dado antes de que se la pidiera. Y un hombre despechado podía ser poco exigente ¿no? ¿Era esa la razón de que hubiera acudido a ella. ¿La mujer a la que amaba le había dicho que no estaba enamorada de él, que salía con otra persona, y él sabía dónde podía encontrar una mujer dispuesta a aliviar su pena? Aquella noche, no parecía un hombre que tuviera roto el corazón, pero, pensándolo bien, Oliver no era la clase de hombre que mostrara sus sentimientos. No era de extrañar que le hubiera dicho que no le interesaban los compromisos. Se había acercado a ella de rebote. Ella se había ofrecido a él en una ocasión y él la había rechazado porque su corazón estaba en otro sitio. Sabía adonde tenía que acudir; sabía que ella no lo rechazaría. Él no sabía por qué, pero eso no importaba.

Lo que importaba era que tendría que afrontar la verdad. Oliver Kemp deseaba un cuerpo temporalmente, y ella ya no estaba dispuesta a entregarse a él sólo porque tuviera la esperanza de que algo pudiera crecer con el tiempo. Aquel suelo era estéril y allí no crecería nada. Oliver Kemp amaba a Imogen, con su inteligencia y su habilidad para triunfar por sí misma. Probablemente la amaba más ahora que estaba fuera de su alcance de lo que la había amado nunca antes.

A ella no podría amarla nunca; ella había nacido rica y no había



tenido que esforzarse por conseguir nada. Se alegró de que hubiera retrasado su vuelta; eso le daba más tiempo para serenarse y hacer lo que sabía que tenía que hacer.

## Capítulo 6

PARECES enferma —comentó Helen con intención. Se hallaban en el lavabo. Francesca se miró al espejo y trataba de decidir si un toque de maquillaje mejoraría en algo su palidez.

—Estoy bien —mintió.

En realidad, llevaba dos semanas sintiendo mal al pensar en Oliver y en la carta de dimisión que entregaría en su despacho cuando regresara a la mañana siguiente.

—Pues no lo pareces —Helen se acercó y si se encontraron a través del espejo—. Claire Bun que tenías un aspecto horrible cuando fue a verte el otro día. Deberías estar contenta. Tu amante llega mañana.

Francesca lanzó una mirada furtiva a su alrededor para asegurarse de que no había más personas. Helen soltó una risita astuta.

—No hay nadie —comentó con burla—. Sólo nosotras dos y nuestro secreto.

Sus palabras volvieron a dar náuseas a Francesca que corrió al servicio y apenas tuvo tiempo de la puerta a sus espaldas.

Cuando salió, Helen había desaparecido y se volvió despacio a su despacho. Su carta de dimisión estaba en el cajón superior de su mesa, donde la metió después de la visita de Rupert.

Se alegraba de no haberle dejado sospechar a Oliver lo que sentía por él y, estaba segura de que, desde que tomara la decisión de dimitir, su voz en el teléfono había resultado fría. Era su modo de prepararse para lo inevitable.

No obstante, cuando llegó al trabajo a la mañana siguiente, estaba muy nerviosa. Había dejado la carta de dimisión sobre la mesa de él, para que pudiera leerla y digerirla en su ausencia.

Todavía tenía que contarle la decisión a su padre y, cuanto antes se marchara, antes podría seguir adelante con su vida.

Se dijo que lo olvidaría pronto. Estaba colgando su abrigo en la percha, cuando se abrió la puerta y Oliver la miró con frialdad desde el umbral.

El verlo de nuevo después de más de cuatro semanas de ausencia le hizo comprender lo atractivo que era. Había olvidado lo intensa

que resultaba su presencia física, aunque no el efecto que producía en ella. Lo miró y recordó en el acto la última vez que se habían visto, desnudos en la cama después de la noche más maravillosa de toda su vida, una noche llena de optimismo en la que había ignorado la fría realidad.

El optimismo estúpido no era una emoción que mereciera la pena cultivar, pero lo habría preferido a la desesperación que la invadía en ese momento, produciéndole mareos.

—Entra en mi despacho —dijo él muy serio. Francesca respiró hondo y lo siguió; cerró la puerta a sus espaldas y se sentó enfrente de él.

—¿Ha ido todo bien en tu viaje? —preguntó, nerviosa. Oliver la miraba duramente con los codos apoyados sobre la mesa.

—¿Qué significa esto? —tomó la carta con dos dedos como si fuera algo contagioso.

—Veo que la has leído —repuso ella.

—No —replicó él con sarcasmo—. Te he llamado para jugar contigo a las adivinanzas. Por supuesto he leído.

Se puso en pie tan de repente que ella se sobresaltó. Lo vio acercarse a la ventana, donde se apoyó en el alféizar y la miró con los brazos cruzados.

Francesca había ensayado varias veces aquella en su cabeza, pero en aquel momento, observar la amenazadora figura, se dio cuenta de que ningún ensayo la había preparado para aquello.

—¿Puedo preguntarte por qué quieres irte? —preguntó él con frialdad.

La joven se lamió los labios.

—He decidido que no es el tipo de trabajo que me interesa —repuso.

—¿Demasiado aburrido?

—No. Es muy estimulante —musitó ella, sinceramente.

—¿No está bien pagado?

—No, no es eso. No creo que pueda encontrar un empleo mejor pagado.

—¿Y por qué quieres dejar un empleo estimulante y bien pagado?

La joven trató de encontrar una buena res

—No es lo que estoy buscando... —dijo al fin. Oliver frunció el

ceño.

—Deja de jugar, ¿de acuerdo, Francesca? ¿Por qué no admites que la razón de que quieras marcharte es que nos acostamos juntos?

Se produjo un silencio y la joven palideció.

—No tiene nada que ver con eso —murmuró. Oliver golpeó la mesa con el puño.

—¡Basta ya!

—¡Muy bien! —gritó ella—. Lo admito. Me marchó porque nos acostamos juntos.

—Bueno, al menos ahora ya estamos llegando a alguna parte —volvió a sentarse a la mesa—. ¿En qué afecta a tu trabajo el hecho de que nos acostáramos juntos?

—No puedo trabajar contigo y...

—Madura de una vez, Francesca —la cortó él, impaciente—. ¿Crees que te voy a asaltar cada vez que entres en mi despacho?

—No.

—¿Entonces?

La miró con atención.

—Es sólo que he decidido que no me siento atraída por ti. Cuando vine aquí, tú me dijiste claramente que no era tu tipo y supongo que tú tampoco eres el mío.

Estaba segura de que él no se dejaría engañar; segura de que cualquiera sería capaz de desenmascarar una mentira tan grande, pero la expresión de Oliver no cambió y, cuando respondió, lo hizo con gran frialdad.

—Comprendo. Pero no veo qué tiene eso que ver con tu dimisión. ¿Has decidido que soy tan repulsivo que no puedes soportar estar cerca de mí?

Había un profundo disgusto en su tono y Francesca estaba segura de que estaba pensando que no era más que una niña rica, profundamente inmadura, que se había arrojado a sus pies sólo para apresurarse a retroceder después. Sabía que, en el mundo real, la gente era capaz de seguir adelante con la rutina de siempre y sin pensar para nada en la noche que habían compartido.

No sabía cómo responder a su pregunta, así que bajó los ojos y se encogió de hombros.

—Mira —dijo él—, eres una buena secretaria y me ha costado mucho trabajo encontrar una. Lo creas o no, no voy a

aprovecharme de ti. Nos acostamos juntos una vez, pero no lo considero una especie de privilegio al que tenga derecho automáticamente. Se inclinó hacia adelante.

—Francesca, ¿por qué no abres los ojos y te despiertas al mundo real? Los hombres y las mujeres se acuestan por muchas razones y todos cometemos errores. Pero la vida sigue adelante.

—Lo sé.

¿Así que ella era un error? Si le hubiera clava un cuchillo en el corazón, no le habría hecho más daño. Sintió un dolor tan intenso que tuvo que respirar hondo para mantener la calma.

—Tendrás que buscarme una sustituta —prosiguió.

Francesca, sabía que debería alegrarse de que la situación hubiera quedado resuelta, pero tuvo que esforzarse por reprimir las lágrimas. Así era como se solucionan ese tipo de cosas. En una relación sin amor, la retirada era fácil.

—Desde luego —asintió—. ¿Tienes alguna condición?

—Alguien que esté dispuesto a considerar el trabajo como algo a largo plazo —repuso él con dureza.

—Lo siento... —empezó a decir ella.

—Olvídalo. De haber sabido que reaccionarías de modo tan histérico, no me habría acercado a ti.

—Pero no pudiste resistirte, ¿verdad? —preguntó con amargura. Oliver entrecerró los ojos.

—¿De qué diablos estás hablando ahora?

—Imogen terminó vuestra relación y tú no pudiste resistir el acostarte conmigo porque sabías que yo estaba deseándolo.

—Así que ése es el problema —se recostó en la silla—. Te marchas porque te sientes ofendida.

La joven se ruborizó y apartó la vista. Oliver soltó una risita desagradable.

—A nadie le gusta que lo utilicen —murmuró ella.

—A ti pareció gustarte mucho —comentó él—. ¿O lo interpreté mal?

—Fui una estúpida.

—¿Qué esperabas después de una noche juntos, Francesca? ¿Amor y matrimonio?

Aquello se acercaba tanto a la realidad, que la joven tuvo que esforzarse mucho para no traicionar sus sentimientos.

—No. Pero en aquel momento no creía que fuera una sustituta de una persona que ya no estaba disponible.

—Yo no soy un animal que sólo piense en el sexo —repuso él con frialdad—. Te deseaba y el sentimiento era mutuo. Nos acostamos juntos. Fin de la historia.

—¿Y ahora crees que podemos seguir trabajando juntos como si nada hubiera ocurrido?

—No ha ocurrido nada —dijo él—. Pero esta discusión es inútil. No pienso convencerte de que te quedes; has tomado ya una decisión y no tengo intención de golpearme la cabeza contra una pared de ladrillo. Queda mucha correspondencia por escribir. En cuanto lo hayas hecho y hayas encontrado a alguien que te sustituya, puedes marcharte.

—Gracias.

Se preguntó por qué se las daba. ¿Por arruinar su vida? ¿Por tratarla como un objeto de deseo del que se podía prescindir fácilmente? Sabía que no podía culpar la fuerza con que pulsaba el teclado, deseando poder hacer lo mismo con la cabeza de Oliver Kemp.

El hombre se marchó antes que ella. Le hizo una inclinación de cabeza al salir y, cuando la joven miró su reloj, vio que eran más de las seis y media y que se sentía mareada y hambrienta.

Se detuvo en el supermercado de camino a casa y, cuando se encontró en la cama, después de haber cenado, comprendió que, de ser posible, tenía que dejar la compañía al día siguiente.

A la mañana siguiente llegó tarde al trabajo por primera vez desde que empezara y fue de inmediato al despacho de Oliver.

El hombre hablaba por teléfono y le hizo señas de que se sentara. La joven lo observó de soslayo, imprimiendo en su mente las líneas de su cuerpo, la curva de su boca, el tono gris azul de sus ojos.

—¿Sí? —le preguntó en cuanto colgó el teléfono.

—He encontrado una sustitua —anunció ella sin preámbulos—. Una mujer con dos hijos pequeños. Lleva años sin trabajar, pero le hice una prueba de mecanografía y la pasó con brillantez. Ha trabajado antes en puestos similares, parece inteligente y entusiasta y creo que no tendrá dificultad en ponerse al día.

—¿Cómo se llama?

—Jessíca Hiñes. Empezará mañana —hizo una pausa—. Lo he puesto todo al día y he pensado pasar el resto de la semana enseñándole lo más importante. Terminaré el viernes.

—Muy bien.

Francesca se levantó, dispuesta a marcharse, pero antes de que pudiera llegar a la puerta, él estaba enfrente. Se apoyó contra la puerta y la miró.

—No estaré mucho aquí esta semana —dijo en voz baja—, así que quiero decirte algo por si no volvemos a encontrarnos a solas.

—¿De qué se trata?

—Mírame —ordenó él. La joven levantó los ojos.

—No quiero que te marches de aquí creyendo la única razón de que hiciera el amor aquella noche contigo fue porque tenía el corazón roto y necesitaba compañía femenina.

—No es necesario que me expliques nada —dijo la joven con amargura.

—Sí lo es. Emocionalmente, eres una cría y podrías darle vueltas a esto hasta que alcanzara proporciones exageradas.

—Muchas gracias por tu consideración —dijo ella sarcasmo.

—Lo que hicimos aquella noche fue un acto espontáneo. Cuando te acariciaba a ti, no estaba pensando en Imogen.

—Pero tú la querías.

—¿Eso es una pregunta o una afirmación?

—Una observación.

Oliver no respondió a eso.

—Preferiría que no te marcharas —musitó.

Una cierta dureza en su tono de voz denotaba estaba incómodo. ¿Era aquella la primera vez que pedía a alguien que hiciera algo en lugar de ordenar?

Había subido en la vida del modo más duro; nadie le había abierto las puertas voluntariamente. Había tenido que abrirlas solo y, en el proceso, se había acostumbrado a mirar hacia adelante y dar los pasos necesarios para poder obtener lo que buscaba.

Francesca sintió una punzada de deseo. Quería escucharlo, quedarse en un empleo que le gustaba y alimentar al mismo tiempo su adicción por él. Pero todo eso era imposible. El optimismo juvenil había desaparecido para siempre y ya no podía recordar cómo había llegado a creer alguna vez que terminaría por amarla si

perseveraba lo suficiente.

—No puedo quedarme.

Oliver se apartó y se metió las manos en los bolsillo.

—Muy bien. En ese caso, no te entretengo más —volvió a su mesa—. Tienes una lista de mis reuniones de la semana que viene. Estaré fuera la mayor parte del día, pero si necesitas hablar conmigo, puedes llamarme al teléfono móvil. Organízame una cita para comer mañana con la señora Hiñes.

—Muy bien.

—Puedes marcharte; eso es todo, Francesca.

La joven se sentó a su mesa como entre nubes. Aquello era todo. La vida continúa; el tiempo cura las heridas. Había infinidad de tópicos en los que podía pensar, pero ninguno le servía de consuelo. Lo que veía ante ella no era la vida que seguía, sino un túnel oscuro, porque todo había cambiado y se encontraba en un mundo extraño en el que ya no conocía las normas por las que se regía. ¿Qué ocurriría a continuación?

No quería pensar en ello. Al menos, no todavía. Ya habría tiempo para eso.

Deseó desesperadamente que su madre estuviera viva. Podía compartir muchas cosas con su padre, pero lo que estaba pasando en esos momentos requería de la sabiduría de una mujer. Por primera vez comprendía por qué su padre se había sentido obligado a intentar compensarla por la ausencia de su madre, porque parecía que, aunque pudiera darle muchas cosas serían nunca suficientes.

Al día siguiente llegó Jessica, inteligente y simpática como una brisa de aire fresco.

Oliver habló con ella un instante en su despacho ya que tenía prisa. Bastó, sin embargo, para causar fuerte impresión a Jessica, quien se sentó al lado de Francesca y musitó:

—Es terriblemente autoritario, ¿verdad?

—Te acostumbrarás a él. La joven tomó un documento y lo abrió. No deseaba hablar de Oliver Kemp.

—¿Te acostumbraste tú?

—Sí.

Se preguntó si habría sido así en caso de necesitar el empleo tan desesperadamente como Jessica. Su marido era pintor y decorador, un trabajo que dependía muchos factores externos e incontrolables,



y por el momento atravesaba una racha mala. El dinero que ganara Jessica sería vital para mantener su nivel de vida.

—Quizá te haga trabajar duro —dijo Francesca —, pero es justo y muy paciente a la hora de explicar cosas.

La última parte era una exageración, pero lo dijo por eliminar la ansiedad de Jessica.

Trabajaron sin interrupción el resto del día, a excepción de la hora en que Oliver se llevó a Jessica y, cuando llegó el viernes, la nueva secretaria estaba lo bastante preparada como para que Francesca pudiera marcharse sin remordimientos.

A las cinco y media, se puso el abrigo, miró por última vez el despacho y deseó que Oliver estuviera allí y pudiera verlo también por última vez. Pero no había ni rastro de él.

Apenas si lo había visto durante la semana. Había estado en reuniones la mayor parte del tiempo y, cuando pasaba por allí, hablaba sobre todo con Jessica.

Salía del edificio en dirección al metro cuando Helen se materializó a su lado.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó, caminando a su lado.

—Muy bien.

No era cierto, ya que nunca en su vida se había sentido peor, pero no era una pregunta que requiriera una respuesta sincera. Como la mayoría de las cosas que decía Helen, sólo era un preludio a comentarios más desagradables.

—¿De verdad? No te creo.

—No me importa.

Habían llegado a la estación del metro y las dos se pusieron en la cola de taquilla. El viernes por la tarde, a la hora punta, aquello estaba atestado y la gente, la dureza de las luces y la presencia de Helen a su lado hacían que Francesca se sintiera mareada y enferma. Notaba los ojos de la otra sobre ella, observando la súbita palidez de su piel.

—He oído que te marchas. ¿A qué ha venido esa decisión tan repentina?

Francesca deseó que la cola avanzara con más rapidez. Había al menos quince personas delante de ella.

—Pero inteligente, supongo —prosiguió Helen—. Yo habría hecho lo mismo. Sólo se acostó contigo porque estabas a mano en el

momento oportuno.

Había un rastro de envidia en su voz. Francesca pensó que Helen debía saber que a Oliver Kemp no le interesaba nada, que ni siquiera reparaba en su presencia, pero eso no le impedía disfrutar estropear lo que consideraba una relación que debía haber tenido ella.

—Una chica tiene que tener orgullo. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Buscar otro trabajo.

—¿Pero podrás hacerlo? —musitó Helen con suavidad. Francesca se puso tensa. ¿Qué quería decir con aquello?

—Hay muchos puestos libres de secretaria —dijo. Pagó su billete y se dio la vuelta.

—Yo en tu lugar olvidaría a Oliver Kemp. Ni interesas y no le interesarás nunca. Estás perdiendo tiempo.

—Entonces tenemos más en común de lo que tú en ¿no? —replicó Helen—. Buena suerte con tu vida —rió—. Y sé que te alegrarás de saber que tu marcha me ha dejado el camino libre.

—¿De qué estás hablando?

—Oh, de nada. Nada que te importe ya. Pero he visto a Oliver y he conseguido convencerlo de me dé tu empleo. Después de todo, puede que mi capacidad al teclado no sea mucha, pero conozco bien la compañía y sé muchas cosas de los clientes. Jessica irá a mi antiguo departamento. Se lo dirá el lunes, la miró con astucia—. ¿Verdad que ha sido muy amable al darme una oportunidad?

Francesca no respondió. Se volvió y se alejó en dirección al andén. Se sentía sudorosa, enferma y desesperada por llegar a su apartamento.

Emplear a Helen Scott a espaldas suyas le pareció la traición final. Se preguntó si acabaría también en su cama.

Pasó el resto de la semana hibernando, demasiado letárgica para hacer nada y con demasiadas cosas en la cabeza.

No quería pensar en Oliver, pero no podía evitarlo. No quería pensar en Helen Scott, pero no podía evitarlo. Y tenía además muchas otras preocupaciones: cómo iba a sobrevivir y cómo se lo diría a su padre. Entre ellos se había instalado un silencio incómodo y, aunque sabía que era culpa suya, sabía también que ese tipo de silencios eran difíciles de romper, y lo que tenía que decirle el peor modo posible de romper aquél.

El viernes por la noche estaba tomando una taza de té delante del televisor cuando oyó que llamaban a la puerta.

Frunció el ceño y fue a abrirla. Se quedó inmóvil por la sorpresa.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con pánico. Oliver la miró con frialdad, pero sonrió.

—¿Es ese modo de recibir a tu antiguo jefe? Francesca no hizo ademán de abrir la puerta del todo.

—¿Por qué has venido?

—Para ver cómo te encuentras, por supuesto —dijo él con ligereza.

Empujó la puerta y entró en la estancia. Se acercó a la ventana.

—¿Quieres una taza de café? —preguntó ella nerviosa. Oliver asintió.

—Si no es molestia.

—No es molestia en absoluto.

Hablaban como dos conocidos lejanos que se hubieran encontrado accidentalmente y trataran de conversar cordialmente.

Francesca preparó el café, le tendió una taza y sentó en el sillón.

—Bien, ¿cómo te encuentras? —preguntó él, tras probar el café.

—Estoy bien —dijo ella a la defensiva.

—¿Le has dicho a tu padre que te has marcha La joven negó con la cabeza.

—No he hablado con él desde... Bueno, se lo diré la semana que viene —repuso con vaguedad.

—Es difícil darle la noticia, ¿eh?

Sonrió con frialdad y la joven se sintió incómoda. Ella no le había pedido que fuera a su apártame No deseaba verlo. Lo único que deseaba era olvidarse de él.

—¿Has empezado a buscar otra cosa?

—Empezaré la semana que viene —repuso ella.

—Te espera una semana muy ocupada, ¿no crees?—preguntó él con sarcasmo.

—Sí.

Se sentía vagamente amenazada por su tono de voz.

—Hay un puesto libre en la compañía. María Ba se ha ido a trabajar con su cuñado y Gerald Fox, de los directores financieros, está buscando una sustituta. El empleo es tuyo si lo quieres.

—No.

¿Volver a la compañía? Eso era imposible. No hubiera aceptado aunque hubiera estado sin dinero y sin ninguna otra perspectiva.

—¿No?

Movió la cabeza y la expresión de su rostro mostró que no le sorprendía su respuesta.

Francesca deseó que se marchara. Estaba nerviosa y el corazón le latía con fuerza en el pecho.

—¿Por qué se ha ido María? —preguntó, tratando de mantener la conversación en un nivel impersonal—. Yo creía que le gustaba trabajar allí.

—Así es. Pero la compañía de su cuñado atraviesa un mal momento y no puede permitirse una secretaria aunque la necesita. María aceptará menos dinero a cambio de vivir en el piso superior de su casa y no tener que pagar alquiler —la miró con ironía—. Las situaciones desesperadas a veces requieren soluciones desesperadas, ¿verdad, Francesca?

Se puso en pie y depositó la taza sobre la mesa.

—Pareces cansada —se acercó a ella—. ¿Quieres que te deje en paz?

La joven asintió, aliviada.

—No volveré si tú prefieres que no lo haga —dijo él con calma.

Francesca volvió a asentir. Hizo ademán de levantarse, pero él la contuvo.

—No te molestes, por favor.

Sonrió. Se inclinó sobre ella y apoyó las manos a ambos lados de su sillón.

—No nos gustaría que te cansaras mucho, ¿verdad, Francesca?

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella débilmente.

—Te diré lo que quiero decir. ¿Pensabas que no me enteraría? Estás embarazada, ¿verdad?

## Capítulo 7

FRANCESCA tardó unos segundos en asimilar sus palabras. Por un momento, su mente se quedó completamente en blanco, pero luego se aclaró.

—¿Quién te lo ha dicho?

Parecía inútil negarlo. Para empezar, la furia que expresaba el rostro de él la asustaba y, así podía confirmar fácilmente que estaba embarazada, tenía que observarla y no le costaría nada ver que estaba engordando.

Lo primero que pensó al descubrir su embarazo fue que tenía que dejar el empleo, pero no había pensado más allá. No se había dado cuenta de lo poco probable era que él lo descubriera. Conocía a su padre y o después habría vuelto a comer con él.

Aunque no pensaba contarle a su progenitor la paternidad del padre de su hijo, eso no habría importado, Oliver lo habría adivinado.

Se llevó una mano a la frente y él se la apartó.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó ella debita

—¿Importa eso? —sonrió él con frialdad—. Scott, una de las chicas que trabaja en la compañía mencionó que llevabas dos semanas con aspecto enfermizo y que creía que podías estar embarazada.

Aquello fue una píldora amarga. Francesca cerró los ojos y se preguntó dónde habrían tenido lugar esas confidencias. ¿En el despacho de él? ¿En la cama?

Debería haber adivinado que Helen sospecharía algo; comprendió entonces el extraño comentario que le había dirigido en el metro sobre su dificultad para encontrar otro empleo.

En su momento, creyó que quería insinuar que no era lo bastante competente para conseguirlo, pero sin duda había adivinado ya la verdadera razón.

—¿Por qué no has dicho lo que querías cuando has entrado por la puerta? —preguntó—. ¿A qué ha venido esta farsa?

—Quería darte tiempo —repuso él con furia—. He pensado que a lo mejor se te ocurría decírmelo a ti, pero no ha sido así.

—¿Por qué iba a hacerlo? No es asunto tuyo. —Comprendió que

no había elegido bien las palabras. El rostro de él se oscureció.

—Lo que quiero decir... —tartamudeó ella...

—Sé exactamente lo que quieres decir, Francesca. Pero será mejor que se te meta de una vez en la cabeza que sí es asunto mío.

—El niño es tuyo —asintió ella—, pero yo no quiero nada de ti. A decir verdad, me gustaría que salieras de mi vida. ¡Ojalá no hubieras entrado nunca en ella! —Hablaban en serio. Oliver no comprendería nunca cómo había arruinado su vida, ya que ella le había dado mucho más que una noche de placer y sexo. No creía que pudiera recuperarse y seguir con su vida si él seguía cerca y decidía entrar a formar parte de ella permanentemente.

Se imaginó un futuro en el que él se mantuviera en contacto con su hijo incluso después de encontrar a otra Imogen Sattler. ¿Cómo podría ella soportarlo?

Si Helen había querido herirla, no habría podido encontrar un modo mejor que usurpar su empleo y enunciar su embarazo. Oliver había permitido lo primero y la destruiría por lo segundo.

—Bueno, ahora estoy aquí, señorita y, si crees que vas a librarte de mí, estás muy equivocada.

—¿Pero por qué?

Lo miró para ver si la rabia había remitido no era así.

—¿Por qué? Debes pensar que soy un bastardo, crees que puedo dejar embarazada a una mujer y olvidar mi responsabilidad.

Francesca pensó que no le gustaba sentirse responsable de nadie. Ser la responsabilidad de a era casi tan horrible como ser el error de alguien.

Oliver se pasó las manos por el pelo y volvió a mirarla. Se inclinó hacia adelante con los codos sobre las rodillas y las manos juntas.

La joven pensó lo poco que se parecían los sueños a la realidad. Siempre había soñado que llevar vida normal. Se enamoraría, se casaría, formar familia y sería siempre inmensamente feliz.

Pero allí estaba. Enamorada, sí, pero sin ser correspondida. Se sentía completamente desgraciada.

—Dijiste que utilizabas anticonceptivos —dijo él. Francesca lo miró a la defensiva.

—Mentí —admitió—. Creía que no pasaría nada. —vió la expresión de incredulidad de él—. Bueno, yo no me acostaba con

nadie. ¿Para qué iba a tomar anticonceptivos? ¿Por si surgía una ocasión? Además, no creí que tuviera la mala suerte de quedarme embarazada la primera vez que hacía el amor.

—Pues ha ocurrido y ahora tenemos que decidir que vamos a hacer al respecto.

—¿Hacer al respecto? ¿Qué significa eso? Si crees que voy a librarme del niño, estás muy equivocado.

—¡No seas estúpida! No es eso lo que quiero decir.

—¿Y qué es lo que quieres decir? Es demasiado pronto para empezar a hablar de derechos de visita. ¿Por qué no esperamos hasta que nazca?

—Te guste o no, soy el padre del niño —dijo él con calma—. Y sólo hay una solución. Tendremos que casarnos.

—¡No!

—¿Por qué?

—No nos amamos... —empezó a decir ella.

—Deja de vivir en un mundo de ensueño, Francesca —la interrumpió él con brusquedad—. Esto es la realidad y lo mejor que podemos hacer es casarnos. Mañana por la mañana se lo diremos a tu padre.

—No haremos nada semejante. ¿De verdad creía que se casaría con él sabiendo que . la única razón de que quisiera hacerlo era el niño?

—Ese tipo de matrimonios están condenados al fracaso —prosiguió.

Oliver soltó una risa fría.

—¿De dónde te sacas esas estadísticas?

—Todo el mundo lo sabe. Puedo arreglármelas muy bien sola. No necesito ayuda económica de tu parte. Volveré a casa y...

—No volverás a casa —dijo él antes de que pudiera terminar—. No utilizarás el dinero de tu padre para criar a un hijo mío.

—No me digas lo que puedo y no puedo hacer. Se miraron en silencio. Oliver se puso en pie.

—Voy a prepararme una taza de café. ¿Quieres una?

—He dejado de tomar café. —¿Un vaso de zumo?

Francesca se encogió de hombros y asintió, con la esperanza de que él tardara un rato, ya que necesitaba ordenar sus pensamientos.

Al fin, él volvió a la estancia y le tendió un vaso de zumo de

naranja.

—¿Te encuentras mejor ahora? —preguntó.

La joven vio que su rostro ya no expresaba la violencia de antes. Había recuperado el autocontrol la miraba con calma.

—¿Podemos continuar esta conversación sin histeria —preguntó—. Estoy de acuerdo con que no necesitas mi ayuda económica, pero eso no resuelve el problema. Por ejemplo, ¿qué crees que dirá tu padre sobre tu estado?

—No saltará de alegría —murmuró ella—. Se sentirá decepcionado y escandalizado.

Sabía que sería así. Siempre había intentado hacer lo mejor para ella, compensarla por la falta de su madre.

A pesar de lo mucho que trabajaba, siempre he encontrado tiempo para estar a su lado en los momentos importantes. Por eso se preocupó tanto cuando terminé el curso de secretaria y empezó a salir con lo que consideraba la gente equivocada. Por eso le causaba tanta ansiedad su ruptura con ella.

—Se sentirá todavía más escandalizado y decepcionado cuando le digas que no te casarás conmigo a pesar de que yo quiero hacerlo —murmuró Oliver.

Francesca lo miró de hito en hito.

—Lo comprenderá.

—¿Estás segura?

—Preferirá que me case por amor a que lo haga otras razones.

—En ese caso, tendré que convencerlo de lo mucho que te amo, ¿no crees? En la vida hay cosas peores que casarse por el bien de un hijo —dijo con dureza—. Dos personas pueden empezar muy enamoradas y romper en pocas semanas porque eso no es suficiente. Al menos nosotros nos conocemos.

—En cierto modo —dijo ella con sarcasmo—. Además, mi padre no tardaría en descubrir que mi amor era fingido.

—No, no lo haría. A la gente le gusta creer lo que quiere creer y tienes que admitir que yo no soy precisamente el equivalente humano de la peste, ¿verdad?

—Oh, muy modesto.

Oliver se echó a reír.

Aunque no quería admitirlo, la joven sabía que tenía razón; se conocían mutuamente, quizá mejor de lo que ella quería confesar. O



al menos lo conocía ella a él. ¿No era por eso por lo que se había enamorado de él? Había intuido el calor, el sentido del humor y el sentido de la justicia que yacían debajo de aquel exterior agresivo.

Oliver había implicado que él también la conocía. ¿Pero era cierto? Antes la consideraba una cría, una cría mimada que había navegado por la vida con ayuda del dinero.

Y sabía que al principio no se había sentido nada atraído por ella. No era su tipo. Puede que físicamente hubiera cambiado de opinión por razones que ella desconocía, pero seguía sin ser su tipo. De no ser por el niño, jamás se le habría ocurrido pedirle que se casara con él. Quizá hubiera seguido acostándose con ella, pero habría sido sólo un arreglo temporal.

—Tu padre preferirá saber que alguien cuida de ti a verte como una madre soltera que lucha emocionalmente por criar a su hijo. ¡Por el amor de Dios! ¡Pero si tú misma sigues siendo una niña!

—¡Ya estamos otra vez! Muchas gracias.

—Piénsalo —dejó su taza sobre la mesa y se puso en pie—. Mañana por la mañana te haré una visita.

Cuando se marchó, Francesca se hundió en sí y pensó en lo que le había dicho.

No se consideraba una niña, pero podía comprender lo que quería decir Oliver. Había actuado irresponsablemente con él y su estúpida ingenuidad la había metido en una situación que la catapultaría directamente a la madurez le gustara o no.

A su padre le preocuparía saber que iba a traer un bebé al mundo sin la seguridad de una familia, ella había nacido en un hogar en el que había mucho dinero y, si se había criado con un padre solo, no había sido por elección de él.

También le preocupaba cómo se adaptaría a la presencia de un niño recién nacido en la casa, no era un anciano, pero las noches en vela podían con la persona más vigorosa y sabía que él se obligaba a ayudarla, no por deber, sino por amor.

Cuando Oliver llamó a la puerta a la mañana siguiente, Francesca parecía tan cansada como se sentía.

—¿Has dormido algo? —le preguntó él de inmediato.

—No mucho —admitió—. ¿Esperabas que durmiera después de nuestra conversación de anoche? He pensando en ello.

—¿Has desayunado? Francesca negó con la cabeza.

—O sea que estás haciendo exactamente lo recomendaría cualquier médico: no comer y no dormir.

Era sábado, así que no iba vestido para el trabajo. Llevaba un par de téjanos y una camisa de color. La joven miró a su alrededor para que no leyera el deseo en su rostro.

—Vamos.

Tiró de ella como si se tratara de una niña desobediente. Seguro que nunca había tratado así a Imogen.

—Te prepararé algo de comer.

La dejó en el sillón y ella se quedó allí porque se sentía mal como todas las mañanas. No tardó en oír el ruido de sartenes y cubiertos y un rato después Oliver salió de la cocina con tostadas y huevos revueltos. Se sentó y la miró comer.

—Gracias —dijo ella cuando terminó—. Estaba muy bueno.

Entró en la cocina y miró a su alrededor con incredulidad.

—¿Cuántas sartenes has utilizado para preparar eso?

—Te dije que sabía cocinar —murmuró él—. Nunca te dije que fuera un cocinero limpio.

Le quitó el plato de las manos y empezó a fregar. Francesca tomó un paño y se dispuso a secar.

—Ahora vístete y vamos a ver a tu padre —dijo él cuando hubieron terminado.

—Habrá salido.

—No. Le he llamado para decirle que íbamos a ir. Estaba preocupado, esperando que lo llamaras. Se ha mostrado encantado.

—¿Qué? ¿Cómo has podido?

—Tendrás que decirle antes o después lo del embarazo —repuso él.

—Desde luego. Y pienso hacerlo. Pero no necesito que me empujes.

—Sí lo necesitas. Necesitaste que te empujaran para encontrar trabajo y necesitas que te empujen para hacer esto o lo pospondrás hasta que no sepas qué hacer.

—Te separaste de tu padre por una tontería y ahora no puedes afrontar la idea de volver con esta noticia. Así es como empiezan las separaciones familiares.

Francesca apretó los dientes. El hecho de que él tuviera algo de razón sólo servía para irritarla aún más. ¿Por qué se había vuelto su

vida tan complicada de repente? Puede que hubiera sido algo ingenua al pensar que los problemas eran algo que ocurría a otras personas y que ella podía vivir sin demasiadas preocupaciones pero, ¿por qué todo se había vuelto tan terriblemente complicado?

Le hubiera gustado culpar de ello a Oliver, pero es imposible; y tampoco creía lo bastante en el destino como para echarle las culpas.

Quizá la riqueza de su padre la había aislado más de lo que había imaginado nunca. Nunca había tenido que afrontar un momento duro y de repente se encontraba en una situación que apenas podía controlar.

Aun así, eso no significaba que Oliver Kemp tuviera derecho a presionarla.

—Creo que debo decirte que no he tomado ninguna decisión sobre lo que hablamos. O mejor, sobre lo que hablaste tú —le dijo cuando estuvieron dentro del coche—. Así que no sé por qué quieres venir conmigo a ver a mi padre.

Oliver apartó un instante la vista de la carretera para mirarla.

—No confío en que se lo digas —dijo con franqueza.

—¡Deja de meterte en mi vida!

—Tú me abriste la puerta.

—¿Estás diciendo que todo esto es culpa mía? —preguntó ella, a punto de llorar—. Oh, ¿no es eso típico de los hombres?

—Deja de decir tonterías.

Le tendió un pañuelo y la joven se sonó con fuerza la nariz.

—Me sentiría mucho mejor si tú no estuvieras presente. Esto es algo muy personal.

—Algo que nos concierne a los dos —le recordó él sombrío.

Su padre los esperaba en la sala de estar. Bridie los acompañó hasta allí.

—Hola, querida —dijo su padre, vacilante—. Me alegro mucho de verte.

Se acercó a ella y Francesca le sonrió automáticamente, pero estaba muy nerviosa por dentro. Se había preparado en su mente para aquello, pero a la hora de la verdad estaba tan nerviosa como un conferenciante de pie en un estrado a punto de hablar a cientos de personas y que descubría que había perdido sus notas.

—Oliver —su padre le estrechó la mano—. ¿A qué viene todo

esto? Sentaos los dos.

Señaló vagamente el sofá y el otro se sentó. Golpeó el asiento a su lado y el padre de la joven enarcó las cejas sorprendido.

—¿Queréis tomar té? ¿Café?

No esperó respuesta. Se acercó a la puerta, llamó a Bridie y le pidió que llevara café y unos croissants.

—Papá... —empezó a decir Francesca con voz débil—. Siento mucho lo que ocurrió. Te acusé de ciertas cosas y te pido disculpas.

—Ya está olvidado —musitó su padre. Pero había un brillo extraño en sus ojos. Esperó a que llegara el café—. Bien, ¿a qué viene todo esto? Espero que no vengáis a decirme que has despedido a Francesca, Oliver.

—Creo que a Francesca le gustaría darte la noticia personalmente —repuso el aludido.

La joven lo miró con resentimiento. Allí estaba é sentado y sorbiendo el café como si no estuviera nada nervioso. ¿Acaso estaba hecho de acero?

—¿Noticia? ¿Qué noticia?

Se volvió hacia su hija, quien sonrió.

—Nada demasiado importante, papá. Es sólo que simplemente que...

Se refugió en el café, que le supo a rayos. Sentía los ojos de su padre sobre ella y se le hizo un nudo en el estómago.

—Lo que quiero decir es que... —Miró a Oliver con desesperación.

—Francesca ha dejado el empleo —anunció este con calma.

—¿Qué?

—¡Papá! —tenía la sensación de estar en mitad d océano sin ningún salvavidas a la vista—. Sí, lo he dejado.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió, luchando por ganar tiempo—. No sé cómo voy a decirte esto y sé que te sentirás decepcionado... —no se atrevía a mirarlo a los ojos —pero he sido una tonta y...

—Desde mi punto de vista, no —murmuró Oliver a su lado.

Francesca sintió el brazo de él en los hombros, el padre no parecía decepcionado ni escandalizado, si simplemente atónito.

—Papá —dijo al fin—. Estoy embarazada.

Hubo un silencio mortal, y cuando se arriesgó a mi a su padre,

vio que tenía la boca abierta. En cualquier otro momento, le habría resultado cómico.

—Y antes de que te caigas al suelo —intervino Oliver— quiero decirte que nos vamos a casar.

Besó a la joven en la mejilla y ésta se ruborizó.

—Yo no he...—empezó a decir.

—No, todavía no hemos fijado la fecha —la interrumpió él—, pero tendrá que ser pronto, ¿verdad, querida?

Su padre seguía atónito, pero al fin consiguió preguntar:

—¿Frankie? ¿Embarazada? ¿Os casáis? ¿Qué ha pasado aquí?

La joven se dispuso a explicarle que sí, estaba embarazada, pero no, no quería casarse. Sin embargo, apenas si había tenido tiempo de pronunciar una frase cuando Oliver la interrumpió.

—Los dos estamos muy sorprendidos por lo ocurrido, pero también encantados, ¿no es verdad, cariño?

Francesca no estaba tan atónita como para no detectar la nota de advertencia que había en su voz. Le pareció que acababa de perder repentinamente las riendas de su vida. Aquella situación surrealista hacía que todo le diera vueltas.

—Bien, bien, bien —comentó su padre, cuando pudo hablar—. No sé qué decir —parecía todavía atónito—. Por supuesto, estoy sorprendido. Todo esto es muy repentino, ¿no os parece?

—Estas cosas pueden ser impredecibles, ¿verdad, Francesca? —comentó Oliver.

La joven lo miró con ojos velados.

—Claro que tu madre y yo supimos que estábamos hechos el uno para el otro a los pocos minutos de conocernos. Supongo que os ha ocurrido lo mismo.

—Exacto —comentó Oliver con una sonrisa. Francesca se sentía al borde del desmayo.

—Bueno, Frankie, querida —dijo su padre—. Supongo que es demasiado tarde para hablar de los hechos de la vida.

La joven veía que empezaba a hacerse a la idea y comprendió con miedo que Oliver tenía razón. La idea de que se casaran no le molestaba. Kemp era un partido brillante, el mejor que podía encontrar y el tipo de hombre que su padre habría querido para yerno.

También la había colocado en una situación incómoda. ¿Cómo

podía decirle a su padre que no que casarse con Oliver?

Los oyó conversar durante una media hora, pero en cuanto su padre salió de la estancia, se volvió a Oliver y dijo con frialdad:

—Muchas gracias.

Se puso en pie, se acercó a las puertas de cristal y miró sin ver el césped que se extendía más allá, jardinero iba dos veces por semana para cuidar del jardín. Su padre le había dicho una vez que, de recién casado, solía cuidarlo personalmente, pero que ha perdido las ganas cuando murió su madre.

Francesca no había cortado el césped en su vida.

—No te he dicho que quiera casarme contigo —gritó con lágrimas en los ojos—. No está bien.

Oliver se apoyó en la chimenea con los labios apretados.

—¿Por qué? ¿Por qué no está bien?

—Tú no me quieres —repuso ella con amargura—. No nos queremos. En estos tiempos la gente ya no se casa porque vaya a tener un hijo.

Oliver se acercó a ella y la miró con disgusto.

—¿Sabes lo que dices? ¿De verdad crees que nuestro hijo debería pagar nuestro error?

—No —repuso ella. Se sentía arrinconada y asustaba la implicación de él de que era inmoral—. Terminarías odiándome por colocarte en una situación en la que te has sentido obligado a casarte conmigo.

—No trates de analizarme —dijo él con dureza.

La agarró por los hombros con aire amenazador, pero la joven rehusó sentirse intimidada.

¿Cómo podía vivir con él, estar casada con él y tener que mantener su amor en secreto día tras día?

—No lo hago —susurró—. Pero sería un error. No tenemos nada en común.

—Es demasiado tarde para empezar a hacer una lista con las cosas que tenemos en común y las que no —dijo él; pero sus dedos perdieron parte de su fiereza—. Ese tal Rupert y tú teníais mucho en común. ¿Preferirías que el error hubiera ocurrido con él?

—¿Rupert? —sintió ganas de reír—. No habría sido tan estúpida. Oliver frunció el ceño.

—Es inútil hablar de eso. A menos, claro, que quieras decirle a

tu padre que has decidido tener el hijo sola.

—No deberías haberme empujado a esto —susurró ella, testaruda.

—¿Es eso lo que te molesta? ¿Que te haya empujado?

—A nadie le gusta que lo arrinconen.

—La vida no consiste en que hagas siempre lo que te gusta —replicó él con dureza.

Francesca se echó a llorar y él la condujo al sofá con un suspiro.

—Escucha —se sentó a su lado y le secó los ojos con un pañuelo—. Tendrás que dejar de buscar significados ocultos a todo lo que digo.

—No puedo —musitó ella, temblorosa—. Sé lo que sientes por mí. Criticas todo lo que hago, todo lo que represento. Sé que la vida no consiste en elegir las cosas que te gustan y fingir que las otras no existen y sé que no he tenido que afrontar muchas cosas que tienen que afrontar otras personas, pero no puedo soportar la idea de estar casada contigo.

—Comprendo —musitó él con voz sin inflexiones—. ¿Por qué hiciste el amor conmigo, Francesca?

—Porque... —trató de buscar el modo de explicárselo sin traicionar sus sentimientos—. Porque eres un hombre atractivo.

—Si de verdad no puedes soportar la idea de casarte conmigo, no te obligaré.

Francesca trató de sentirse aliviada, pero no pudo.

—Pero intenta pensar claramente en la alternativa Criar un niño no será fácil por mucho dinero que tenga tu padre.

—Ya lo sé.

—Puedes considerar nuestro matrimonio como uní transacción de negocios. Puede que lamentos amargamente lo ocurrido, pero eso deberías haberlo pensado antes. La realidad es que lo que ha pasado ha pasado y que los dos tenemos que aceptarlo y hacer lo que sea mejor para el niño.

—¿Cómo puedes hablar de ello con tanta tranquilidad? —preguntó ella angustiada.

—Porque no creo en la histeria —repuso él con brusquedad—. Estás embarazada. Yo soy el padre y no pienso eludir mi responsabilidad.

La joven se esforzaba por escucharle, pero no podía dejar de

pensar en sí misma, en la dificultad de criar un hijo sin ayuda. Oliver había dicho que podía considerar aquel matrimonio como una transacción de negocios, lo que explicaba muy bien lo que sentía por ella. Pero tenía razón; aquello no se hacía por ella sino por el niño.

—Está bien —murmuró, derrotada—. Me casaré contigo.

—Yo me ocuparé de todo —musitó él.

—No quiero una boda lujosa. Papá tratará de convencernos de que lo hagamos a lo grande, pero no lo permitiré. Sería demasiada farsa. Sólo quiero un juez y no me vestiré de blanco.

—Nadie te pide que lo hagas —murmuró él con ojos velados—. Por lo que a mí respecta, puedes vestirme de rojo si quieres.

—Muy bien.

Oliver se puso en pie y la miró.

—¿Quieres que te lleve a tu apartamento?

—No. Me quedaré un rato aquí. Volveré yo sola. El hombre vaciló un instante; luego se encogió de hombros y le dijo que la llamaría el lunes.

—A finales de la semana lo tendremos todo arreglado —dijo—. Luego te mudarás a vivir conmigo. ¿Cuánto tiempo de aviso tienes que darle a tu casero?

—Dos semanas —musitó la joven, con la sensación de acabar de subirse a una montaña rusa—. Pero no tenemos por qué ir tan de prisa.

—Sí tenemos. Si no lo hacemos, cambiarás de idea cada dos días y al final no arreglaremos nada.

—Me gustaría que dejaras de tratarme como a una niña tonta.

Oliver soltó una carcajada.

—Pero eso es lo que eres, Francesca. Una niña que quería madurar en brazos de un hombre por el que sentía una atracción pasajera. Una niña a la que resulta difícil comprender que hay causas que producen ciertos efectos.

Le lanzó una mirada extraña y se marchó. Francesca se recostó en el sofá con un suspiro de alivio.

Tenía ganas de llorar de nuevo, ¿pero para qué? Se esforzó por dejar la mente en blanco, y distanciarse de la dolorosa idea de que Oliver Kemp podía dárselo todo: un anillo de compromiso, una familia unida para el niño; pero no podía darle lo único que quería.



No podía darle amor.

## Capítulo 8

FRANCESCA no tuvo mucho tiempo para pensar si estaba haciendo lo correcto al casarse. Oliver fue el lunes por la tarde a su apartamento y le dijo que iban a cenar fuera.

—¿Para qué? —preguntó la joven.

Él llevaba todavía su ropa de trabajo: un traje caro gris oscuro que le daba un aspecto terriblemente viril y autoritario.

—Para comer, desde luego —repuso con sequedad—. ¿No es eso lo que suele hacer la gente en los restaurantes? Tenemos que discutir algunas cosas y tenemos que comer. Parece una respuesta sencilla.

Así que fueron a un restaurante agradable de Hamps—tead.

—¿Has hablado con tu padre? —preguntó él, tomando un sorbo de vino blanco. Francesca asintió.

—Mucho —admitió. Contempló su zumo de naranja—. Anoche estuve en su casa y pasamos horas hablando. Le dije que nos casaríamos en el juzgado, lo cual no le ha gustado mucho, pero se ha mostrado de acuerdo.

—Te quiere —dijo él con gentileza—. Te preocupaste innecesariamente pensando en su reacción sin darte cuenta de que el amor puede perdonarlo casi todo.

La joven no deseaba hablar de amor. No quería recordar que ése era un sentimiento sin el que tendría que aprender a vivir.

—Pero no estoy segura de que vayamos a hacer correcto —dijo.

Llegó su comida, un pescado con salsa cremosa se concentró en su plato en lugar de mirar al hombre sentado frente a ella.

—Come —dijo él.

La joven lo miró de hito en hito.

—Espero que no tengas intención de darme órdenes cuando estemos casados. Oliver soltó una carcajada.

—Tendría que ser un hombre muy valiente para hacerlo.

—¿Qué significa eso?

—Significa que puedes morder como una víbora.

—No estoy segura de que eso me guste —musitó ella con el ceño fruncido.

Pero su comentario no la enfureció demasiado, porque él sonreía

con los ojos al decirlo y esa sonrisa la hacía sentirse estúpidamente contenta.

Comenzó a comer y, después de unos bocados, dio cuenta de que estaba más hambrienta de lo que creía.

—He organizado ya todo lo de la boda —dijo él con aire casual cuando terminaron—. Será pasado mañana.

—¿Pasado mañana?

Francesca lo miró atónita y él enarcó las cejas.

—Sin discusiones —dijo—. Puedes invitar a unos cuantos amigos, pero, por lo que a mí respecta, cuantos menos, mejor. Luego está la cuestión de la luna de miel.

—¿Luna de miel?

Lo miró horrorizada. Las lunas de miel eran para los amantes, no para dos personas a las que las circunstancias obligaban a casarse.

—No necesitamos luna de miel. ¿No podemos casarnos y seguir luego con la vida normal?

—¿Quieres decir como si no hubiera ocurrido nada importante? —en su voz había un tono amenazador que la sorprendió—. Me doy cuenta de que a ti te gustaría olvidar lo ocurrido. ¿Verdad que no te resulta agradable pensar que te acostaste con un hombre por un motivo puramente físico y que esa acción tan sencilla y natural ha conducido a una serie de acontecimientos que te gustaría fingir que no han cambiado nuestras vidas? Pero ha ocurrido. Nos vamos a casar y nos iremos de luna de miel. Para empezar, ¿qué crees que pensaría tu padre si no lo hiciéramos? Es un hombre convencional.

—Oh, así que has decidido que necesitamos una luna de miel para poder continuar con la farsa de que todo va de maravilla entre nosotros.

—.Deja de ser tan protestona. De todos modos, te vendrá bien un descanso en el extranjero.

—Preferiría...

—Ya me has dicho lo que preferirías —la cortó con brusquedad.

Ignoró al camarero, que se mantenía a una distancia respetuosa con los menús del postre en la mano. Se alejó y Oliver se inclinó hacia ella con aire amenazador.

—Pasaremos una semana en algún lugar soleado. El Caribe o el Extremo Oriente. ¿Qué prefieres?

—Oh, el Caribe, supongo.

El hombre la miró con sequedad.

—A la mayoría de las mujeres les encantaría tomar unas vacaciones en el sol y escapar de este horrible clima británico.

—Yo no soy como la mayoría de las mujeres.

—No, eso es cierto.

La miró pensativo y la joven se preguntó si eso sería otra crítica, pero decidió no tomarlo en cuenta. Tenía que aprender a mostrarse civilizada con él y dejar de examinar con lupa todas sus palabras y gestos.

Sabía por qué lo hacía. Lo hacía porque, aunque no se arrepentía de haber cedido al impulso de acostarse con él, no podía perdonarse la estupidez de haberse enamorado. Para él todo era mucho más sencillo. La mujer de la que estaba enamorado, con la que había planeado casarse, se había ido con otro hombre y ella, Francesca, había estado disponible en un momento de despecho.

Se podían cambiar muchas cosas en la vida, pero nunca se podía cambiar el pasado.

Pasó el día siguiente tratando de hacerse a la idea de lo que había ocurrido y de lo que la esperaba: una boda, una luna de miel y un niño siete meses después. Eso era la realidad y la realidad le había robado su optimismo juvenil y le había mostrado lo tonta que había sido al pensar que podía tener todo lo que soñara en la vida.

Al final, la boda no resultó tan difícil. Un momento era Francesca Wade y al siguiente se había convertido en Francesca Kemp y llevaba un anillo en el dedo que anunciaba ese hecho ante el mundo.

Ellos dos habían invitado a unos cuantos amigos pero su padre había invitado a un buen número de conocidos suyos, amigos que se hubieran sentido mal de saber que su única hija se había casado sin que ellos estuvieran presentes. Después de la breve ceremonia, fueron a casa de su padre, donde se había preparado un elaborado buffet.

Rupert e Imogen estaban entre los invitados y Francesca hizo lo posible por evitar mirar a Imogen, porque siempre que lo hacía no podía evitar preguntarse lo que pensaría Oliver al ver a la mujer que lo había dejado por otro.

No quería sorprender ninguna mirada entre ellos, pero el esfuerzo de apartar la vista y fingir que era feliz hacía que se

sintiera tensa y desgraciada.

—Anímate —le ordenó Oliver en voz baja.

—Sonrío todo lo que puedo —musitó ella sin mirarlo.

—Lo sé. Ya lo veo.

—Nadie más ha notado nada —señaló ella.

Había muchas risas a su alrededor. La gente conversaba animadamente y su padre disfrutaba paseándose orgulloso entre ellos.

—No —repuso Oliver—, pero yo estoy aprendiendo a comprenderte.

Le pasó un brazo por la cintura y la joven no se encontró cara a cara con Imogen hasta que la fiesta no estaba a punto de terminar.

—No he tenido ocasión de hablar contigo —dijo la mujer.

La condujo a un lado y se sentó junto a ella. Sonreía con calor y Francesca trató de responder de igual modo. Estaba cansada y somnolienta. El embarazo le producía sueño a cualquier hora. Le hubiera gustado poder dormir durante varios meses y despertarse sólo cuando hubiera llegado el momento del parto, saltándose así el periodo intermedio que amenazaba con convertirse en una tortura china.

—He estado muy ocupada —musitó con vaguedad. Aparte de su padre, nadie sabía todavía que estaba embarazada. Seguía manteniendo la figura y no vestía aún vestidos de preamá.

—Todo esto ha sido muy rápido, ¿verdad? —a Imogen, sonriente—. Un poco como lo mío con Rupert. Estamos pensando casarnos este año y creo que dejare mi empleo para crear una familia y ayudar a Rupert a dirigir sus propiedades. Ya le he advertido que tiene que acostumbrarse a quedarse en casa porque cuando llegue un niño llorón, esta señorita no piensa quedarse aquí encerrada en su casa solariega cuidándolo sola.

Se echó a reír y Francesca la imitó con cierta envidia por la felicidad que esperaba a la otra chica.

—También me alegro por Oliver —confesó Imogen. Estábamos muy unidos y no me gustaba pensar que lo ocurrido entre nosotros podía haber matado la confianza en el sexo opuesto.

—¿No te sientes un poco...? —Francesca trató buscar palabras que expresaran su curiosidad.

—¿Ofendida? —la ayudó la otra—. No mucho, tiempo que tenía

la sensación de que sería un casarme con Oliver, pero no podía definir por que seguía adelante con el compromiso. Sólo me di cuenta de lo que faltaba cuando me enamoré de Rupert. Es como mi carrera, supongo. Siempre me fue bien y tuve mucha suerte. Encontré trabajo en cuanto salí de la universidad y no dejé de ascender hasta a la cima del éxito —se encogió de hombros— no me costará mucho renunciar a él.

Francesca la miró pensativa.

—De haberte casado con Oliver, ¿habríais tenido hijos? —preguntó.

—Desde luego.

Vio que Rupert le hacía señas desde el otro extremo de la estancia. Se puso en pie y sonrió.

—Oliver siempre quiso tener familia. Creo que hubiera hecho todo lo posible por tener un hijo inmediatamente. No quería esperar a ser demasiado mayor. Creo que le afectó mucho que sus padres murieran cuando él era muy joven. Quería cerciorarse de poder ver crecer a sus hijos hasta que entraran en la edad madura —volvió a sonreír—. Aunque nunca hay ninguna certeza de eso.

Los invitados comenzaban a marcharse y Francesca cumplió con su deber y los despidió con una sonrisa; comprendía ya mejor por qué Oliver la había empujado al matrimonio. Este se colocó a su lado y le pasó un brazo por la cintura. La joven pensó que, de cara al mundo exterior, parecían una pareja feliz. Nadie habría adivinado que todo eso era una farsa que interpretaban por el niño que llevaba en su interior.

Poco después partieron para el aeropuerto y, en el coche, Francesca se recostó en el asiento con los ojos cerrados, pensando.

Oliver le había hecho el amor porque la deseaba y necesitaba el calor de otro cuerpo al lado del suyo. Dijera lo que dijera, cada vez estaba más segura de que, de no haber aparecido Rupert en escena, Imogen seguiría llevando todavía su anillo en el dedo.

Sin duda su deseo había desaparecido con rapidez, porque esencialmente no la había deseado a ella sino a una mujer atractiva que lo ayudara a atravesar un momento difícil. No congeniaban. Oliver siempre lo había creído así y lo seguía creyendo.

Pero el embarazo lo había cambiado todo. Había transformado una noche de pasión en una obligación vitalicia.

Miró su perfil y comprendió que no habría adivinado nunca lo mucho que deseaba tener hijos de no ser por Imogen. Supuso que todo el mundo tenía algún punto débil.

Cerró los ojos y, cuando los abrió, estaban en el aeropuerto y él la sacudía gentilmente por el hombro para despertarla.

—¿Preparada? —preguntó con una sonrisa—. ¿O quieres que lleve las maletas en la mano y te ponga a en el carrito para que puedas seguir durmiendo?

—No es culpa mía —repuso ella, irritada—. Son la hormonas.

Oliver soltó una carcajada y enarcó las cejas.

—¿Y cuánto tiempo serán esas hormonas responsables de todo lo que hagas?

Francesca lo miró de reojo. Tenía aspecto relajado y sexy. Muy sexy. Se había puesto un par de pantalón verde oscuro y una camisa color crema que resaltaba mucho su atractivo.

—Meses —repuso, abriendo la puerta—. O quizá año.

Oliver la siguió sonriendo.

El aeropuerto estaba atestado. Después de todo, era la temporada de vacaciones.

Oliver se ocupó de todo y todo el mundo lo trato con el exagerado respeto con que se suele atender los viajeros de primera clase.

Francesca se quedó atrás, observando el movimiento de la gente y con la sensación de ser la única persona del aeropuerto que no parecía encantada ante la idea de salir del país.

El vuelo duraría ocho horas y la idea no le apetecía nada; pero al final pasó la mayor parte durmiendo. Cuando despertó, descubrió que empezaba a disfrutar con la idea de pasar una semana al sol.

Cuando salieron del avión, el sol brillaba con fuerza. Hacía algún tiempo que Francesca no iba al Caribe. Había olvidado la viveza de los colores y la brillantez irreal que lo envolvía todo. El verde de los árboles resultaba más verde, las flores más brillantes, el cielo de un azul impecable. Y el calor no se parecía a nada de lo que pudiera experimentarse en Inglaterra. Hacía que las personas se sintieran perezosas y relajadas.

Se había puesto ropa fresca pero, cuando llegaron al hotel, estaba sudando y con ganas de ducharse.

Cuando los llevaron a su cuarto, recordó alarmada que eso era

su luna de miel y que tendrían que compartir la cama. Casi había olvidado que estaba casada, al igual que había olvidado también lo que implicaría ese hecho.

Miró la cama doble desde la puerta.

—Deja de mirar así —musitó Oliver, quitándose la camisa—. Parece que temas que vayan a comerte.

Desapareció en el baño sin molestarse en cerrar la puerta y Francesca comenzó a deshacer su equipaje sin mirar la cama.

Cuando salió, iba desnudo, con excepción de una toalla alrededor de la cintura.

—¿No podías haberte vestido? —preguntó ella. Oliver la miró un rato desde donde estaba y después avanzó lentamente hacia ella.

—¿No se te ha ocurrido pensar que ahora estamos casados, Francesca? —preguntó con frialdad. La calma que impregnaba su rostro menos de una hora antes había desaparecido.

—Sólo de nombre —replicó ella.

—¿Es eso lo que crees?

—¿Qué otra cosa debo creer? Los dos sabemos la única razón de que estemos aquí es el niño y no hay nadie más presente, así que no veo la necesidad de seguir fingiendo.

Se había ruborizado, en parte porque estaba tensa como él, pero, sobre todo, porque él se había acercado mucho. Sólo tenía que tender un poco la mano tocar aquel torso poderoso. Se llevó las manos a la espalda y lo miró.

—¿Qué sugieres que hagamos? —preguntó con suavidad.

—Podríamos vivir cada uno su vida.

—¿Y encontrarnos de vez en cuando en un restaurante?

Francesca no respondió. El hombre la agarró el brazo.

—Escúchame —dijo—. Estamos casados. Puedes analizar los motivos todo lo que quieras, pero eso no cambia nada. Y créeme, no tengo intención de mantenerme alejado de ti siempre que no haya nadie presente.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que esto será un matrimonio en los sentidos de la palabra.

Hizo una pausa, dándole tiempo a pensar en acababa de decir.

Francesca lo miró con desmayo.

—No puedes hablar en serio.



—Por supuesto que sí. Si crees que el matrimonio entre nosotros va a consistir en que compartiré mismo techo mientras yo voy con otras mujeres muy equivocada.

—¿O sea que piensas ser fiel? ¿A una mujer que no amas? ¿Y esperas que yo me lo crea?

—No tengo dudas de que tú crearás exactamente lo le quieras crear.

—¿Y no te importa? ¿Y qué pasará cuando se te presente una tentación? —Oliver la miró perplejo.

—¿Se puede saber de qué estás hablando ahora?

—¿Helen? ¿Helen Scott? ¡Tú le diste mi empleo sin siquiera decírmelo! ¿Qué más le has dado? El hombre apretó los labios.

—¡Pequeña idiota! ¿Fue eso lo que te contó esa lianta? Ya no trabaja para mí! ¿Por qué siempre crees ciegamente lo que te dicen? ¡A veces me dan ganas de romperte el cuello! Ahora cállate y mírame. —La joven levantó la vista.

—Adelante —dijo él con voz ronca—. Tócame.

—No. No puedo.

—Sí puedes —sonrió secamente—. Crees que si te apartas de mí, puedes fingir que no ha ocurrido nada, pero te sigo atrayendo, ¿verdad, Francesca?

—No, no —mintió ella, mirándolo con pánico—. Me odio a mí misma por lo que ocurrió. Cedí a un impulso que ha arruinado mi vida. Sé que ahora estamos casados pero no quiero tener nada que ver contigo.

—¿Qué crees que ocurrirá si vuelves a ceder al impulso. —preguntó él son suavidad. Le levantó la barbilla a obligarla a mirarlo—. ¿Crees que el cielo caerá sobre cabeza?

—No quiero hablar de esto —susurró ella—. Esta conversación es inútil.

—Te guste o no, tendremos que hablar de ello —repuso con voz dura—. Tú no has tenido que afrontar nada desagradable en tu vida, ¿verdad? Por eso te resulta difícil afrontar ahora esto.

—¿Imogen habría llevado mejor la situación? —preguntó la joven con amargura—. Siempre estás dispuesto a señalar lo inútil que soy. ¿No será que me estás comparando con otra persona? Yo no seré nunca como tu antigua prometida.

—¿Te he dicho alguna vez que fueras una inútil?

—Lo has dado a entender. Sé que he tenido una infancia privilegiada, pero no puedo evitarlo.

—¿Tienes celos de Imogen como los tenías de Helen Scott? ¿Qué crees que significa eso?

Francesca se apartó de él y se acercó a la ventana del dormitorio.

Sabía que le preguntaría eso. No debería haber metido a Imogen en la conversación como tampoco debía haber mencionado a Helen. Pero no había podido evitarlo. Estaba celosa. Comprendía ya que Helen no era más que una lianta, pero Imogen sería siempre una amenaza patente.

—¿Y bien? —se acercó a ella—. Contesta.

—¿Tienes tú celos de Rupert? —preguntó la joven a su vez.

—Tú no estuviste prometida con Rupert —le recordó él—. Ni te has acostado con él.

Francesca se alegró de estar de espaldas a él, porque así no podía ver la emoción que expresaba su rostro.

—¿Y si lo hubiera hecho? —preguntó.

—Eso es una pregunta hipotética.

—Finge que no lo es.

—Está bien —hizo una pausa—. No puedo tener celos de un hombre que evidentemente hace tan mala pareja contigo. Si te hubieras prometido con él, habría sido sólo cuestión de tiempo el que recobraras el sentido común. Ve a ducharte y luego acuéstate.

—Sí, creo que lo haré.

Se acercó a la cama, recogió algunas ropas y avanzó hacia el cuarto de baño sin mirarlo. Se dio una ducha larga y, cuando salió media hora mas tarde, Oliver no estaba en el cuarto. Había quitado ropa de la cama. Francesca abrió uno de los cajones y vio que estaba colocada en montones separados y ordenados. Sonrió de mala gana. Dobló la ropa y volvió a guardarla y luego se acostó y se quedó dormida al acto.

Cuando abrió los ojos, vio a Oliver de pie a su lado con pantalones cortos y una camiseta.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —preguntó. Se incorporó y se frotó los ojos.

Se sentía mejor después de dormir. Se dio cuenta sorpresa de que había dormido casi doce horas. Tenía que haber estado muy

cansada para conseguir dormir tanto tiempo.

—Volviste a ordenar la ropa —musitó él con aire burlón. Se sentó sobre la cama—. ¿Qué tenía de malo mi manera?

—Tienes que doblarla antes de guardarla —comentó, somnolienta.

—Ah. Gracias por la información. Estoy seguro de eso cambiará el curso de mi vida. La joven sonrió.

—¿Por qué estás tan amable? —preguntó con un suspiro.

—¿No es más fácil que ser desagradable? Vamos. El mundo te espera ahí fuera: piscinas, plantas de aspecto raro, el mar, la arena blanca, la comida...

—Comida —musitó la joven. Salió de la cama y avanzó hacia el cuarto de baño—. Estoy muerta de hambre.

Cerró la puerta del baño a sus espaldas y le costó trabajo ponerse el pantalón corto, que empezaba a resultar muy ajustado. Consiguió abrochárselo a duras penas y comprendió con desgana que podía olvidarse de la ropa de cintura estrecha.

—He pensado que podíamos comer en la playa —dijo él cuando salieron del cuarto.

A Francesca le pareció una idea maravillosa. Lo miró de soslayo y sintió que se le aceleraba el corazón.

Oliver tenía razón. No servía de nada tratarse como adversarios. Costaba menos trabajo mostrarse agradable.

—Me parece de maravilla —comentó con cortesía.

Atravesaron los jardines, la piscina color turquesa llena de gente, y bajaron los escalones que llevaban a la playa. Oliver se volvió hacia ella y le agarró la mano.

—¿Qué te parece?

—Es fantástico.

Miró la larga playa de un extremo a otro. El agua estaba en calma, serena y azul, el azul aguamarina que se ve en las fotos. Había algunas sombrillas y algunas toallas sobre la arena, pero estaba prácticamente vacía.

Se acercaron a una pequeña mesa redonda colocada bajo una sombrilla. A sus espaldas había un bar con un camarero y un chef de uniforme.

Francesca acercó una de las hamacas hacia ella, se tumbó con una toalla bajo la cabeza, cerró los ojos y le dijo a Oliver que

pidiera lo que quisiera para comer.

—Yo me comería un caballo —dijo.

—Descubriré qué clase de caballos preparan —repuso él serio—. Y cúbrete el rostro con algo o terminarás colorada como una langosta.

Le lanzó un periódico y la joven siguió su consejo y lo puso sobre la cara. Se sentía perezosa y relajada, por el sol, claro. Su calor producía el mismo efecto un vaso de buen vino. Se quedó inmóvil ataviada con el bikini.

—No me digas que las hormonas te están dando sueño otra vez —lo oyó decir.

—El sol y las hormonas son una mala combinación informo ella sin molestarse en quitarse el periódico de la cara.

—Vamos —dijo él.

—¿Adonde? —levantó el periódico y lo miró. Oliver arrastraba una hamaca en dirección a un grupo de cocoteros.

—A un lugar algo más tranquilo. —volvió a por la hamaca de ella y la joven lo siguió su bolsa.

La comida estará lista en quince minutos —le informó quitándose la camiseta—. Dos hamburguesas de pollo y patatas fritas.

—Muy sano —se rió ella. Por algún motivo se sentía de repente tímida a su lado—. No queremos empezar a habitar al niño a la mala comida, ¿no crees?

Sus ojos se encontraron y hubo un breve silencio, cargado de significados, principalmente sobre el vínculo que los unía.

—Desde luego que no —repuso él con voz extrañamente ronca—. No queremos tener un niño que empiece a sufrir colesterol en cuanto salga del vientre.

Francesca volvió a sonreír, pero estaba algo nerviosa. Era la primera vez había pensado en el niño no como fuente de problemas sino como un milagro que crecía en su interior.

—Ahora tumbate boca abajo mientras todavía puedes —le ordenó él.

—¿Qué vas a hacer?

No contestó. Sacó crema de uno de los tubos y ella se tumbó y cerró los ojos. Oliver comenzó a untarle la crema con movimientos rítmicos y lentos, primero en los hombros, luego en la espalda, en la

cintura y más tarde en los muslos y piernas. No había nada sensual en lo que hacía, pero una deliciosa sensación de placer se extendió por su cuerpo.

Pensó que él la afectaba de un modo agradable. Hacía tanto calor que la sola idea de protestar por lo que le hacía le producía cansancio.

—Bien —dijo él—. Date la vuelta.

Se colocó de espaldas y se tumbó con los brazos colgando a los costados. Cuando abrió los ojos, vio la ligera hinchazón de su estómago y la cabeza morena de él, que empezaba a darle crema en los pies.

Cuando sus manos siguieron aquel rítmico movimiento a lo largo de sus músculos, la respiración de ella se volvió jadeante y una humedad se extendió por su interior. Se colocó de modo que sus piernas quedaran juntas, pero las manos de él subían ya hacia su estómago.

—Estás empezando a engordar —murmuró con sorpresa—. No me había dado cuenta.

—Sólo se ve cuando estoy en bikini —repuso ella.

En ese momento percibía una intimidad en sus actos que no había notado antes. O quizá fuera cosa de su imaginación. Miró en dirección al bar para ver si el chef se acercaba ya a ellos, pero no vio a nadie y en aquel lugar recluso nadie se fijaba en ellos. Más abajo, cerca del agua, paseaban algunas parejas, pero no miraban en su dirección.

—Te sienta bien —dijo él.

El sol, que pasaba por entre las ramas de los árboles, dibujaba sombras sobre él, sombras que se movían siempre que él lo hacía. Francesca no podía apartar vista de la danza del sol sobre su cuerpo. Se sentía anonadada.

Oliver echó más crema en la palma de su mano y siguió con su tarea.

—Tus pechos también están más llenos —señaló con misma voz sorprendida.

Sus ojos se encontraron y, entre el ligero murmullo la brisa, Francesca pudo oír su respiración suave rápida, como un jadeo.

—¿Dónde se ha metido nuestra comida? —preguntó, un intento desesperado por romper la fascinación la rodeaba, pero no pudo

apartar sus ojos de los suyos y no le sorprendió que las manos de él comenzaran masajear la redondez de sus pechos. Sintió que sus pezones se endurecían e hinchaban.

—Oliver... —musitó con un suspiro de protesta.

—¿Oliver qué? —sonrió él con picardía—, ¿Oliver, sigue con lo que estás haciendo? ¿Oliver, quiero que hagas el amor? —Pasó un dedo por su seno y rodeó con él el contorno de los pezones.

—Basta, Oliver —dijo ella débilmente. Se incorporó incomoda—. Ahí llega nuestra comida.

El hombre soltó una carcajada y siguió la dirección s ojos.

—Salvada por la campana —dijo con burla, la joven lo ignoró. Esperó a que les colocaran la comida delante: dos enormes hamburguesas que olían de maravilla, patatas de sobra para alimentar a una familia entera y dos bebidas coloridas con un trozo de piña clavado en el borde de cada vaso.

Su cuerpo parecía estar todavía ardiendo, como si le hubieran negado algo que deseaba desesperadamente.

Miró a Oliver de soslayo y se preguntó cómo podría luchar contra aquel hombre que había sido su amante y ahora era su esposo.

## Capítulo 9

FRANCESCA sabía bien lo que pasaba por la cabeza de Oliver. O, al menos, estaba casi segura de saberlo.

Eran marido y mujer y, aunque no estaba enamorado de ella, no había razón para que no pudiera acostarse con ella. Se había mostrado encantador durante todo el día, hasta tal punto, que resultaba difícil creer que lo fuera sólo una farsa civilizada. porque no podía ser otra cosa. Todo eso le iba muy a él, ¿pero y ella? Si le dejaba hacerle el amor, se hundiría cada vez más en aquel mar de emociones probablemente, en un futuro no muy lejano, cuando dejara de hacer el amor con ella, la miraría y se cuenta de que, con niño o sin él, no podría amarla. ¿Y dónde la dejaría eso?

Había dicho que, por lo que a él respectaba, tenía intención de que su matrimonio fuera mucho más que un matrimonio sobre el papel, pero ella sabía que el matrimonio no podía sobrevivir sin el vínculo del amor. Y él acabaría por descubrirlo también. Al estar casada con él le ofrecía la posibilidad de tener el niño legítimo, pero la colocaba en una especie de estado aterrador, demasiado asustada para comprometerse más de lo que ya lo había hecho, y temerosa también de que sus sentimientos por él fueran demasiado profundos como para resistirse a su atracción.

Se sentía confusa. No sabía qué postura tomar y era demasiado inexperta para poder manejar el problema.

De haber sido diez años mayor, quizá hubiera acumulado experiencia suficiente con el sexo opuesto como para poder llevar su relación con el mismo cinismo adulto con el que la llevaba él. Pero no era así. Al mirar hacia atrás, se daba cuenta de lo ingenua que había sido al demostrar de un modo tan claro su atracción por él.

Nunca se había acostado antes con un hombre y sus amigos habían sido más bien compañeros de juegos que no buscaban nada serio. Nunca había tenido que resistirse a la tentación, así que, cuando la había tenido delante, había reaccionado del peor modo posible: había sucumbido a ella.

¿Era de extrañar que Oliver no comprendiera por qué tenía que haber barreras físicas entre ellos? ¿Cómo iba a saber que ella había

hecho el amor con él porque lo amaba y significaba para ella mucho más que un coqueteo pasajero y agradable?

Estaba de pie en mitad de la estancia, perdida en sus pensamientos, y se sobresaltó al oír la voz de él.

—¿Qué es lo que te pasa ahora? —Levantó la vista y vio que la miraba con ligera irritación.

—No me pasa nada. Sólo estaba pensando —murmuró, nerviosa.

El hombre suspiró y se acercó a ella; la joven tuvo que hacer acopio de valor para no retroceder o, peor aún, correr hacia él y arrojarse a sus brazos.

—Eres la persona más voluble e ilógica que he conocido en toda mi vida. Hace diez minutos te reías abajo conmigo y ahora te portas como si el día del Juicio estuviera a la vuelta de la esquina.

Le puso las manos sobre los hombros y la joven quedó inmóvil.

—¿En serio? —trató de reírse—. Es sólo que me ha dado dolor de cabeza.

—¿De verdad? —murmuró él con sequedad—. Estoy seguro de que se te puede ocurrir una excusa mejor.

—Me duele la cabeza—insistió ella, irritada—. Tú insistes en que siempre busco significados ocultos a todo que dices. ¿Por qué no puedes creer lo que digo?

—Porque tu no dices nada creíble —le acarició los brazos—. Al menos, nada personal. Puedes hablar sobre música y del paisaje, pero en cuanto entramos algo personal, tu mente parece no funcionar.

—No soy una cría irracional, Oliver. Soy una mujer lleva un hijo dentro.

—Sólo aquí —le tocó el vientre y ella se estremeció, el percibió sus temblores y sonrió—, Y aquí —dijo, subiendo más la mano, Francesca se apartó de él.

—Esto no es un juego, ¿sabes? —dijo. Lo sé.

La observó acercarse a la ventana y correr las cortinas. La joven se cruzó de brazos y se volvió hacia él con la espalda apoyada en el alféizar.

—No puedo acostarme contigo. No puedo.

—¿Por qué no?

—No podría perdonármelo si lo hiciera; me odiaría misma —repuso ella con suavidad—. Sé que probablemente no podrás



entenderlo. Sé que lo que digo no tiene sentido para ti porque ya nos hemos acostado antes y es un poco tarde para empezar a tener escrúpulos, en especial teniendo en cuenta que voy a tener hijo tuyo, pero...

—Pero te acostaste conmigo una vez —musitó él con dureza—. Y pensaste que después todo sería maravilloso y no fue así. ¿Es eso?

—Algo así —admitió ella, nerviosa—. Es posible que los dos lo hiciéramos por razones equivocadas, pero eso no significa que tengamos que seguir cometiendo el mismo error.

—En otras palabras, ¿tengo que creer que nuestro matrimonio no se consumará?

Dicho así, Francesca podía entender que comenzara a demostrar enfado, pero guardó silencio y se negó a dejarse derrotar por la mente aguda de él, que podía vencerla con facilidad.

—De todos modos, tú no me deseas en realidad. La mujer a la que quieres es Imogen. Simplemente te has visto atado a mí.

—¡No metas a Imogen en esto! —gritó él.

La joven miró aprensivamente hacia la puerta.

—Mírame —le ordenó. Se acercó a ella—. Mírame a la cara y dime que no te sientes atraída por mí.

Le tocó el rostro y, aunque su voz estaba impregnada por la rabia, sus dedos resultaban tiernos y acariciadores. La respiración de la joven se aceleró. Bajó la vista y centró su atención en el brillante suelo.

—Esa no es la cuestión —murmuró—. Acostarse con alguien sólo porque te sientas atraída por él es un instinto animal.

—Hablas como si el deseo fuera un pecado, Francesca. Y no estamos hablando de acostarnos con cualquiera. Nosotros estamos casados.

—Desgraciadamente. —Oliver lanzó un juramento.

—Voy a tomar una ducha —dijo con rabia—. No te haré a nada, no temas. Puede que seas una mujer increíble, Francesca; pero eso tiene sus límites.

—Sí, lo sé.

Dedía haberle dicho que el deseo siempre tenía sus límites. Ardía como un fuego y luego moría, ya que sin amor, no había nada que pudiera sostenerlo indefinidamente.

Se alejó de ella y entró en el cuarto de baño, cuanto se quedó a

solas, se puso el camión: uno de estilo victoriana de encaje blanco que la hacía sentirse como una virgen puritana pero que había llevado durante años y estaba cómoda. Cuando lo sintió acostarse a su lado, estaba medio ida, pero su cuerpo se tensó de inmediato. Oliver se volvió de espaldas a ella y la joven esperó largo rato que se sintió demasiado cansada para indagar si su respiración acompañada de él implicaba que estaba ido.

Despertó poco después de las tres de la mañana tardó en darse cuenta de que se había despertado por que el brazo de Oliver yacía sobre su cuerpo, un abrazo del que ella trató de liberarse. Pero sus movimientos sólo consiguieron acercarlo más. El pecho se apretaba contra la espalda de ella. Volvió a moverse pero el brazo de él se apretó en torno al cuerpo de ella, sabía que había sido un acto reflejo, ya que su respiración seguía siendo profunda y regular y, poco a poco, ella se volvió hacia él para poder liberarse de tentadora presión de su cuerpo, o entonces vio que tenía los ojos abiertos y la expresión de su rostro casi invisible en la oscuridad. Dio un respingo, estás despierto.

—Así es —movió su brazo y se dispuso a apartarse de ella.

—Hace frío aquí —se preguntó por qué sentía ganas de prolongar la conversación a las tres de la mañana.

—¿Quieres que quite el aire acondicionado?.

—No. Haría demasiado calor y no quiero tener las ventanas abiertas. Hay muchos mosquitos.

—De acuerdo.

—¿Has traído algún repelente de insectos?

—No. ¿Por qué tenemos que sostener esta conversación a esta hora tan ridícula?

Francesca no lo sabía. Sólo sabía que le había gustado la sensación del cuerpo de él a su lado y quería volver a sentirlo. Resultaba reconfortante.

—No era una conversación, sólo una pregunta.

—Pues es una hora muy rara para hacer preguntas, así que buenas noches. Si me acerco demasiado a ti, no dudes en empujarme.

—Oliver...

—¿Qué pasa ahora?

La joven no lo sabía. Lo deseaba; no le importaba el mañana.

Sabía que no podía pasar las noches con él sin tocar aquel cuerpo magnífico.

Tendió la mano y la subió por el costado de él; se dio cuenta de que él no llevaba nada y lo sintió ponerse tenso bajo su caricia.

Le agarró la mano y dijo con frialdad:

—No es momento para este tipo de juegos.

—No es un juego —repuso ella con voz ronca.

—No sabes lo que haces. Un momento me combates con todas tus fuerzas y al siguiente quieres que hagamos el amor. No lo haré, Francesca. No soy un maldito crío que vaya a darte todos tus caprichos.

—No, no eres un crío —repuso ella.

Se acercó más y colocó su boca sobre la de él, pero Oliver no respondió. La joven se apartó.

—¿Pero no decías que te odiarías a ti misma si me ponías una mano encima? —preguntó con frialdad—. Has decidido que quizá puedas superarlo después de todo? —preguntó con sorna.

—No he pensando nada de eso —musitó ella, al borde le las lágrimas.

—Pues ese es tu problema, ¿no crees?

Francesca se volvió y salió de la cama.

No había pensado en nada excepto en que lo deseaba desesperadamente, en que tenía que acariciarlo; y el rechazo de él fue como una bofetada en el rostro. Le dolió mucho.

—¿Adonde vas ahora, maldición?

Se sentó en la cama, esperando sin duda que ella entrara en el cuarto de baño; pero la joven necesitaba tiempo para ordenar sus pensamientos.

Se sentía terriblemente confundida, como alguien que hubiera estado montando en una montaña rusa y tuviera que bajarse para que su mente pudiera volver a conectar con su cuerpo.

Sabía lo que le había dicho, pero la lógica y la razón o tenían mucho que hacer en la intimidad compartida en un dormitorio oscuro. Quería protegerse, ¿pero para qué? ¿Tenía sentido hacerse la mártir, esperar a que cayera el hacha sobre su relación? ¿El dudoso beneficio de saber que él desconocía lo que sentía en realidad y se compensaba por la miseria de negarse lo único que podía producirle felicidad aunque fuera sólo una felicidad

temporal?

La pregunta se movía en su mente como un rompecabezas que hubiera saltado en mil pedazos. Tenía la impresión de que, si conseguía colocar las piezas, encontraría una solución.

—Tengo que pensar —dijo en voz alta.

Oliver sólo hizo ademán de levantarse cuando se dio cuenta de que ella salía del cuarto.

Francesca corrió; se lo imaginó dando la luz y buscando algo de ropa y su imaginación la hizo correr más deprisa; atravesó el vestíbulo, que estaba silencioso y vacío, y cruzó los jardines en dirección a la playa.

Fuera hacía calor y los ruidos de la noche la envolvieron: grillos, ranas, insectos a los que no sabía nombrar pero que se llamaban entre ellos de rama en rama.

Miró a su alrededor; no vio nada y corrió más deprisa, sus piernas volaban sobre la hierba y su camisón blanco se movía a su alrededor. La prenda, que la había protegido en los confines peligrosos del dormitorio, le resultaba entonces inútil, y recogió la parte inferior con una mano.

En la oscuridad de la noche, vio la línea del mar y avanzó hacia ella, sabedora de que en la playa encontraría el silencio que necesitaba para pensar.

Echó un último vistazo a sus espaldas y vio a Oliver correr hacia ella: una figura silenciosa y rápida que se acercaba con la velocidad de una flecha. Sabía que él también la habría visto, pero no la llamó. Parecía casi inapropiado gritar en el silencio de la noche.

Francesca dio media vuelta, se adelantó y comenzó a caer por los escalones de piedra.

De día, los escalones resultaban resbaladizos e irregulares. De noche eran traicioneros.

Se quedó tumbada al final de ellos, incapaz de moverse, y cerró los ojos esperando la llegada de Oliver. No tardó mucho. Cuando abrió los ojos, lo vio ya a su lado.

—¿Estás bien? —preguntó, alarmado.

Trató de ayudarla a incorporarse y ella emitió un gemido de dolor.

—No puedo moverme —susurró.

—Imbécil. ¿Adonde te creías que ibas corriendo de ese modo?

¿Dónde te duele? ¿Es la pierna? ¿Te has torcido el tobillo?

No esperó respuesta. La tomó en brazos con gentileza y la llevó lentamente en dirección al hotel.

Francesca cerró los ojos y se apretó contra él. Oyó voces, pero no los abrió.

—Te llevaremos a un médico —dijo Oliver—. No te preocupes; te pondrás bien.

—No he visto los escalones. Sabía que estaban allí, pero he tropezado en el de arriba y no había ningún sitio al que agarrarse.

Oliver la llevó hasta un sofá del vestíbulo y se sentó con ella todavía en los brazos.

—Me pondré bien —musitó la joven con voz débil—. No es necesario buscar ahora a un médico. Puedo esperar a mañana.

Se sentía fatal, con golpes por todo el cuerpo. Peor aún, le dolía mucho el estómago y no quería pensar en lo que eso podía significar.

—Escúchame, Francesca —dijo él con firmeza—. Sangras un poco y no podemos esperar a mañana. La recepcionista ha ido a buscar al médico del hotel. Sólo vive a quince minutos de aquí. No tardará en llegar.

—¿Qué quieres decir con que estoy sangrando? —sintió que las lágrimas llenaban sus ojos y trató de sentarse, pero Oliver la sujetó contra él.

—Francesca... lo siento. Creo que todo esto es culpa mía.

La joven abrió los ojos para mirarlo.

—No debí correr de ese modo —murmuró.

Oliver le puso un dedo en los labios y ella notó que ese dedo temblaba ligeramente.

Llegó el médico, le echó un vistazo y le dijo a Oliver que lo siguiera. Tenía una pequeña consulta en el piso bajo y entraron allí en silencio.

Francesca oía los latidos del corazón de Oliver a través de su camisa y sentía un deseo incontenible de quedarse donde estaba: apretada contra él. Allí se sentía a salvo, con la seguridad de que nadie podía reconfortarla tanto como él.

—Bien, ¿qué ha pasado, señora? —preguntó el médico. Indicó a Oliver que la dejara en la camilla. Francesca miró al hombre de rostro inteligente y dijo:

—Siento haberle sacado de la cama a estas horas.

—Si no estuviera preparado para este tipo de cosas, no sería médico —repuso él.

Examinó sus golpes con gentileza.

—Tengo entendido que está embarazada —dijo. La joven asintió.

—Tengo que examinarla para cerciorarme de que todo va bien —miró a Oliver—. ¿Se quedará usted?

El aludido asintió. Tomó la mano de Francesca y le apartó el pelo del rostro.

La joven se aferró a su mano. Todo aquello había sido muy rápido. Un momento estaba en el dormitorio, sintiendo la urgencia de acallar sus pensamientos, que la estaban volviendo loca y al siguiente se caía por las escaleras sin poder hacer nada por protegerse.

El médico le hacía preguntas que ella respondía automáticamente. Sentía que había agotado todas sus reservas de energía. Al fin, el hombre se enderezó y la miró con seriedad.

—Ha sufrido una mala caída, señora. No hay huesos rotos, pero está sangrando y hay alguna posibilidad de que pierda el niño.

Era lo que Francesca temía. El oír aquellas palabras fue horrible, porque convertía su miedo en algo real, robándole la esperanza de que quizá estuviera equivocada. Lanzó un gemido y cerró los ojos con fuerza.

—¿Una posibilidad? —oyó preguntar a Oliver—. ¿Qué significa eso? ¿No puede ser más específico?

La joven deseó no tener que oír lo que decían. No quería oírlo. Deseaba ser un avestruz y ocultar su cabeza en la arena, pero no podía.

—Normalmente, una caída durante el embarazo no es preocupante —dijo el médico—. El bebé está bien protegido dentro de la bolsa amniótica, pero a veces, si la caída es fuerte, puede provocar un aborto. Su esposa está sangrando, pero no sabremos nada de cierto hasta que le realicemos una ecografía.

—Ahora —repuso Oliver con dureza—. Queremos esa ecografía ahora mismo.

—Eso es imposible —musitó el médico con gentileza—. Lo arreglaré todo para que vayan al hospital mañana por la mañana.

Cerró su maletín, escribió algo en un papel y se lo tendió a Oliver.

—La asistirá el doctor Girot. Yo le llamaré para que le esté esperando. Entretanto —miró a Francesca—, nada de paseos por la playa, señora. Suba a su cama y no se mueva. Ya le he dejado mi número a su esposo. Si está preocupada, pueden llamarme.

Cuando volvieron a su dormitorio, eran casi las cinco. Empezaba a amanecer por el horizonte. En tres horas más, el hotel estaría de nuevo lleno de turistas que entrarían y saldrían preparándose para otro día de vacaciones en el sol.

Oliver la depositó en la cama y la joven lo miró sin saber bien qué decir. El hombre se quitó la camisa y la arrojó sobre la silla del tocador; se sentó a su lado con expresión impenetrable.

—Tienes que procurar dormir un poco —le dijo.

—No puedo. ¿Cómo voy a dormir? —El médico le había dado dos analgésicos suaves para los golpes, que todavía le dolían.

—He sido una tonta —dijo—. Tienes razón. Actúo sin pensar. Ninguna otra persona habría salido corriendo de aquí ni se habría caído por los escalones de la playa.

—Deja de culparte. Ya no tiene remedio. Tendremos que esperar a ver lo que ocurre por la mañana.

—Si pierdo a este niño, no me lo perdonaré nunca. —Apretó las manos con ansiedad y él colocó una suya sobre las de ella.

—No pienses en lo peor —musitó. Pero la joven sabía que él había pensado también en ello.

—Tengo que hacerlo. Los dos tenemos que hacerlo —levantó la vista y lo miró a los ojos—. Nos hemos casado por el bien del niño y si no hay niño... —hizo una pausa, no muy segura de poder seguir hablando—. Si no hay niño, ¿qué sentido tiene este matrimonio?

Oliver no contestó. Se puso en pie y paseó por la estancia con las manos en los bolsillos.

—No me gustan las hipótesis —dijo al fin.

—No podemos ignorar que hay una posibilidad de que ocurra. Tú siempre dices que no me gusta afrontar las cosas desagradables y supongo que tienes razón. Yo no tengo tu fuerza.

—Te subestimas mucho.

—¿De verdad? —sonrió con tristeza—. No lo creo. Tengo la impresión de estar madurando al fin. Como si hubiera pasado mi

vida en el interior de un capullo del que ahora empiezo a salir lentamente.

—Hablas como si eso fuera algo malo —musitó él. Se sentó de nuevo sobre la cama—. Vivir en un capullo no tiene nada de malo.

—No me sigas la corriente, Oliver.

—Cuando era joven, a veces solía preguntarme cómo sería no tener que luchar por todo. A veces pensaba en ti.

—¿En mí?

—Sí. Mi madre me había hablado de ti. Sabía cuándo labias nacido. Y me preguntaba qué clase de vida llenabas tú.

—Una muy distinta a la tuya —dijo ella.

Le hubiera gustado poder conocerlo entonces. Haberlo visto pasar de niño a hombre. ¿Había sido siempre tan seguro de sí mismo o había aprendido a serlo a fuerza de necesitarlo? Sospechaba que habría un poco de las dos cosas. Había nacido para triunfar, con o sin dinero.

—Procedemos de dos mundos muy diferentes, Oliver, debemos volver a ellos. Si pierdo al niño, no hay nada que nos retenga juntos.

Se volvió porque, de seguir mirándolo, se habría echado a llorar.

—Puedes recuperar tu libertad pase lo que pase —dijo con brusquedad.

Se levantó y paseó de nuevo por la estancia, como no pudiera estarse quieto.

—¿En serio?

La voz de ella no expresaba esperanza ni alegría, la desesperación al pensar que su libertad no significaba nada para ella si él no estaba cerca. Oliver interpretó mal su pregunta, ya que habló con voz fría y furiosa.

—¿Por qué no tratas de descansar? —se pasó las manos por el pelo—. Duérmete, Francesca. Tenemos que estar en el hospital a las nueve y faltan menos de cuatro horas. Yo voy a nadar un rato.

—¿A nadar?

—Eso es. Te dormirás antes si yo no estoy aquí contigo.

—Pero tú también debes de estar cansado —protestó ella.

Oliver sonrió.

—Te sorprenderías de lo fácil que es acostumbrarse a vivir con sueño. He pasado mi vida trabajando tanto que el sueño es un



pasatiempo del que puedo prescindir —se volvió desde la puerta—. ¿Qué hacías tú mientras yo trabajaba sin dormir?

—Supongo que dormir por los dos. —El hombre se echó a reír y la miró.

—Volveré enseguida. Descansa un poco.

Se marchó y Francesca se apoyó sobre la almohada con las manos en el estómago y la mirada fija en el techo.

Debería sentirse aliviada. Todas sus preocupaciones sobre aquel matrimonio habían desaparecido. Era libre. Podía volver a Inglaterra sin pensar que la presencia de él llenaría su vida hasta que ya no pudiera soportarlo más.

Pero no sentía alivio. Trató de imaginarse una vida sin Oliver Kemp y no le resultó posible.

Al fin se adormiló y no se despertó hasta que él la sacudió por el hombro para decirle que era hora de levantarse. No le había oído entrar en el cuarto pero debía llevar allí un rato porque se había duchado y puesto un par de pantalones y una camisa de rayas de manga corta.

—Tengo que ducharme —dijo ella.

—Date prisa. El taxi llegará dentro de quince minutos.

Se duchó con rapidez; notó que seguía sangrando y trató de prepararse mentalmente para lo que eso podía significar.

—Vamos —la llamó Oliver desde el cuarto. La joven se peinó apresuradamente y se puso un vestido ligero.

—¿Te sientes mejor? —preguntó él.

Tomó su bolso dejó silla y ella negó con la cabeza.

—Tengo miedo —repuso con sinceridad—. No soy lo bastante fuerte.

—Yo soy bastante fuerte por los dos —susurró él.

La agarró de la mano y la guió hasta el taxi que los esperaba abajo.

Cuando llegaron al hospital y les hicieron pasar a una sala de espera, Francesca estaba muy nerviosa.

En la mesa, delante de ella, había un montón de revistas atrasadas. Tomó una y comenzó a hojearla sin ver nada en realidad.

La habitación estaba medio llena. Dos mujeres embarazadas se sentaban enfrente de ella y a su lado había una niña que no podía tener más de quince años y cuya presencia hubiera resultado más

natural en el colegio que en la sala de maternidad de un hospital.

Cuando el doctor pronunció su nombre, Francesca tomó automáticamente la mano de Oliver y entraron en el despacho en penumbra.

—Tranquila —le dijo el médico—. Súbase a la camilla, por favor. No hay por qué tener miedo. Esto no le dolerá.

Giró la pantalla para que pudieran verla y allí estaba: minúsculo, extraño, pero moviéndose con fuerza. A partir de entonces, ella no oyó nada de lo que dijo el médico, ya que su mente estaba pendiente de la imagen de la pantalla. Aquél era su hijo.

—Parece estar bien —dijo el médico.

—¿No lo perderé? —preguntó ella con timidez. El hombre le sonrió por primera vez.

—No lo creo. Pero yo en su lugar dejaría de tirarme por escaleras.

Cuando salieron, quince minutos después, el sol brillaba con fuerza. El taxista los esperaba con las ventanillas bajadas y abanicándose el rostro con un periódico.

Francesca miró a su alrededor. El mundo le parecía de repente un lugar maravilloso.

—Francesca —dijo Oliver en cuanto entraron en el vehículo—. Tenemos que hablar.

## Capítulo 10

PERO NO hablaron allí. Hicieron el viaje en silencio. Francesca miraba por la ventanilla el verde de los árboles, el azul del cielo y la belleza del viaje, pero no podía dejar de pensar, sabía de lo que quería hablar Oliver. Tendrían que pensar cómo anular el matrimonio. No sabía cómo se iba a disolver un matrimonio que no había sobrevivido luna de miel, pero no creía que fuera difícil. Firmar unos papeles y luego todo habría acabado antes empezar, si no fuera porque había empezado mucho antes. En el momento en que entró en aquel despacho, vio a Oliver Kemp por primera vez y se encendió algo en su interior. Y continuaría mucho después de que un papel le dijera que el matrimonio ya no existía, el taxi viajaba despacio y, en el asiento trasero, la distancia entre ellos parecía muy grande. Oliver estaba nervioso en sus pensamientos como ella en los suyos, cuando al fin se detuvieron delante del hotel, la joven se quedó indecisa esperando a Oliver, sin saber hacer a continuación.

—Hay un bar encima de la piscina —dijo él. La agarró por el codo, aunque ella se sentía físicamente bien. Las buenas noticias de la ecografía le había dado la energía que le faltaba antes, se acercaron al bar, se sentaron a una mesa redonda y, cuando les llevaron las bebidas, la joven se apresuró a decir:

—Ya sé de lo que quieres hablar. Del modo de terminar esto y fijar visitas para el niño cuando nazca. ¿Pero no podemos dejarlo hasta que volvamos a Inglaterra?

Le parecía terriblemente incongruente tener que discutir aquellas cosas con el sol brillando con fuerza, la piscina llena de parejas y el sonido del mar en la distancia. Lo peor de la belleza es que siempre añadía fealdad a las cosas feas.

Oliver no contestó. Se puso en pie y se inclinó sobre la barandilla, mirando hacia la piscina situada abajo. Luego se volvió hacia ella.

—No voy a esperar a que volvamos a Inglaterra. No puedo —musitó con agresividad.

Había pedido un vaso de zumo de frutas y tomó un sorbo antes de dejarlo sobre la mesa. Francesca bebió un poco de su cóctel de

frutas y deseó que se sentara. La ponía nerviosa que la mirara desde arriba.

—Escucha, no puedo hablar aquí —dijo él de repente.

Tomó el vaso, terminó su contenido y la joven lo miró con curiosidad. Había algo en él que no sabía describir.

—Pero... —empezó a decir.

—Vamos a dar un paseo por la playa.

—¿Con estos zapatos? Mostró sus sandalias.

—Deja los malditos zapatos junto a una de las mesas de la playa —gritó él.

—No es necesario que grites. Se puso en pie.

—A veces tengo la impresión de que es el único modo de que me entiendas.

—Muchas gracias. ¿Algún otro cumplido antes de marcharnos?

—Es culpa tuya —dijo él en voz baja—. Siempre te arreglas para convertirme en una persona que apenas puedo reconocer.

—Así que ahora es culpa mía, ¿eh? ¿Quieres dejar correr?

Bajó la voz y se acercó a él.

—No pienso correr detrás de ti por la playa. No veo qué no podíamos quedarnos en el bar puesto que insistes en que no puedes esperar a volver a Inglaterra. Oliver no contestó. Anduvo hasta una de las mesas con sombrilla de la playa, se quitó los zapatos, se subió los téjanos, se quitó la camisa y la miró. Francesca pensó que eso era otra cosa que le gustaría dejara de hacer: mirarla. Nunca podía pensar bien cuando la miraba. Se quitó las sandalias y echó a andar lado con las manos unidas a la espalda. La playa era muy larga. Cerca de la zona del bar veía a algunas personas en tumbonas o en toallas, pero adelante estaba vacía: una extensión interminable de arena blanca.

Se preguntó vagamente por qué la gente tendía a juntarse en la arena si había sitio de sobra para aislarse, ¿se sentían más seguros cerca de otras personas? Oliver, por su parte, pensaba de forma distinta. Camino hacia el extremo más alejado de la playa y ella estaba poco dispuesta a romper el silencio.

—Te dije que todo iría bien con el niño, ¿no? —preguntó con aire acusador. —Francesca lo miró.

—¿Por qué quieres pelearte conmigo? ¿Crees que es necesario? ¿No podemos arreglar todo esto de un modo civilizado?

—No, no podemos.

Estaban ya lejos de la gente, que en aquel momento eran ya sólo puntos en la distancia. Oliver se acercó a un tronco, se sentó sobre él y comenzó a jugar en la arena con un palo.

Aquello le trajo recuerdos a Francesca. Recuerdos de unas vacaciones con su padre, vacaciones en las que ella dibujaba también con una rama fascinada ante la idea de que el agua borraría todo lo que hiciera.

Pensó de repente que Oliver sería un padre maravilloso. Cerró su mente a aquella idea y se sentó a su lado en el tronco.

—Mi padre podrá recomendarnos un buen abogado... —empezó a decir.

—No habrá abogados —repuso él con dureza.

—¿Quieres decir que lo haremos solos?

—No quiero decir nada de eso, Francesca. ¿Eres completamente estúpida? No habrá abogados porque no habrá divorcio. ¿Tengo que hablar más claro? ¿Lo entiendes ya o quieres que te lo diga por escrito?

—Pero tú dijiste...

—¡Sé bien lo que dije! No estoy senil. Pero he cambiado de idea. Nada de divorcio, Francesca.

—¿Por qué? ¿Porque el niño está bien? Lo miró a punto de echarse a llorar.

—Porque tú me perteneces y no tengo intención de dejarte marchar nunca. ¿Comprendes lo que quiero decir? Si quieres un divorcio, lucharé y perderás.

—¿Por qué? —susurró ella—. ¿Es porque Rupert te robó a Imogen? ¿Es por eso?

Oliver soltó una carcajada dura.

—¡Dios mío, mujer! Lo que hagan Rupert e Imogen es irrelevante.

—¿De verdad? ¿Cómo puede ser así si todavía la amas?

Oliver la miró con incredulidad.

—¿Amarla? ¿A Imogen? Lo que sentí por Imogen podría definirse de mil maneras, pero nunca fue amor.

Francesca tuvo la sensación de que acababan de quitarle un gran peso de encima.

—Entonces, ¿por qué pensabas casarte con ella? —preguntó—.

¿Porque la detestabas?

—Porque era un tonto, un imbécil que creía que el cariño y una serie de similitudes superficiales podían ser una buena base para un compromiso.

Francesca trató de combatir la alegría que empezaba a inundarla por momentos. Se recordó que nada había cambiado aún.

—¿Y crees que un hijo es mejor base? —preguntó.

—No —repuso él.

¿Qué era lo que intentaba decirle?

—¿Qué quieres que te diga, Francesca?

Arrojó la ramita a los lejos y la joven la vio aterrizar al lado de un coco caído de un árbol. Se sentía un poco como aquella rama: moviéndose por el espacio antes de caer inevitablemente al suelo. Se recordó que la realidad acabaría por imponerse matando su esperanza.

El día que hizo el amor con él supo también lo que era dejar que sus emociones dictaran sus respuestas; lo que era volar por encima de las nubes. Pero aquello no duró.

—Sólo quiero que te expliques —dijo.

—¿Cómo puedo explicártelo a ti si no consigo que tenga sentido para mí? —se puso en pie y volvió a sentarse, aquella vez más cerca de ella—. Tú no eres el tipo de persona por la que me he sentido atraído en el pasado —dijo con rudeza. La joven se ruborizó de rabia.

—Lo sé. Creo que me lo has dicho muchas veces.

—Te criaste entre algodones. No has sabido nunca lo que es la necesidad o la ambición. Lo has tenido muy fácil.

—Eso no es culpa mía. Yo no pedí nacer así.

—Oh, claro; tú eres una mujer hermosa —prosiguió él, sin hacerle caso—. Imagino que se habrán enamorado de ti centenares de hombres.

—Miles —musitó ella.

—Pero yo creí que sería inmune a tu encanto.

La miró. Había en sus ojos un fuego salvaje que incendió el interior de la joven. No se atrevió a decir nada. Era como si el tiempo se hubiera detenido y la tierra hubiera dejado de girar sobre su eje.

—Me equivoqué —dijo él. Le agarró la barbilla como si temiera

que apartara la vista—. Cuando empezaste a trabajar para mí, me sorprendí mirándote a escondidas y me dije que era porque tenía que vigilarte para ver por mí mismo si estabas a la altura de tu trabajo. Pero después de un tiempo, tuve que afrontar la verdad. Quería mirarte porque me sentía atraído por ti. Cada día más.

—¿En serio? —Francesca abrió mucho los ojos—. Nunca lo demostraste.

—No quería admitirlo ni siquiera ante mí mismo. Estaba prometido con una mujer que creía que pensaba igual que yo; de repente entras tú en mi vida y ya nada tiene sentido. No dejaba de decirme que tú no eras mi tipo, pero estaba embrujado por ti. Cuando fui aquella noche a tu apartamento con el champán, no lo hice por consideración. Necesitaba verte y entonces... cuando me invitaste a tu cama, cuando te desnudaste para mí, vi que eras la criatura más hermosa que había visto nunca.

Su rostro se oscureció y la joven sintió una punzada de placer.

—Tú me rechazaste —le recordó.

—Tenía que hacerlo. Habías bebido mucho, pero también necesitaba pensar, tratar de aclarar lo que me estaba ocurriendo. Fue un alivio que Imogen se enamorara de Thompson.

Francesca levantó la mano y rozó el rostro de él con sus dedos. Oliver se la agarró y le besó la palma.

—Volví a ti y, al hacerlo, supe que tenías que ser mía. Te deseaba como no había deseado nunca a nadie. Quería sentirte contra mí; quería poseerte en cuerpo y alma. Y por un instante creí que lo había conseguido, pero luego todo comenzó a ir mal. Me fui al extranjero y, mientras estaba fuera, tu voz comenzaba a sonar cada día más fría en el teléfono. Me estabas volviendo loco.

—No tenía elección —musitó ella—. Descubrí que estaba embarazada. También empecé a pensar que tú sólo habías hecho el amor conmigo porque la mujer a la que deseabas ya no estaba disponible.

—¿Cómo pudiste pensar eso? ¿Cómo se te pudo ocurrir una cosa así cuando es a ti a quien amo? —Francesca sonrió y cerró los ojos un instante.

—Cariño —susurró. Lo miró con ojos brillantes—. Mi querido Oliver. ¡Y yo que pensaba que era la única que sufría! ¿Por qué crees que empecé a alejarme de ti? Porque te quería; porque no

podía soportar la idea de que no pudieras corresponderme nunca.

Oliver se inclinó a besarla y ella le echó los brazos al cuello. Cayeron riendo sobre la arena y la joven le acarició la espalda.

—Me hiciste sufrir mucho —murmuró él—. Volví y vi que cada día te alejabas más de mí. Cuando supe que estabas embarazada, comprendí también que el niño era mi pasaporte de vuelta. Me aseguré de que te casaras conmigo antes de tener tiempo de pensarlo bien y sé que utilicé todos los trucos sucios imaginables para conseguir lo que quería.

—Acepto tus disculpas —musitó ella, contenta. Oliver la miró.

—¿Quién se está disculpando? Dime que me quieres, Francesca. Dilo una y otra vez. Es tu castigo por haberme hecho pasar por todo esto.

—Te quiero, Oliver Kemp.

El hombre le cubrió el pecho con las manos y ella lanzó un gemido.

—No sabes cuánto he ansiado oír eso. Cuando me acusaste de contratar a Helen a tus espaldas, me pareció que estabas celosa y quería que lo admitieras, que me dijeras que estabas celosa, porque eso me habría ayudado a adivinar lo que quería saber.

—Estaba celosa —confesó Francesca—. La odié cuando me dijo que había conseguido mi empleo.

—Helen Scott tendrá que tener mucho cuidado en el futuro —dijo él sonriente—. Se pondrá furiosa cuando mi esposa venga a buscarme al trabajo para comer conmigo.

—Eso no le gustará nada —repuso Francesca. Pero se sentía tan feliz que le resultaba imposible odiar a nadie.

—No puedes imaginarte lo que sufrí cuando pensé que podías perder el niño —le susurró él al oído—. Cuando me dijiste que, sin el niño, ya no había necesidad de seguir casados.

—Tú estuviste de acuerdo.

—Por orgullo, pero antes de terminar de hablar, sabía ya que no podría dejarte marchar.

Francesca se echó a reír y él la abrazó. La besó en el cuello y le desabrochó el vestido para dejar sus pechos al aire. Le lamió los pezones endurecidos y ella gimió deseando más.

—Eres tan distinta a mí —dijo él. La miró sonriente—. Cuanto más te veía y más te conocía, más me parecía que cada una de esas



diferencias era una revelación. No tenía ni idea de lo gris que era mi vida hasta que llegaste tú; entonces fue como un rayo de sol que entrara en un lugar sombrío y oscuro. Traté de ignorarlo, pero al fin no pude esconder la verdad. La vida sin ti no tenía sentido.

—Me alegro —suspiró ella.

¿Cómo podía haber pensado que no sería nunca feliz? ¿Cómo podía haberse visto en un túnel interminable? Suele decirse que la hora más oscura es la que precede al amanecer, pero ella no lo había creído nunca.

Miró aquel rostro tan cerca del suyo y supo que, a partir de ese momento perfecto, la vida que crecía en su interior nacería en un entorno de amor y felicidad. Como debía ser.

Fin